

WALTER VÁSQUEZ

EN BUSCA DEL
FIN DEL MUNDO



EN BUSCA DEL FIN DEL MUNDO

WALTER VÁSQUEZ



Primera edición: diciembre 2019

ISBN: 978-84-1350-302-8

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Walter Vázquez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

A Dios por haberme dado el mejor regalo, la vida y por haber puesto en mí, la sabiduría.

A los mejores acompañantes en todos los procesos de mi vida; mi esposa e hija por su infinita comprensión en el camino de los sueños.

A mis padres, hermanos, cuñados y familias Vásquez Ramírez y González Simón por su motivación.

A los amigos que me apoyan y a todas las personas que he tenido el gusto de conocer y me han ensañado a amar más la vida sin importar las circunstancias.

A todos los amantes de la lectura en cualquier estancia del mundo.

A todas las personas soñadoras de mi querida Guatemala, tierra hermosa que me vio nacer.

A Editorial Círculo Rojo por abrirme las puertas en esta travesía que empieza precisamente hoy al usted leer esta obra.

Las estrellas observan con atención,
existen auroras en el más allá,
construyen un camino los sueños,
se alzan los puños llenos de valentía.

Brillan sus ojos de azafrán,
surgen pinceladas de cielo en su corazón,
cierra sus ojos mas no su libro de ilusiones,
ríe sintiendo el sabor de la vida.

El silencio murmura con el viento,
duerme bajo el brazo del sabio,
extiende su sueño al norte y al sur,
muchos ríen con cautela,
otros empujan la pesada carga.

Una vez soñó ser grande,
ahora que lo es,
abrió sus ojos y se dio cuenta de
que grande es solo el infinito.

I

Corría el año 1497 cuando comencé a escribir mi historia, una historia que a decir verdad no tenía mucho entusiasmo de escribir. Lo hice porque quizá por ello logre sobrevivir por muchos años en la memoria de los hombres. Y comienza así; una historia única entre los valientes e inmortales soñadores.

Mi nombre es Walker, Walker Joseph Simons. Era el día 14 de julio de 1480; recuerdo que eran las seis de la mañana en el hermoso y paradisiaco puerto de Dover, quizá no el mejor del reino, sin embargo, su belleza hechizaba cualquier aventurero corazón. Sus campos de trigo se extendían hacia todas direcciones, pero en verdad la pesca era lo que alimentaba a las incontables familias que se aglomeraban con el salir del alba en el puerto.

Esa mañana, la neblina que durante la noche había descendido cubría todos los alrededores, haciendo que con gran dificultad se observase el semblante de los pescadores que alistaban sus enormes redes, solo esperando el momento indicado para emprender su travesía por el bravío Mar del Este. Esa mañana estaba sentado en las cercanías del muelle que se encontraba en el extremo del puerto principal, y cada momento debía retroceder varios centímetros debido a la marea que poco a poco comenzaba a cubrir la madera que se volvía demasiado resbalosa por la pudrición en sus entrañas.

En fin, todas las mañanas que guardo en mi memoria desde mi destierro solía observar la hermosura del mar, convirtiéndolo así en una rutina que mi interior impulsaba a hacer aun estando demasiado cansado. Siempre me sentaba en el mismo lugar, siempre cargaba mi viejo abrigo negro y siempre llevaba una lentejuela para observar mi frente, sin avistar más que agua que parecía no tener fin alguno. Me quedaba durante varias horas sentado en el mismo sitio hasta que se despejaba el mar. Comenzaba así a ascender al faro que se ubicaba en lo alto de las colinas, un faro semiabandonado utilizado únicamente por los viajeros para ubicar la dirección de su navegación.

Permanecía allí otras horas, hasta que mi estómago rugía exigiendo algo de comida; emprendiendo así el camino a mi humilde casa. En verdad era una pequeña, antigua y sucia barcaza desechada por los pescadores ricos del pueblo; una tarde lluviosa me cobijé bajo las maderas del viejo bote que al día siguiente se había convertido en mi refugio y fue mi refugio durante seis largos años, óigase bien, seis largos años.

Bajo su sombra había pasado incontables noches observando únicamente el firmamento, que parecía una cáscara de naranja pincelada con hermosas luces que se agitaban de un lado a otro al ritmo de las lejanas nubes. Precisamente allí había observado una vez a un navegante emprender su camino en busca de lo que había más allá, pero nunca le vi volver. Bajo sus maderas había conseguido refugio para las tormentas, con su soledad había llorado incontables noches temblando del frío más terrible que pudiese sentir un hombre.

A pesar de todo aquello, la pequeña barcaza permanecía intacta, convirtiéndose de alguna forma para mí, en la estrella que me cuidaba y resguardaba después de haber perdido el amor de mi familia, de todos los que creí mis protectores.

Mis abuelos y mis padres siempre habían anhelado que yo fuese un gran contador, un mercader o el capitán del *Herniare*, el famoso barco que comandaba la flota del Mar del Norte, siguiendo así la línea de la familia. Mis abuelos habían sido grandes comerciantes, mi padre todo un ídolo en el pueblo, mi madre una gran bailarina y yo, al parecer, estaba condenado a seguir el mismo camino, donde el oro y los diamantes llenan los bolsillos, pero resecan el corazón y aíslan los sueños; lo único que nos hace diferente a los demás humanos.

El día que descubrí que no necesitaba la riqueza para ser feliz, ellos no soportaron la infeliz decisión, fui echado a la calle sin ninguna moneda de valor. Lo único que me acompañaba eran dos monedas de cobre, herencia de mis abuelos. Entre lágrimas fijé la mirada al cielo radiante y entendí que con eso debía sobrevivir.

Debí entonces reemplazar la escuela por pequeños botes de pesca recibiendo a cambio nada más que unos pescados y tres panes llenos de moho debido a la humedad, sepultando así el deseo de mi familia a causa de la rebeldía y ambición de convertirme en un gran navegante que sería recordado por muchos años. Años que no se mostraban por ningún lado.

Desde aquel día que marcó mi vida, salí cargando tras de mí un bolso lleno de sueños y comencé a buscar la oportunidad indicada, oportunidad que parecía alejarse cada vez que yo me acercaba. Con veintisiete años sentía que la vida se me estaba esfumando de las manos y quedaba ya muy poco tiempo para intentar ser lo que mi familia deseaba: un hombre de renombre e importancia en todo el reino.

Una cálida noche de abril estaba sentado a la distancia de mi fogata que despedía un olor a pescado fresco, pensaba en la fascinante aventura del día anterior e imaginaba lo que podía venir en el mañana. Mi momento de meditación fue interrumpido cuando noté que se acercaba una enorme carreta, de inmediato me puse en pie tratando de averiguar de quién se trataba. La lujosa carreta se detuvo justo frente a mí y pasaron varios minutos hasta que alguien descendió con lentitud. Vestía con seda fina, lino y sombrero de algodón, portaba en su hombro una túnica y en su mano un enorme bastón que relumbraba por el resplandor del fuego. Giró a todas direcciones, me observó con atención y se acercó mientras fijaba su mirada esta vez en mi pequeño hogar.

—Es un lugar muy desolador para el hijo de unas personas honorables y, sobre todo, nieto de los más grandes mercaderes del reino —pronunció el extraño.

Guardé silencio ante tal interrogante, que en cierto modo tenía sentido. Se acercó hablando hacia donde yo permanecía quieto bajo la sombra de la noche.

—Soy el capitán David Roleten, de la brigada y la guardia del Mar del Norte. Pero me puedes decir David —me dijo.

—Mucho gusto —repliqué—. Soy Walker Joseph, ¿a qué debo el honor? —terminé preguntando.

El capitán se detuvo cerca de la fogata, observó el pescado que se cocinaba en las brasas despidiendo un olor que engalanaba los alrededores, se sentó sobre un pequeño bote que estaba cerca, se quitó el sombrero y acomodó su bastón dirigiéndose de nuevo a mi quieto semblante.

—Supe que eres un navegante. Bueno, tal vez más un pescador novato —dijo—. Has ido y venido incontables veces del mar a cambio de solo unos pescados y panes sin levadura. Lamento eso muchacho, creo que tu familia de alguna manera fue cruel con tu decisión, pero ¿sabes?, yo corrí con la misma suerte que tú, y cuando por fin ascendí a capitán de nuestra flamante nación

quisieron que yo volviera. Creí entonces que era ya demasiado tarde, no sé aún si fue orgullo o mi simple estupidez que se hizo grande por las hazañas.

—Lo lamento capitán, su historia es muy triste —le respondí—. Pero supongo que no ha venido a contar su triste historia a un desdichado que vive solo a la sombra de las olas y cobijado por el cielo que reina en su oscuridad.

Él soltó una esbozada sonrisa, se acercó aún más a donde yo me encontraba, apoyó sus manos sobre mis débiles hombros y comenzó a hablar.

—Hay unos navegantes españoles, supe también de unos portugueses e incluso algunos franceses que han partido en busca de lo que hay más allá, de lo que nuestros ojos pueden contemplar durante cada amanecer, pero ningún inglés se ha atrevido a hacer tal aventura. He tenido noticias de algunos, pero con lástima digo que nunca han vuelto a pisar la fecunda tierra. Nuestra nación se desvanece y necesitamos revitalizarlo. Queremos entonces emprender una campaña en busca de lo que hay después del Mar del Norte, de lo que hay después de lo que tú has recorrido, hijo.

—Mi señor, me temo que más allá del mar hay solo muerte y destrucción, por tal motivo nadie ha regresado con vida —interrumpí.

—¡Calma, calma hijo! —respondió con alteración. Continuó—. Lo que has dicho tiene sentido común, pero nadie ha vuelto con vida para confirmar tal inquietud. En fin, a lo que he venido, querido amigo, es a decirte que la otra semana zarpará una expedición comandada por el flamante capitán Neftalí Aldrich, la misión es cruzar el Mar del Norte, llegar a los confines desconocidos y ser la primera caravana en volver con vida. Deberán traer todo lo extraño que encuentren para hacer más verídico el viaje. ¿Te gustaría unirse a la expedición, muchacho?

Es muy bueno para mejorar tu reputación; tus padres podrían aceptar en su familia a un gran capitán y explorador condecorado por la realeza, pero un simple pescador convertido en un don nadie sería imposible ser aceptado en la oligarquía. Qué dices hijo, ¿aceptas ir al viaje con los más audaces y soñadores navegantes?

Quedé atónito al escuchar tal propuesta, por un lado, pensé que era mi oportunidad para ser lo que siempre había deseado, y por otra podía ser el fin de una vida, que sería sepultado en la nada, sin ser recordado siquiera por mi familia. No sabía qué responder, así que el capitán prosiguió.

—Bueno hijo, he cumplido con mi deber, ahora depende de ti tomar la mejor decisión, si quieres hacerlo búscame en la barcaza que está en el otro extremo del muelle y sabes algo; te estaremos esperando, hijo. Dover es bendecida al ser elegida entre tantas ciudades del reino, será un viaje sin precedentes.

—¿Qué pasa si los que se atreven a ir al viaje nunca vuelven? —pregunté antes de que el anciano moviera su cuerpo.

—Todo sueño tiene un sacrificio, y todo sacrificio tiene una gran recompensa. Quizá la historia los recuerde durante todos los siglos que se divisan en el horizonte, pero también debes saber que quizás nunca nadie los recuerde.

—No es reconfortante su respuesta, capitán. Pero creo que debo meditarlo en soledad.

—No tardes hijo; hay muchos dispuestos a hacerlo, pero muy pocos con la suficiente sabiduría y madurez para afrontar este gran viaje, que es ordenado por los mismísimos reyes.

—¿Se refiere a que soy uno de los indicados a realizar este grandioso viaje que puede acabar con mi vida?

—Mis cansados y viejos ojos pueden fallar, al igual que mi débil corazón puede sentir lo indebido. A decir verdad, sigo teniendo la suficiente fe en ti.

Sonrió con la vista al cielo y prosiguió.

—Observa el cielo hijo. Es el único que sabe hasta dónde termina lo que nuestra vista logra captar. Las estrellas son las únicas que guardan el secreto de lo que fue creado con sabiduría y amor. Y el mar, baila como no queriendo, se mueve en los confines y estoy seguro de que sus cálidas aguas no abrazan solo nuestro reino, que debe haber más cosas que solo él sabe. ¿Por qué la necesidad en saber todo eso? Supongo que debemos saber quiénes somos; tal vez diminutos seres bajo un cielo infinito o es que acaso existen otras creaciones esperando a ser encontradas por los de este extremo. ¿Te has preguntado alguna vez que, si existiera algo más allá, acaso ellos no intentan también saber lo que existe en nuestras tierras? El mundo está lleno de sorpresas, ya soy viejo y descubrir esas sorpresas está en manos de la sangre nueva que fluye como los arroyos, que surgen de las montañas y descienden solo con ansias de llegar al mar.

—Sabias palabras capitán. Pero aun así debo meditar lo que me ha ofrecido, necesito un poco de tiempo y mucha sabiduría.

—Medita con el corazón. Pide ayuda al que todo lo ve, ya sabes a qué me refiero.

Dicho esto, el anciano se despidió, dio la media vuelta, subió a su carreta y desapareció en la oscuridad de la arena.

II

Después de aquella noticia no quise siquiera probar el pescado que se había quemado en la brasa, en verdad aquel conocido capitán intrigó mi ser y sembró una interrogante en mi corazón.

—El Mar del Norte, una travesía —me repetía bajo la oscuridad. Minutos después me recosté sobre la vieja embarcación, observé el cielo estrellado que iluminaba el calmado mar, pensaba en un sinfín de cosas; por momentos me sentaba, otros instantes caminaba en círculos tratando de tomar la mejor decisión. Era ya muy tarde cuando entré a mi vieja recámara, me recosté sobre mi desgastada cama hecha de basura, acomodé mis manos bajo mi cabeza e intenté cerrar los ojos. Los mosquitos que rondaban cerca de mí espantaban el sueño. En ese momento recordé entonces mi enorme cuarto, la gran cortina de seda que resguardaba las ventanas bailaba con el ir y venir del viento; la lámpara que iluminaba todo los rincones y los fieles sirvientes que deambulaban en la mansión, atentos a lo que alguno de nosotros necesitara.

Con unas lágrimas rodando en mi sucia mejilla recordé aquel día que fui llevado a una escuela montado en una enorme carreta jalada por cinco caballos; me enseñaron tantos modales para ingresar a mis primeras clases, iba y venía del reino sin haber encontrado el sentido de mi vida; recordé entre sonrisas también las horribles clases de ballet, me parecía todo un castigo ir al teatro a practicarlo. Recordé también aquel día sentado en el muelle, ese día sentí lo que en verdad anhelaba ser al ver pasar un enorme buque cargado que se dirigía a alguna parte del reino. Supe entonces lo que deseaba ser en la vida. Un capitán o un gran navegante, pero esa decisión de alguna forma había sido desastrosa para mi familia y luego de rechazar la elección para ellos incorrecta, fui echado a mi suerte por las desoladas y empedradas calles del reino. Así caminé, deambulé y supliqué por ayuda para sobrevivir de la lluvia y del hambre. De alguna forma aquel acto de cobardía de mi familia me había enterrado en un profundo abismo sin salida. Así pasaron días, semanas e incluso años, caminaba de un lado a otro sin sentir el sentido verdadero de mi existencia, cada noche me acurrucaba en alguna de las calles, ebrio y con mala facha lloraba sintiéndome el ser más desdichado. ¡Qué tristeza!

Recordé también esa mañana, una mañana que caminaba en el bullicioso muelle; vi de nuevo aquel buque que navegaba en las costas, era enorme como el palacio del reino y flotaba como el viento sobre las cálidas olas del Mar del Este. Esa mañana me senté sobre la banqueta colocada a un costado del muelle, incliné mi cabeza y comencé a llorar como un niño. Estaba convencido de que desperdiciaba mi vida y que si seguía en el mismo camino nunca cumpliría mi sueño de ser navegante. En verdad no sé cuánto tiempo transcurrió, pero luego de eso caminé buscando una oportunidad en los pequeños botes de pescadores; estaba seguro de que si quería seguir aferrado a mi anhelo debía empezar en algún lugar. Fue en verdad un mal día, todos me cerraron las puertas debido a las fachas en las que iba, decepcionado regresé a la calle donde estaba mi morada, me senté, toqué mis bolsillos y no pude encontrar más que unas simples monedas con basura que se había acumulado.

Comencé entonces la búsqueda de un lugar donde poder descansar con decencia. Al día siguiente, con el salir del alba, me encontraba surcando de nuevo las pequeñas embarcaciones en busca de una sola oportunidad, oportunidad que me fue brindada por el capitán George Henry, un viejo y conocedor capitán. La embarcación consistía en sí misma en un desgastado bote conocido como *Marilyn*; surcaba todas las mañanas el impredecible mar, en ocasiones solían adentrarse tanto que el viaje duraba una semana completa, siempre en busca de la mejor pesca. Ahí pude dar mis primeros pasos en el mundo de la navegación que ahora me abría otras puertas, pude sentirme un navegante, o más bien un pescador, pero la valentía, el atrevimiento y el deseo de hacer cada vez mejor las cosas me habían dado la oportunidad para emprender quizá el viaje que esperaba en mi caminar.

Sabía que era arriesgado, pero de alguna forma debía por lo menos intentarlo, o nadie más lo haría por mí. Así la noche transcurrió, entre recuerdos e imaginaciones, entre realidad y fantasía, entre la vida y el destino.

Al asomarse el sol sobre mi humilde bote, caminé de nuevo al muelle, observé todos los confines, estaba un tanto nervioso y no sabía siquiera qué decisión tomar. Esa mañana no había pesca debido a la gigantesca tormenta que había bañado la madrugada anterior. Suspiraba mientras recostaba mi cabeza sobre la cálida arena, tan cálida como las manos de la mujer que me había traído al mundo, pero era arena al final de todo. Luego de unos momentos, bueno a decir verdad quizá fueron varias horas, caminé de nuevo a mi hogar, no quería siquiera comer, me recosté y esta vez tomé la decisión; decisión que debía terminar con mi intriga. Así cerré un capítulo de mis sueños y comenzaba la historia de mi vida, pues iría a ese viaje; quizá nunca iba a volver, pero eso tal vez debía tejer mi destino.

El día se esfumó como el agua en las manos sedientas y pronto la mañana siguiente se asomó a llenar mi vacío.

Luego de colmar mi estómago que con desespero exigía comida, me embarqué en una de mis últimas aventuras por el hermoso y vasto Mar del Este. El mar estaba tan calmado como lo hacía pocas veces, la pesca no fue de lo mejor, pero recolectamos lo necesario.

Las cosas habían cambiado mucho desde mi primer día en el *Marilyn*, ahora era uno de los que comandaba junto a Carol y el mismo capitán George, que en su día de melancolía solía beber tanto vino que le era imposible recordar el camino de regreso a casa. Su desdicha, combinada con mis ansias de descubrir el mundo, me había enseñado a conducir el *Marilyn* por las vastas aguas del Mar del Este, también a esquivar las tormentas e incluso a trazar pequeñas rutas rumbo a islas vecinas donde abundaban los peces y las vírgenes montañas encerraban secretos. Esa hermosa tarde de vuelta a casa me incliné sobre la pequeña barca de madera y observaba como el agua se regocijaba al paso de nuestra pequeña embarcación.

—Te ves muy distraído, hijo —gritó el capitán George.

—Las intrigas y las dudas acechan mi corazón, capitán —respondí.

—Una vez, el rey de un reino muy lejano se encontraba en una situación difícil, las dudas intrigaban su corazón. Había sido notificado de que un ejército como las arenas se acercaba a su reino para hacerlos sus esclavos; se trataba del reino siguiente, que con su enorme poder avanzaba y que difícilmente serían detenidos por el pequeño pueblo. Todos con impaciencia preguntaban qué debían hacer. El rey sumido en la desesperación no sabía qué decisión tomar. Mandó llamar a los mejores sabios del reino, pero nadie pudo darle solución a su problema. Ningún consejero fue capaz de hallar la mejor estrategia y ningún capitán del ejército se atrevía a garantizar una victoria ante su más grande enemigo. Se acercó entonces a él un sucio y mendigo campesino, que despedía

un olor repugnante, y los guardias quisieron expulsarlo del palacio. El rey, en su desesperación, no deseaba más problemas, menos de personas que no podían prestar ayuda alguna.

«Yo sé cuál es la respuesta a sus problemas, mi señor» gritó el pordiosero.

Todos rieron al escuchar aquello, pero el rey quiso saber si lo que los labios de aquel extraño pronunciaban era real. Ordenó de inmediato que lo soltasen.

El extraño sacudió su cuerpo y de inmediato habló.

«He surcado todas las vastas llanuras del reino y fuera de él, supe de vuestra aflicción. Entonces encaminé mis pasos para decirle que lo que se le fue notificado es una total mentira. Yo vengo de los valles de donde se dice que marcha un ejército como las arenas del mar. Pero no he observado nada más que un ejército de animales que pastan con dirección al norte, ellos no desean conquistar tierras, solo encontrar mejores pastos. Mi señor, todo lo que le fue dicho es una total mentira. Debe aprender a descubrir las cosas con sus propios ojos, y si un ejército marchara la mejor solución es ascender a las montañas, los caminos no son conocidos y ahí estaríamos bien protegidos. Mi señor, piense con sabiduría y nunca desprecie los consejos de los demás, así sea el mejor consejero, el peor pordiosero o un simple pastor como yo».

Dicho esto, el pastor comenzó a alejarse del reino, le había enseñado tal vez la más grande lección a un rey afligido por una simple suposición.

Debes hacer lo mismo, no te encierres, si algo aflige tu corazón escucha el consejo de todos los que sean necesarios. Incluso de los que creas que no pudieran hacerlo.

—Sus palabras siempre suelen calmar mi alterado corazón, debo contarle lo que me sucede. Pero antes debemos pescar y volver —le dije.

Creo en verdad que fue una respuesta muy cortante, pero el capitán solo esbozó una tranquila sonrisa.

Pescamos lo necesario, llenamos la barcaza y emprendimos el camino de vuelta. Todos notaban mi distracción, pero nadie preguntaba la razón. Después de acomodar la pesca del día y recibir un par de monedas de plata, caminé otra vez a mi barcaza. El capitán George no quiso siquiera volver a preguntar el porqué de mi aflicción. Cuando me asomé al viejo bote mi estómago ya no deseaba comer pescado, porque llevaba haciéndolo durante más de tres años, pero, a decir verdad, no podía desecharlos, no había alimento alguno aparte de ello.

La noche llegó en un abrir y cerrar de ojos, las estrellas titubeaban sobre mi rostro, las olas resonaban a lo lejos y mis pensamientos solo permanecían fijos en la gran aventura que se aproximaba, así pues, la noche se esfumó dando paso al nuevo día.

Al salir el sol caminé bajo las nubes que cubrían el puerto hacia mi antiguo hogar. Ya habían transcurrido seis años desde que me había ido de casa sin volver, esta vez estaba ahí para despedirme, y quizás para siempre, porque de todos los navegantes de los cuales tenía idea nadie había logrado tal proeza de volver. Algunos viejos navegantes decían que al final del mar existía un enorme agujero que si no era divisado a tiempo consumía todo lo que se le acercaba. Además, en sus profundidades existían seres horribles con tres cabezas; bueno esas historias se repetían cada vez que solíamos pescar hasta altas horas. Otros navegantes solían decir que al final del mundo se alzaba una enorme capa de agua que no dejaba pasar siquiera al susurro del viento y menos a los hombres que solo con tocarla eran convertidos en polvo.

Entre pensamientos llegué frente a la enorme mansión; observé de inmediato cómo los sirvientes corrían de un lado a otro sin prestar atención a mi presencia. Los jardines que adornaban el frente estaban repletos de grandes personajes del reino, todos vestidos de una forma elegante, mientras tanto, yo más bien parecía un pordiosero que buscaba algún tipo de limosna.

Al ver aquello retrocedí con lentitud para alejarme del majestuoso lugar, caminé unas cuantas calles y me detuve solo pensando en la ingratitud cometida por mis padres y por mis abuelos al no desear ser como ellos. Comencé a llorar sin consuelo, deseaba que mi abuelo por parte de mi madre estuviera, él había sido el único en apoyarme en mi intrépido sueño, pero eso se había acabado cuando el dejó de respirar una lluviosa tarde de abril.

Permanecí ahí sentado durante varios minutos, no sentía el transcurrir del tiempo, menos la brisa que dejaba caer el cielo y mojaba mi rostro. Supe entonces que la mejor decisión era partir en busca del fin del mundo con la caravana de audaces y soñadores aventureros del reino sin siquiera despedirme. En verdad sabía que las posibilidades de volver a mi pequeño bote, a comer el pescado que bailaba en las brasas, a sentarme en el muelle o el simple hecho de ascender por el faro eran casi nulas; tal vez el capitán Roleteen se había acercado a mí sabiendo que sin no volvía, nadie extrañaría mi presencia y nadie preguntaría por un desdichado de la realeza.

Pero imaginaba también que, si volvía algún día del viaje, la fama me rodearía, la grandeza y la posición que escalaría en el reino me convertirían en un ejemplo digno a seguir. Demostraría con eso a mi familia que los sueños se logran aferrándose a ellos como las redes se aferran en los botes para no ser olvidados en el mar.

No sé en realidad cuánto tiempo medité esto, solo recuerdo que me puse en pie, limpié mi rostro mojado por la brisa y caminé a la barcaza del capitán Roleteen. Al doblar la esquina me recosté en la sucia pared y volví a inundar mi mente de cientos de interrogantes.

Volteé la mirada divisando aquella mansión que se encontraba en lo alto de la colina, lograba escuchar el sonido de los tambores y arpas que adornaban la fiesta de los Simons, derramé unas lágrimas más que cargaban consigo el dolor más sincero y la tristeza más devastadora.

III

Al entrar a la enorme barcaza noté los incontables mapas que adornaban el gigantesco pasillo, pequeños botes que replicaban los grandes barcos que habían cruzado todo el reino, pude incluso ver mapas trazados por las propias manos de los más audaces e intrépidos navegantes que habían logrado volver al reino con vida hacía muchísimos años atrás. Observé la imagen del reino impregnada sobre un cuadro hecho por uno de los mejores pintores de la época, se veía la mansión de los Simons, el hogar donde yo había nacido, donde había visto lo maravilloso del mundo, pero donde también mi destino fue marcado para siempre.

—Sabía que vendrías hijo —dijo el capitán David. Prosiguió—. No podías faltar en esta expedición, será algo único que será recordado por incontables años venideros. Esto nos convertirá en inmortales, pero para eso debemos regresar al reino. Pasa, el capitán Neftalí está aquí.

Esboqué una pequeña sonrisa mientras leía lo que un capitán llamado únicamente como Debrón había escrito:

—El mar es como tu esposa: nunca sabes cuándo va a enfurecer, dejarte solo o incluso tomar tu vida.

En verdad parecía tener sentido. Caminé siguiendo al capitán Roleteen.

—Eres muy chico ¿estás seguro de querer hacer este viaje? —interrogó el capitán Neftalí, momentos después.

Con la mirada al suelo respondí.

—Sí, señor.

—Es lo único que puedes decir, me imagino que tus padres no dejarán partir esta caravana mientras tú permanezcas en ella.

Con la mirada aún fija al suelo, suspiré. No deseaba pronunciar aquello, pero debía hacerlo.

—Lamento decirle esto capitán. Pero desde hace seis años que mis padres desean que yo no esté en el reino. Les causará una grata satisfacción saber que el hijo que no quiso ser como ellos haya desaparecido, y tal vez para siempre.

—No comprendo —respondió el capitán con discrepancia.

El capitán David interrumpió.

—El chico es hijo de los Simons —dijo. Pausó un momento y prosiguió—. Siempre soñó con ser aventurero y capitán de los mares, pero sus padres nunca aceptaron en su familia a un soñador convertido en casi nada. Fue echado desde entonces a la calle, sobreviviendo como pescador. Escuché hablar de él por uno de los navegantes del *Alph*. Es un buen pescador, y sueña en grande lo que es bueno para esta travesía, mi señor.

El capitán Neftalí guardó silencio, se sentó mientras fijaba su mirada en mí. Pasó su mano sobre su rostro sudoroso, movía la cabeza de un lado a otro, se puso luego en pie.

—No lo puedo creer. Qué mal por ti, hijo, en verdad lo siento, prepárate porque la expedición comenzará en tres días. Come bien, bebe lo necesario, acomoda tus pertenencias con tranquilidad y si puedes despedirte de los que creas necesario hazlo, porque los viajes son aventureros y nadie, absolutamente nadie sabe los finales que pueden existir.

Dicho esto, tomó su abrigo francés y salió de la barcaza sin decir nada más.

—Siéntate hijo —dijo el capitán David.

Tomó una botella, me ofreció algo de beber y acomodó su cuerpo sobre una silla vieja y maltratada.

—Lamento lo que sucedió, pero no puedo calmar tu dolor con mis palabras —estiró los pies y prosiguió—. Verás, esta travesía la hemos planeado desde hace más de treinta años, y mucho antes de nosotros también la han mantenido en mente. Es importante para nosotros que los que hagan la travesía estén seguros de que saliendo del puerto no sabrán si en algún momento volverán a sentir el suave y amoroso calor de casa. Sé con exactitud lo que piensas muchacho, pero no te busqué por no tener quien piense en ti, lo hice porque tienes lo suficiente para alcanzar tus sueños y demostrar lo que quieres en realidad de la vida. Ahora bien, te vuelvo a preguntar: ¿Aún quieres seguir con el viaje?

—Sí —le respondí sin dar un suspiro.

—¿Y si nunca vuelves? —interrogó otra vez el capitán.

—También soy consciente de eso, y por tal motivo quiero hacerlo, señor.

—Bien, bien, alístate que zarparemos en dos o tres días, ven mañana y conocerás a los otros intrépidos aventureros que zarparán contigo en la caravana. ¿Gustas otro trago? —terminó preguntando.

—Le agradezco por confiar en mí —le dije—. Por ahora un trago es suficiente.—Está bien, hijo, está bien. No agradezcas hasta saber el final, puede que después me maldigas.

Esbozó una sonrisa y siguió bebiendo con tranquilidad, aunque su sudorosa piel mostraba todo lo contrario. Yo en cambio no sabía qué más decirle, en mi cabeza rondaban cientos de preguntas, pero mis labios preferían permanecer sellados. Me puse en pie y salí de aquel enorme barco que bailaba con serenidad en las aguas del mar.

Luego de aquella conversación caminé por las estrechas calles del reino, me detenía pensando únicamente en el viaje que me esperaba, observaba el cielo despejado e imaginaba todo lo que podría encontrar más allá de lo que los hombres conocían; ¿Las estrellas me mostrarían el camino?, ¿o el fantástico Mar del Norte se abriría ante un intrépido soñador? Parecían preguntas sin sentido o más bien innecesarias. Así llegué a orillas del inmenso mar que descansaba con tranquilidad, el viento deambulaba al son de las olas, estaba sumido en un mundo de pensamientos cuando de pronto una voz me gritó a lo lejos.

—Joseph, ¿irás a ese viaje? —preguntó uno de los pescadores del *Marilyn*.

—Es muy peligroso. Piénsalo bien muchacho, puede ser que nunca vuelvas al reino —gritó Carl, otro de los tripulantes.

Caminé a donde se encontraban los sucios pescadores que se habían convertido en mi única familia durante el destierro, abracé a cada uno de ellos. A lo lejos corría el capitán George, se acercó a mí diciendo.

—¡Hijo! No vayas, sabes muy bien que nadie ha vuelto de esos viajes. Hemos visto partir muchos de ellos, pero nunca hemos visto volver bajo el atardecer a uno siquiera. Cuentan además que al final hay un gran abismo donde todo el que se acerca es devorado por una bestia, hay monstruos de muchas cabezas que tragan a los seres que se acercan a sus confines.

Sonreí con disimulación y les respondí.

—Sé con perfección lo que me puede esperar. Pero ese es mi sueño desde que tengo memoria. No fui desterrado para ser un don nadie, fui desterrado para lograr ser lo que anhelo. Les voy a demostrar a todos que llegaré hasta el fin de lo que nuestros ojos contemplan cada mañana y volveré para contar lo que hay más allá.

Todos escucharon con gran tristeza lo que mis labios pronunciaron, algunos dejaron caer lágrimas y otros solo me abrazaron sabiendo que las posibilidades de volver eran casi nulas, era una triste realidad.

—¿Cómo supieron que iría al viaje en busca del fin del mundo? —pregunté con mucha curiosidad.

—Le he hablado mucho al capitán del *Alph* de tus sueños, tu entusiasmo y la forma con que sabes afrontar cada situación en nuestro pequeño *Marilyn*. Que fuiste desterrado de la más grande familia de las colinas del reino y que a pesar de ello siempre supiste estar en pie y luchar cada día de tu vida —dijo el capitán George.

—Sus palabras hacen doblegar mi alma y empujan las lágrimas que mi corazón guarda con bravía locura. Supongo entonces que el capitán Ched tuvo algo que ver con todo esto.

—Siempre fue amigo del capitán David, crecieron juntos, surcaron el basto reino juntos, soñaron aventuras juntos; lo único que supo separarlos fue la travesía a través del Mar del Norte. Una mañana, David y setenta aventureros zarparon del puerto en busca de los bandidos que solían invadir las aguas del Norte. Ched en cambio sucumbió ante el temor y nunca zarpó con setenta hombres más. ¿Qué lo motivó a abandonar a su hermano de toda la vida? El miedo a nunca volver y poderse casar con una bella y hermosa mujer que para su sorpresa lo cambiaría por un hombre de la realeza. Desde aquel día el prometedor capitán Ched quedó en el olvido, en cambio David fue ascendido a los más grandes puestos pese a haber vuelto únicamente con doce hombres de los setenta que lo acompañaron. A pesar de su abandono, David siempre apreció a Ched y quiso llevarlo de vuelta a la grandeza, pero el amor, hijo mío, te puede llevar a ser el mejor o a enterrar tus sueños y abandonarte bajo los escombros de la vida. Ched le contó a David todo lo que sabía de ti y fue así cómo tu nombre estuvo en lista para el tan anhelado viaje mucho más allá del Mar del Norte. Me notificaron a mí antes que te hicieran llegar la invitación de los mismos labios del capitán que busca descubrir lo que sigue siendo un misterio. Le conté a los muchachos y estamos aquí para apoyar tu decisión, sea cual sea, aunque el fondo de mi corazón pide a gritos que no vayas.

—Siempre creí que su corazón guardaba fantásticas historias, pero no imaginé que apreciara tanto mis sueños.

—Aprecio tanto tu vida, como la de Carl, Carol y la de todos los muchachos, somos una familia y las familias se saben cuidar.

—Muchas gracias capitán, muchas gracias muchachos. Si vuelvo, prometo ayudarlos a salir de los pequeños botes de pesca y llevarlos a enormes barcos por todo el reino. También poner a esos mercaderes en su lugar, nos pagan una miseria por nuestra pesca y nunca valoran nuestro trabajo. Gracias al mar por darnos alimento, así también deben seguir, cuidando sus aguas, e incentivar a todos los pescadores para que lo cuiden y lo respeten.

Fue así como esa tarde pasé sentado en el muelle observando el mar; parecía tan sereno, tan indefenso.

Al caer la noche caminé a mi barcaza, me recosté sobre la cálida arena y conté las estrellas del cielo. El firmamento parecía el único que sonreía a mi travesía.

Momentos después a lo lejos escuché que alguien se acercaba con rapidez, por un momento creí que se trataba otra vez del capitán David con alguna otra información, pero cuando el carruaje se acercó un poco más noté que no se trataba de él.

Alguien descendió a toda prisa acercándose a mí.

—¿Irás a ese viaje? —preguntó.

Al escuchar aquella voz quise salir corriendo, pero tuve las suficientes fuerzas para permanecer ahí.

—No has respondido a mi pregunta —dijo.

—No veo por qué debo responder a tu pregunta, madre, ¿acaso has venido a desearme suerte?

Se descubrió el rostro e intento acercarse más para intentar abrazarme.

—No vayas hijo, es muy peligroso; sabes que nunca volverás. Olvídate de esos tontos sueños y vuelve a casa, tu padre te perdonará. Tienes un futuro esplendoroso como mercader o como contador en el reino, no como un simple navegante, deja de vivir en sueños y abre los ojos a la realidad.

Suspiré con tranquilidad mientras apretaba las suaves manos de mi madre que apoyaban mis hombros.

—Lo lamento madre, prefiero morir por esos tontos sueños y no permanecer como un esclavo fingiendo ser feliz cuando soy inmensamente desdichado. Sé que has venido a intentar frenar mi aventura, lamento decirte que el mar espera con paciencia ser conquistado y yo debo estar ahí cuando eso suceda. El camino ya ha sido trazado y nadie hará que cambie de opinión. Agradezco tu visita, eres y siempre serás la mujer que me trajo al mundo, te amo desde que tuve conciencia y te amaré hasta el día que mis ojos dejen de ver la luz de todo lo hermoso de este mundo. Ahora no puedo tirar mis sueños al muelle y sentarme a esperar lo que nadie puede hacer por mí.

Mi madre permaneció quieta sin decir palabra alguna, no quiso siquiera mirarme a los ojos.

—¿Por qué vienes ahora? ¿Has esperado seis años para intentar apagar las llamas de mis sueños? —pregunté con suavidad—. La llama arde más que nunca y no creas que con unos minutos será apagada.

—Siento mucho no buscarte y no venir a verte, creíamos que el tiempo te haría recapacitar y volverías a casa. Te estuvimos esperando. Pero no vayas, por favor —siguió insistiendo.

—Lo siento madre, supongo que has de seguir esperando por mucho tiempo, no pienso volver a la prisión de donde pude escapar. Ahora deseo descansar porque ha sido un día cansado y mañana lo será aún más.

—¿Lo pensarás siquiera? —volvió a preguntar.

—No tengo nada que pensar o meditar.

—Está bien hijo, espero que nunca te arrepientas de tomar esta decisión que puede dar un giro a tu destino y sellar tu existencia.

—No me arrepentí de haber tomado la decisión de luchar por mis sueños. De ser un pordiosero y ser la burla del reino. Fui escupido por los nobles, orinado por los perros, los cerdos comían mejor que yo y los mendigos sentían más calor que mi desgraciado cuerpo. ¿Qué te hace pensar que me arrepentiré de seguir mi camino aun sabiendo que puedo morir?

Con lágrimas en los ojos mi madre giró con lentitud, no deseaba irse, y antes de hacerlo volvió a hacer una pregunta.

—¿Puedo abrazarte, aunque sea un instante?

—Claro —le dije, en realidad era lo que más anhelaba en ese preciso momento.

Se acercó, fijó su mirada sobre mi rostro y se aferró a mí como nunca recordaba que lo hiciera.

Fue algo especial sentir el calor de mi madre, a decir verdad, extrañaba eso. Sentí que el tiempo se volvió eterno, no escuchaba el canto de los grillos, las olas se habían relajado y las estrellas pincelaban en el firmamento contemplando aquella escena.

Mi madre acarició mi rostro y se alejó a toda prisa, sabía que tal vez nunca más la volvería a ver, o a sentir su respiración cerca de mis oídos. Vino entonces a mi mente mi padre, nunca me perdonaría, y más ahora con la travesía que me llevaría para siempre al mar. Los amaba, pero debían aceptar que yo debía luchar por lo que para ellos era un tonto sueño.

La enorme carreta alada con cinco corceles desapareció a lo lejos, bajo la hermosura de la noche; los Simons estaban sin heredero. Sabía que mi madre anhelaba mi regreso, pero mi padre es de esos que con dificultad suelen perdonar. Durante la noche me fue casi imposible cerrar los ojos, deseaba que el tiempo se esfumara, quería que el viaje comenzara ese mismo día, pero eso era imposible; el tiempo camina a su gusto y antojo, parece lento cuando se necesita de su rapidez.

IV

Cuando el sol estaba sobre el firmamento todos fuimos formados para la inspección. Estábamos en el flamante Jane, un gigantesco barco de la guardia del Mar del Norte; luego nos condujeron al muelle para conocer nuestro nuevo hogar durante los meses venideros. Éramos en total siete navegantes; el capitán al mando, Neftalí Aldrich; el segundo al mando era el capitán Santiago el Tenebroso, esto debido a su aspecto que causaba miedo. El navegante encargado del barco era Sir. Armando Bradbury; completaban la compañía los navegantes Charles Dunne, Rufino el Valiente (de origen español), Carol Lowell y yo, Walker Joseph Simmons. Se unirían para mi sorpresa también los tripulantes del *Marilyn*, los navegantes, el capitán George Henry, Carl Wadlow y Benjamín Miller.

Luego de la difícil inspección fuimos conducidos al muelle donde descansaba nuestro nuevo barco, conocido como *El Valiente*. Era inmenso como una mansión, su madera despedía un olor a frescura, su coraza brillaba junto a los tímidos rayos del sol; siempre había imaginado estar en uno así, y al fin lo estaba logrando. El capitán George se mostraba un tanto nervioso, sus ojos se llenaron de lágrimas y solo intentaba mirarme con disimulo.

—¿Qué sucede capitán? —pregunté.

—Supongo que la tristeza arropa mi cansado corazón hijo, nunca imaginé volver a ser parte de una compañía de viaje, y ahora mismo estoy conociendo el barco donde lo haré.

—¿Debo imaginar que no es su primera travesía entonces?

—Los secretos más grandes suelen ser ocultos, como el mar oculta los confines de todo.

—Qué grandioso. ¿Qué sucede con los muchachos?

—Ellos también quieren formar parte de la historia, una historia que permanecerá durante incontables siglos venideros.

—¿Cómo fueron aceptados? —volví a preguntar.

—Tus labios suelen hacer las preguntas correctas en el momento indebido. Pero déjame decirte que las viejas amistades suelen aparecer en el momento indicado.

Guardamos silencio ante las instrucciones de uno de los capitanes del reino, caminamos por la eslor, conocimos las habitaciones y anduvimos en el cuarto de mandos. Al descender de *El Valiente* el capitán David se dirigió a nosotros.

—Queridos amigos, esta es la embarcación que irá al mar aventurando todos los confines conocidos y desconocidos; será su protección bajo la lluvia, será el consuelo en la desesperación y estará con ustedes en todo momento. Espero verles volver triunfantes en la puerta del reino. Sepan que las bendiciones del rey y la reina los acompañan durante todo el recorrido y el rostro de cada uno de ustedes permanecerá en nuestros pensamientos. El viaje comenzará mañana con el salir del ocaso. Prepárense, que la aventura de sus vidas se aproxima.

No fueron palabras muy alentadoras para diez hombres que no sabían lo que les esperaba al solo pisar el enorme barco, más aún al internarse más allá de las cálidas aguas del Mar de Dover, una

hermosa y paradisiaca ciudad de pescadores.

Luego el capitán Neftalí, con esa mirada tan seria que comenzaba a caracterizarlo, se puso en pie.

—Queridos camaradas —dijo—. Este viaje marcará la historia de las travesías inglesas en el infinito mar. En verdad son los hombres más valientes que he conocido en mi vida. Y serán los más valientes que el reino pueda ver por vez primera.

Guardó silencio un momento y prosiguió—. ¿Ven el mar? Obsérvenlo con atención; está tranquilo y se mueve con tanta serenidad que cualquiera pensaría que se trata de alguien indefenso. Pero es una bestia que puede despertar en cualquier momento y transformarse en la que entierre este sueño en un abrir y cerrar de ojos.

—Estoy listo para dominar esa bestia —interrumpió el capitán George.

Todos rieron al escuchar aquello.

—¿Está usted seguro de lo que dice, capitán? —preguntó el capitán Neftalí.

—Todos los que iremos estamos listos capitán, desde el más chico al más grande, desde el más experimentado hasta el más novato. Esta travesía es de todos, y todos vamos a luchar para alcanzar la victoria.

—Sus palabras son reconfortantes, ahora vayan a despedirse de quienes crean necesario. Beban, bailen y disfruten de la última puesta de sol. Mañana zarpamos con el ocaso —terminó diciendo el capitán Neftalí.

Todos caminamos a la orilla del mar guardando un silencio rotundo, creo que era más emocionante estar con los enfermos o los moribundos en ese momento. Los tripulantes del *Marilyn* caminamos al viejo barco, nos sentamos mientras manteníamos la vista hacia el enorme barco que nos llevaría a lo desconocido.

—Tal vez nunca volvamos —dijo Carl, el más novato de toda la tripulación.

—¿Extrañarás a tu familia? —preguntó Benjamín.

—Extrañaré tantas cosas que no sé qué comenzar a extrañar primero —respondió Carl agachando la mirada.

—¡Calma muchachos! —dijo el capitán George—. No piensen aún en lo que no ha pasado. Ni siquiera Joseph está con esa mirada tan denigrante. Esto empezará mañana, pero estad seguros de que no termina ese mismo día.

—Supongo que terminará el día que volvamos —respondió Benjamín.

—No deberían ir a este viaje si sus corazones están divididos —dije esta vez yo—. Quizá su vida y sus sueños estén en el reino y no en el bravío y traicionero mar. No estén sedientos de algo que no quieren beber.

Todos guardaron silencio, hasta que el capitán George hablo de nuevo.

—Es verdad hijos. Con ustedes he pasado tantas aventuras, con ustedes conocí y me enamoré del mar y con ustedes me he vuelto viejo. Pero no les obligaré a ir a este viaje si ustedes no lo desean. Vayan a casa, amen a sus esposas, acaricien el cabello de sus hijos y aprecien a lo máximo la vida — guardó silencio y continuó—. Joseph y yo no tenemos quién nos espere al asomarnos a lo lejos bajo la oscuridad, no existe alguien que nos sirva la sopa caliente y nadie nos da un beso de buenas noches. Estamos solos, completamente solos bajo el infinito firmamento. Nadie notaría nuestra ausencia y nadie lloraría por nuestra desgracia.

Dicho esto, el capitán caminó al *Marilyn*, no dijo palabra alguna y solo el ruido de sus pasos al alejarse se escuchaba. Esa noche todo el cielo estaba triste, Carl y Benjamín estaba seguros de ya no ir a ese intrépido viaje.

—Buena suerte, Joseph —dijo entre lágrimas Carl—. Cuida del capitán, sabes bien que a él todo se le olvida. Ten por seguro que nos volveremos a ver.

—Te extrañaremos —dijo Benjamín—. Vuelve pronto y te convertirás en el más grande capitán que el reino haya conocido. Verás que aportarás innumerables cosas para el reino, eso tenlo por seguro. El *Marilyn* te extrañará y dos personas más también te echarán de menos.

Esa tarde lloré como un niño llora al perder su juguete, las lágrimas nacían de lo más profundo de mi ser. Permanecí sentado en el *Marilyn* sin sentir el tiempo, más aún después de aquella amarga despedida; en mi cabeza circulaban tantas cosas que me era difícil pensar solo en una a la vez.

—No siembres la semilla de la inquietud y la duda en tu corazón. Si has tomado una decisión debes ser firme. A menos que quieras deshacerte de ella —dijo el capitán George.

—Suelo preguntarme cada tarde por qué mis padres no aceptan mis sueños. He intentado buscar respuestas y siempre consigo quedarme con la incertidumbre. ¿Acaso es terrible aprender a luchar por lo que se desea? ¿Por qué el que decide ser vanidoso, enaltecido, orgulloso sí es aceptado en un reino donde lo que abundan son falsas personas que te abrazan cuando eres de la realeza y te escupen cuando saben que has sido desechado a la basura?

—Me he repetido la misma pregunta durante toda mi vida hijo. ¿Sabes?, una vez llegué a la conclusión. Observa el reino, allá justo en la cima los ricos se regocijan en sus riquezas, beben su orgullo, exaltan su vanidad y presumen su alta calidad. Pero ten por seguro que en su interior reina un vacío donde vive la soledad, baila la tristeza y nunca, pero nunca, llega la felicidad. La riqueza llena los bolsillos, pero no el corazón; la riqueza alimenta una familia, pero no construye un hogar; la riqueza causa el desvelo, pero no sana la aflicción; la riqueza provoca una sonrisa, pero no construye la felicidad; la riqueza otorga satisfacción, pero no da la paz en tu existencia.

—Sabias palabras capitán, sabias palabras. Mi madre vino a verme, imploró para que no iniciara este viaje, no creo haber hecho lo correcto, pero debe comprender que mis sueños están fijos como el árbol que no puede ser arrancado ni por el viento más devastador. Le dije que no podía cumplir su deseo. Amé tanto que me abrazara, sentí su suave piel contra mi mejilla y su amor floreció en mi corazón.

—El amor de una madre no se compara a nada que pueda haber en el reino o fuera de sí mismo. Ni siquiera el mayor tesoro que exista puede competir con su amor tan puro.

—Temo no volver a verla o abrazarla nunca más.

—El temor, hijo mío, es la raíz de todos los males. Ten fe de que volveremos.

—Usted y yo sabemos que es posible no volver nunca más al reino. Suelo pensar que solo mi viejo hogar y el *Marilyn* notarán mi ausencia.

—A veces hay más personas dispuestas a extrañarte sin que lo notes, ten por seguro que no solo ellos lo harán.

—Echaré de menos todo el reino, más a mi madre y mi padre, aun siendo tan inhumanos con mi decisión.

—No actúes con soberbia. Primero escucha a tu corazón, usa la cabeza en seguida y actúa. No empieces por lo contrario. Aprovecha que ahora hay tiempo, después puede ser ya demasiado tarde. Busca a tu madre, abraza a tu padre, si algún día vuelves haz lo mismo; no pongas sobre tus hombros una pesada carga cuando la puedes hacer más liviana. Te veré pronto hijo, ahora te dejo que medites un momento.

—Gracias capitán. ¿Debo meditar todo esto? —pregunté.

—Recuerda hijo: no creas ser lo que crees que eres sino haces lo que crees que es correcto.

—Esboqué una tibia sonrisa, suspiré con profundidad y me senté bajo la cálida tarde que comenzaba a ocultarse.

A lo lejos el capitán se detuvo un momento y gritó.

—Nadie, absolutamente nadie, ve los finales para contarlos. Somos caminantes bajo un mundo lleno de sorpresas.

—Y aventureros que se mueven con el corazón, ante un mar inquebrantable y repleto de secretos —respondí.

—No dudes que debes descubrir esos secretos —terminó diciendo.

Ambos reímos, él se fue y yo permanecí bajo el inquietante cielo pincelado de colores. Parecía un pedazo de cobre labrado por las más delicadas manos. Observaba con atención todo lo que mis ojos lograban contemplar, meditaba con lo que mi corazón sufragaba y pensaba con lo que mis pensamientos exigían. Así tome la decisión de ir a la mansión de los Simons, esta vez debía despedirme de los míos. Era tal vez mejor ser echado por hacer las cosas de la mejor manera que ser odiado por ser diferente pero lleno de orgullo. Esos pensamientos fueron interrumpidos por la voz de un mensajero.

—¿Joseph Walker, es usted? —preguntó.

—Soy yo, ¿a qué debo el honor de tu visita? —respondí.

—Mensaje del capitán Neftalí. La expedición no zarpará mañana con el alba, será al día siguiente. Los papiros y los mapas traídos de Londres no llegaron a tiempo y se supone que llegarán mañana cuando el sol esté a medio cielo.

—Muchas gracias muchacho. Estaré pendiente de cualquier otro cambio.

—¿Dónde encuentro al capitán George? —volvió a preguntar.

—Lo he escuchado hijo —gritó desde la eslora—. Nos vemos en dos días —terminó diciendo.

Caminé entonces a mi vieja guarida, me recosté y comencé a escribir en mi viejo papiro, sucio y desgastado al igual que yo.

No sabía cómo empezar, pero ver un cielo estrellado, una luna llena de fondo, el sonido del mar como confidente y un corazón melancólico como maestro, las palabras comenzaron a surgir de lo más profundo.

Así inició la cuenta regresiva de un viaje único e inigualable.

V

A la mañana siguiente el sol resplandecía como todos los días anteriores, el aire era fresco y la brisa del mar ascendía al cielo para luego regar las pequeñas embarcaciones que se atracaban en las cálidas aguas. Aguas que parecían un fantasma sin rostro y ojos.

Mis pensamientos se revolcaban en el infinito, mi corazón permanecía sumido en la interrogación. Así camine a la mansión de los Simons. Las calles estaban bulliciosas como siempre, los mercaderes corrían de un lado a otro, los pescadores alistaban sus redes para emprender su travesía y las enormes carretas circulaban a todas direcciones. Los pordioseros se apilaban a la orilla de la calle pidiendo limosna, las mujeres de alta sociedad veían lo insignificante de mí, en cambio las muchachas de los barrios abandonados sonreían como una mariposa bajo la noche callada.

Caminé a la colina donde la mansión se erguía como un faro que dirigía a los navegantes. Desde ahí solía contemplar cada mañana y cada tarde la travesía del sol durante mi niñez. Podía sentir el amor del mar correr en mis venas, sentía la brisa tocar a mi puerta con su mano invisible y escuchaba las voces que gritaban a lo lejos. Sabía en mis adentros que había nacido para conquistar el mar y de alguna forma escribir mi historia.

Estaba ahí, lleno de melancolía, cuando se me acercó un anciano. Vestía un vestido café, su barba estaba llena de suciedad, y sus manos temblaban sosteniendo su viejo bastón.

Despedía un olor que molestaba a mi respiración, pero pensé de inmediato en mi desdicha durante los años atrás y suspiré con tranquilidad. Fijé la mirada en sus cansados y maltratados pies, medité por un instante, instante que pareció eterno bajo un firmamento esculpido con crepúsculos amaneceres.

—Supongo que los Simons fueron ingratos con tu destierro hijo —pronunció el anciano.

Guardé silencio ante su interrogante. En verdad no sabía cómo responderle a un anciano que estaba devastado por su existencia. No pensé recibir una de las lecciones que marcaron mi vida hasta los últimos suspiros.

—¿Cómo sabe que vengo de los Simons? —pregunté con un tono extraño y moviendo el entrecejo.

El anciano gruñó. Murmuró un instante y quedó callado.

—Me llamo Graham —dijo con suave voz.

—Soy Walker, Walker Joseph Simons —le respondí.

Las aves comenzaban a sumergirse con amor de primavera a las cálidas aguas del mar, los pequeños botes surcaban el horizonte donde la bóveda de pétalos azules se extendía y el sol comenzaba a reinar a su gusto y antojo. La duda intrigaba mi interior, así, esta vez yo debí hacer la siguiente pregunta.

—¿Cómo sabe que soy de los Simons, anciano?

—Los ricos tienden a conocer a todos los que emanan sus alrededores, claro, siempre y cuando sean ricos. Ambos se regocijan en oro, caminan sobre alfombras talladas con las mejores pieles, deleitan los mejores manjares, abrazan la riqueza como el mejor regalo que se les fue dado. Igual sucede entre los pordioseros, sabemos quiénes duermen en las sucias calles, conocemos al que mendiga por un pedazo de pan, sentimos el desprecio de los ricos y conocemos al señalado solo por ser diferente. Sé de ti porque caíste al círculo de los pobres, de los humillados, de los maltratados por la vida, caíste a mi nivel, por eso debí haber sabido de ti. Así pues, no temas ser diferente hijo, no te avergüences de haber sido pordiosero como yo o como aquel que vaga por las calles, escupido y maltratado. Has resurgido de lo más bajo y sé hacia dónde vas, todo ser por más bajo que esté tiene una historia, y lo más hermoso de todo esto es que muchos salen del abismo para llegar a la cima donde todos son iguales.

—La sabiduría surge de tus labios, anciano. No entiendo cómo puedes ser tan maravilloso en tus palabras.

—No te fijas ni te confíes en las apariencias, ellas son traicioneras. Para ser sabio o soñador no debes nacer en un palacio, ser de la realeza, respetado en un reino; tampoco nace en el sufrimiento, en la pobreza y en los obstáculos de la vida misma. La gran sabiduría, muchacho, nace como una planta que busca la luz de la eternidad y su aroma asciende sin problema alguno. Déjame contarte lo que una vez sucedió.

Dicho esto, acomodó su cansado cuerpo, soltó su viejo bastón y cerró los ojos.

—Una vez un joven caminaba por las vastas llanuras de Norwich, cargaba tras de su cuerpo una maleta repleta de viejos pergaminos. Se lamentaba de su pesada carga, pero se lamentaba aún más de su desdichada situación de pobreza. En medio de su lamento un anciano se le acercó con disimulo.

«¿Qué sucede muchacho, por qué lloras?» le preguntó con una sonrisa en los labios.

Aquel joven con lágrimas en los ojos enfureció diciendo.

«Quítate de mi camino anciano, ¿acaso quieres ser golpeado por mis manos llenas de coraje o escupido sobre la tierra por mis pies cansados?».

«Veo que algo aturde tu corazón muchacho. Eres demasiado joven para comenzar a pudrir tu alma» le dijo.

«Creo que mis palabras resbalaron en tu cabeza anciano. Debes moverte ahora mismo».

«¿Qué es lo que aturde tu existencia, muchacho?» insistió el feliz anciano.

«¿Acaso no ves que la pobreza que me persigue ha inquietado mi corazón?».

«¿Te refieres a lo pobreza de tu espíritu y de tu vida hijo?» preguntó en tono suave.

El joven no supo responder a la tan sabia pregunta del anciano.

«Lo sabía» gritó el anciano. «Sabes que el ciego cree que es pobre por no maravillarse sus ojos con la luna o ver los amaneceres y atardeceres. Y tú que lo ves todo piensas que eres pobre. Sabes que el cojo piensa que es pobre porque no puede caminar por los vastos campos desnudos del reino, surcar los valles y correr en busca de libertad, y tú que impregnas tus pasos sobre la hierba fecunda piensas que eres pobre. Sabes que el mudo piensa que es pobre porque no puede gritar a los vientos, cantarle a la vida o simplemente dar gracias por un nuevo día, y tú que pronuncias palabras piensas que eres pobre. Sabes que el enfermo piensa que es pobre porque su cuerpo se postra en una cama o porque su vida desfila en el último suspiro de los vivos, y tú que estas completamente sano piensas que eres pobre. No te lamentes; recuerda que la riqueza se posee con la existencia que se nos es dada, lo que acumulamos o hagamos es un regalo que se obtiene.

Ahora que sabes que eres rico, observa la belleza subterránea, corre por el sendero correcto,

grita con la fuerza del trueno, da gracias por tu simple existencia, porque cuando vuelvas de donde viniste sabrás que nada de lo que acumulas te llevas y solo te acompañan tus riquezas otorgadas desde tu llegada al mundo. Vive, ríe y se feliz».

Escuchado esto el chico quedó en silencio. En verdad no supo qué responder ante tanta sabiduría.

El anciano caminó sin decir palabra alguna. A lo lejos gritó.

«Por cierto. Sigue el sendero, no dejes de soñar y lucha por lo que tu corazón sueña. Nadie puede ser lo que quiere ser sino sueña antes».

«Espera anciano puedo acompañar tu viaje para aprender más cosas de la vida» gritó el joven.

«Estoy viejo, desgastado. Hasta el aire se aleja de mi cuerpo, creo que debe saber que mi adiós se aproxima. Sería una carga más pesada que los pergaminos que abrazan tus frágiles hombros. Sigue tu camino, ya encontrarás la señal que conduzca tus pasos al lugar correcto». Pronunciado esto, caminó a donde el sol se iba ocultando con la lentitud de sus pasos, había paz en la cima, donde lo desteñido se volvía a teñir.

El chico no supo hacer otra cosa, más que levantar la mano y despedir al anciano que desapareció en el horizonte.

—Qué hermosa historia, Graham —le dije.

—Supongo que sabes por qué te la he contado —dijo con una tibia sonrisa.

—Creo saberlo, Graham.

—Entonces no te lamente, eres rico, hijo. Ve y haz realidad lo que tu corazón ha soñado desde que viste el mundo con tus ojos, no con los ojos de lo demás, y sobre todo ama a tus padres, la ignorancia disfrazada los mantiene cegados.

—A veces siento mucho miedo —le dije.

—El miedo es la sensación del fracaso o del no poder. Pero quién no lo siente. El capitán del ejército teme morir, el rey teme perder su trono, el campesino teme no poder comer al siguiente día y tú temes no vencer al mar. Pero ¿sabes?, hay algo que te une con cada uno de los que te he mencionado: eso es la valentía. La valentía mueve a los corazones soñadores y aventureros dispersados en los cuatro puntos terrestres.

—Es muy sabio, Graham.

—No, mi señor, supongo que tú eres aún más sabio que este arrugado cuerpo y desdichado ser. No necesitas ser viejo para ser sabio. Hay jóvenes llenos de sabiduría en los labios y viejos que solo guardan odio, rencor e indiferencia en sus cansados corazones.

—La razón exalta la grandeza de sus pensamientos, querido Graham. A decir verdad, la sabiduría apenas ha llegado a mi puerta, pero debo invitarle a entrar en mi casa.

—Debo visitarte cuando habite en tu existencia. Hasta entonces tienes mucho tiempo para lograr tus deseos, aunque debes tener en cuenta que, así como llegamos a este maravilloso mundo, podemos irnos sin siquiera decir adiós.

Dicho esto, el anciano se puso en pie, guiñó los ojos y caminó.

—Espere, debo saber muchas cosas más —le dije.

Se detuvo un momento, levantó la mano sin pronunciar palabra alguna y prosiguió. Quise correr tras de él, pero sentía que algo impedía que mis pies impregnaran sus pasos. Solo observé cómo el anciano desapareció a lo lejos.

Suspiré con profundidad, mi cansado corazón encontró serenidad y puse en orden mis pensamientos.

—¿Qué debía decirle a mi padre? ¿Qué le diré a mi madre?

Circulaba una inmensidad de imaginaciones; respiré y caminé a la mansión de los Simmons, confiaba en que el corazón debía dar una lección a los que me desterraron. Aunque era difícil, tratándose de mi familia.

Descendí de la colina que se encontraba a poca distancia de mi hogar, me detuve por mucho tiempo a contemplar aquello. Una inmensa mansión, jardines que destellaban la vista de todo ser que pasaba por ahí, enormes fuentes que adornaban el rocío del cielo, gigantescos árboles que besaban el anillo de las indefensas nubes y orquesta de pajarillos que alzaban el vuelo y deleitaban el oído.

Todo era con certeza digno de una familia noble, aunque por dentro la historia era muy diferente; cuando por fuera brillaba, en sus entrañas cubría la oscuridad del odio, la indiferencia y un sinfín de problemas; cuando por fuera surcaban las risas, en su adentro inundaba el llanto y la incompreensión; cuando afuera brillaba la riqueza, en su interior sufrían los corazones llenos de pobreza pura.

Así pues, caminé, me acerqué a la enorme puerta y toqué con suavidad, sentía los perfumes que adornaban todo el derredor; la puerta comenzó a abrirse con lentitud y mi corazón palpitaba a toda prisa.

VI

Uno de los criados corrió a toda prisa a donde yo estaba. Me abrazó con fuerza soltando unas suaves lágrimas en sus ojos.

—¡Cuánto tiempo, mi señor! —exclamó—. Nuestros corazones han permanecido vacíos sin su presencia, nuestros labios no saben a quién contarle nuestras aflicciones y nuestro débil cuerpo no encuentra consuelo con su padre. Su ausencia ha convertido la majestuosa mansión en un lugar vacío.

El criado se balanceaba contra mi sucio cuerpo.

—Lo sé mi querido Phillip. Pero la vida debe seguir su camino aun si esta se desvía de las riquezas y los placeres. Primero está lo que el corazón anhela.

—Su sabiduría ha aumentado con notoriedad mi amo. Nos alegra que haya vuelto. Las estrellas se gozarán esta noche, el sol no querrá irse para admirar cómo la luz vuelve a la oscuridad con justa sabiduría.

—He venido para despedirme. Esta vez puede ser que sea para siempre. El mar me ha abierto los brazos y clama a mi espíritu para ser descubierto por mis ojos.

—No puede decir eso mi señor —contestó el criado—. Hemos clamado por su regreso, incluso quisimos revelarnos contra su padre para ir en su búsqueda. A decir verdad, el miedo nos venció y no quedó otra solución que hacerle caso a quien nos da de comer y sacia nuestros secos labios. Creo que nacimos para ser esclavos, ustedes en cambio nacieron para ser dueños de todo lo que quisieren.

Suspiré con sutileza, no podía creer lo que los labios del criado pronunciaban. Medité un momento y supe qué responder, creo que el corazón me guio.

—Supongo que todos somos esclavos, querido amigo. Déjame decirte: yo era esclavo de las riquezas, el brillo del oro no llenaba mi desolado corazón. Mi padre en cambio es esclavo del poder; él no ve más allá de sus ambiciones. Pero, en la mente y el corazón, poseemos el coraje de decidir lo que deseamos ser.

Yo quise ser navegante, me volví pordiosero, una basura para muchos y un mal agradecido para otros, tal vez un rebelde para los pobres apoderados, pero yo lo quise así. Sí, porque mi sueño no es ser esclavo de la riqueza, mi sueño es conquistar el mundo y descubrir lo que tú y todos no ven más allá. Que no te importe perder todo para lograr nada, sabes que no pierdes nada al hacer lo que en verdad amas hacer, hacer aquello para lo que fuiste creado con tanto amor. Todos somos esclavos de nuestras propias decisiones, y muchas veces morimos con eso.

—En verdad no tengo palabra alguna para apaciguar su sabio corazón, mi señor. Es lo que hemos extrañado tanto de usted, sus sabias palabras —dijo el criado.

—Lucha por lo que en algún momento soñaste ser, Phillip. Todo se hace fácil cuando buscas lo que necesitas. Ahora debo ver a mi padre; por cierto, si no quieres ser esclavo, tienes la decisión en tus manos.

Dicho esto, caminé tras el humilde criado que se mostraba tan pensativo. Los demás criados que caminaban en el palacio se acercaban a mí, besaban mi mano y se inclinaban con humildad. Era extraño, durante seis años nadie había mostrado respeto hacia mí, es más, muchos huían al solo notar mi presencia. Las mujeres solo reían y murmuraban sobre mi desgracia. Caminé por el hermoso jardín donde los pajarillos se abalanzaban de un lado a otro, las orquídeas bailaban, los gigantes árboles seguían intentando besar el cálido reflejo del cielo y las fuentes refrescaban el tórrido viento que deambulaba con desdén. La melancolía hacia acto de presencia, el sol comenzaba a calentarse con furor, lo bueno parecía tan insuperable y lo difícil para mí era superar lo fácil.

Así pues, me aproximé a la enorme recámara donde mi padre solía pasar horas y horas haciendo cuentas, discutiendo problemas del reino o sumergido en un mar de pensamientos que no lo dejaban siquiera dormir con paz. Su cansado corazón necesitaba de tranquilidad, tranquilidad que ni siquiera el centenar de criados podían otorgarle, es más, ni siquiera los cofres de oro podían hacerle nacer una sonrisa pura, ni siquiera el enorme palacio le parecía suficiente para vivir. Qué triste, pero eso era lo que amaba, aunque a decir verdad amaba más la pintura. De joven soñaba con ser el más grande pintor del reino, pero la codicia y el duro corazón lo llevaron a la tristeza de ser un hombre rico por ambición y no por necesidad. Me acerqué entonces con un tanto de temor. El humilde criado inclinó la cabeza y desapareció del pasillo.

—Sabes que observé con atención cómo los criados corrieron a recibirte. Un Simons que quiso marcharse con sus propios pies volviendo al redil. Qué sorpresa, pero más sorpresa me causan un grupo de sirvientes inclinados a un hijo pródigo, que ya no merece siquiera pisar mis alfombras y deleitar su vista con tanta belleza. Antes gozabas de esto Joseph, pero ahora tú perteneces al mundo de allá afuera. A menos, claro, que decidas renunciar a esos tontos sueños y quieras volver al palacio; eso sí, serás tratado de otra forma que como a tu nuevo hermano.

«Secas palabras» dije en mi interior.

Recuerdo ese día, un hombre sentado en un sillón de pieles, una chaqueta de seda fina traída desde la mismísima Francia, zapatillas labradas por los mejores artesanos de Manchester y joyas refinadas con las más extrañas piedras preciosas traídas de la lejana tierra de los zares y esculpidas por finos joyeros de Newcastle; supongo que solo la realeza superaba esos placeres.

—Y bien Joseph, ¿a qué debo el honor de tu visita? —preguntó.

—No he venido a implorar por tu piedad padre —le dije—. He venido a despedirme. Mañana con la despedida del sol zarparemos a un rumbo desconocido. No sé si volveré, pero déjame decirte; a pesar de todo, no puedo hacer que dejes de ser mi progenitor, siento tu desdicha y tu pobre corazón. Disculpa por no ser lo que tú deseaste que fuera, pero amo hacer lo que hago. Lamento que tú no hayas luchado por tus sueños y disculpa, pero no tengo la culpa de eso. Ahora, si te molesto, es mejor irme. Por cierto, gracias, gracias porque sé que todo lo que construiste era para mí, pero no necesito oro, plata, sirvientes o un palacio para ser feliz. Solo necesito comprensión y un poco de confianza. Te quiero, saluda a mi hermano y espero que él sí cumpla tus pretensiones.

Dicho esto, caminé a la enorme puerta de ébano que engalanaba el palacio, el moribundo palacio de los Simons. Me detuve un instante. Mi padre siguió con la vista puesta en las montañas que se erguían sobre las hermosas planicies. De alguna forma dije adiós y enseguida caminé. Los recuerdos invadieron mi mente. Podía sentir la risa de un niño que corría al balcón todas las mañanas y todos los atardeceres, solía recostarse a observar cómo el mar iba y venía sin saber a dónde y por qué. Aquel niño anhelaba volar como las gaviotas, nadar como los peces e ir a lo

desconocido. Ahora era un mendigo soñador, era un pobre enamorado de la vida y lleno de sueños que anhelaba convertirse en el más rico del mundo. Deseaba seguir recordando, pero al mismo tiempo mis pies exigían irme del palacio. El llanto brotaba como una sutil melodía triste; quería gritar de rabia, de culpa, de desdicha, de soledad, de tantas cosas de la vida. Pero ya todo estaba decidido, y cuando me disponía a abandonar aquel recóndito lugar, una voz clamó a mis espaldas.

—Joseph. Hijo de mis entrañas. Me alegra que hayas vuelto, ven, que debo sanar tus heridas, saciar tu sed y vestirte de seda fina, traída de París, la grandiosa París.

«Más palabras secas», volvió a decir mi interior.

—Madre, he venido a despedirme, no vine por vestidos, mi piel está lo suficiente dañada y se ha acostumbrado a ello; tampoco he venido a saciar mi sed, me espera un mundo lleno de cálidas aguas que podrán saciar mi alma entera. Las heridas, las heridas, madre, ya han cicatrizado, y de mí surgió un nuevo ser, lleno de vida. Sí, madre, verdadera vida.

—¿Cómo pueden tus labios pronunciar palabras envenenadas? —dijo mi madre.

—Me pregunto cómo pudieron envenenar una vida y destruir un sueño que brillaba como el palacio de las siete luces.

—No sé cómo puedes culparnos de tus decisiones y desgracias, ese fue el camino que escogiste y por desgracia debemos apartarnos de ti, tú lo tienes todo aquí y no allá con esos pobres pescadores.

—Le llamas desgracia a mis anhelos e insultas a los que luchan para que puedas tener la comida en tu mesa. ¡Debo irme!

—Espera —dijo en tono alterado—. La hija del príncipe Jacobo está de visita, ha venido desde la lejana Baviera. Es hermosa como las mismas estrellas, sus ojos irradian fuego como la lava, blanca es su piel como la nieve que se acumula en las colinas y en su rostro puedes ver la paz que tu corazón no ata.

—El verdadero amor se me ha dictado en el corazón. La belleza que puedo notar cada vez que observo el cielo es indescriptible, no esperes enamorarme de alguien que ni siquiera conozco, cuando estoy enamorado de la vida, del sonido del viento, del cantar de los pajarillos, del susurro que un día le hace a otro, de cómo la luz llora al despedirse de la oscuridad, de cómo la luna oculta al sol bajo las alas de la noche, de cómo un campesino silva de regreso a casa sabiendo que alguien le espera con amor. Eso, madre, eso es lo que debes aprender a amar primero antes de enseñar a alguien más sobre el valor del amor.

—¿Cómo puede un hijo hablar a su madre de una forma tan grosera?

—¿Cómo una madre puede dejar a su hijo abandonado, por el hecho de ser un soñador?

—Te desconozco Joseph, esos mugrosos pescadores te han metido ideas locas en la cabeza.

—Ellos, madre, a quienes tú llamas mugrosos. Sí, ellos son los únicos que han comprendido el verdadero sentido de la vida, cosa que tú y mi padre no habéis podido hacer, todo por saciar el vacío con oro, oro que pudre y mata el alma. Disculpa, pero debo irme.

Corrí a toda prisa por todo el jardín, de pronto observé a la hermosa hija del príncipe Jacobo, mi madre la había descrito con exactitud, pero por ahora yo solo era un pordiosero que pasaba por ahí, ella jamás se fijaría en un donnadie del reino. Igual que casi todos los de la clase noble, solo fijaban sus ojos en los cofres llenos de tesoros y no en el oro que brilla dentro de los corazones. Aún no llegaba para mí la que debía valer más que el zafiro de los siete tronos.

Corrí a toda prisa, solo mis pies sabían hacia qué dirección llevarme; cuando recuperé la noción, estaba sentado bajo la humilde barcaza y los grillos ya iniciaban su sinfonía en aquel paisaje tan único.

Se acercaba el momento del tan anhelado viaje, un día se esfumaba, pero otro comenzaba a alistar las más grandes sorpresas.

VII

Inicio del viaje

Semana I

Ensordecía el sonido del gigantesco barco que avisaba a todo el reino su pronta partida. En verdad, una travesía sin precedente. El sol apenas se confabulaba en el centro del cielo azul, debíamos zarpar con el ocaso, pero el reino completo comenzaba a aglomerarse para ser testigo del viaje más grande a realizarse en aquel entonces. No era el mejor puerto del reino comparado con Liverpool, Londres o Portland, pero era el escogido para el inicio de una de las travesías más ambiciosas de toda Europa.

Caminaban en dirección de *El Valiente*, grandes personalidades, entre ellos, el duque de Cambridge, los más geniales pintores, excepcionales mercaderes, los príncipes de Gales, los nobles irlandeses, la realeza británica y, por supuesto, los duques de Dover; y entre ellos los más respetados: los Simons.

Causaba un tanto de tristeza aquello, mientras los llamados de la realeza pisoteaban nuestra dignidad seguros de que no volveríamos; reían, levantaban sus copas a lo más alto para celebrar una travesía que no habían financiado y menos deseado. En cambio, los más desdichados debían cargar con toda la mercadería necesaria para sobrevivir a una travesía de trece o quizá catorce semanas en lo desconocido.

Así, los actos alegraban a las personas que no sabían siquiera de qué se trataba, mientras diez feroces corazones aguardaban con tranquilidad el viaje de sus vidas. Pronto el astro rey se fue alejando del sublime reino. El capitán y yo corrimos al faro para observar por vez última el majestuoso mar, donde tantas aventuras nos habían aguardado, los ir y venir de las olas nos recordaban cada atardecer donde solíamos asomarnos a lo lejos, felices de volver a casa, aun sabiendo que nadie aguardaba nuestra llegada.

—¿Qué es lo que más extrañarás Joseph? —preguntó el capitán en tono de melancolía.

Suspiré con profundidad, parecía un niño siendo puesto a prueba en la academia de la vida.

—Supongo que levantarme cada mañana, correr al muelle, escalar por el faro y contemplar el mar. Su tranquilidad me inspira paz, su bravura me inspira fuerzas para seguir.

—¿Extrañarás aquella mansión que se yergue en la colina?

—He de decirle, capitán. Creí extrañar todo ello, pero extrañaré más lo que hace feliz mi existencia: el pequeño bote que me abrazaba en las noches desoladas, el pescado que rechinaba en la braza aunando mi olfato, las estrellas que brillaban en mis cansados ojos, el mar que extrañaba mi ausencia o el pequeño bote que proveía mis alimentos y que fue base para este sueño. Tonto sueño que amo hacer, supongo que muchos creen ser lo que ellos mismos piensan que son, pero nada es nadie si no hace lo que en verdad ama hacer.

Si el mercader odiara ser vendedor, regalaría todo lo que apodera; si el rico odiara ser rico, no existiría pobreza alguna; si el capitán odiara ser capitán, quizá las guerras entre hermanos ya no existirían. Es difícil entender un mundo lleno de hombres que muchas veces no saben siquiera que son hombres de sabiduría.

—Ni siquiera las canas que empiezan a surgir en mi cabeza me dan las palabras correctas para responder a tan explícita observación. Debo aceptar que sabes más de la vida que muchos viejos, incluyendo mi persona, hijo. Será un honor ir a tu lado en esta travesía.

—El honor se lo debo a la vida, que quiso ponerlo a usted y su tripulación en mi caminar. Solo le pido, capitán, nunca olvide que usted fue mi maestro y esto es gracias a usted. Supongo que los panes con levadura fueron suficientes para despertar al león que rugía dentro de mi corazón.

—Ven hijo, debemos comenzar a preparar el último detalle del viaje. Cuando vuelvas, entonces agradece.

Descendimos del faro, me detuve un instante; mis pies querían continuar, pero mi corazón deseaba quedarse ahí. No pude evitar el llanto al fijar la mirada en tan hermosa creación, solo el viento acariciaba con suavidad mi frágil rostro. Anhelaba poder volar, sentir las nubes y guardar esa imagen en mi mente para siempre.

Ahí vi el día nacer, vi con atención cómo se ocultaba la luz dando paso a un abismal cielo oscuro. Ahí había surgido un sueño que con justa razón estaba pagando, ahora me iba y si no volvía a mi tierra querida, estaba seguro de que ella no podría olvidar que ahí había habitado un soñador, alguien diferente, alguien que quiso desafiar al destino para ser un hombre digno de los hombres. La diferencia que enmarcó mi corazón ahora me empujaba a la tumba de los inmortales que han de vivir incontables siglos venideros.

—Dover, Dover tierra de mar y amor, que tus entrañas guarden cada paso que di, que tus cálidas arenas arrastren hacia ti mi cansado cuerpo. Espero admirar de nuevo tu belleza, sino fuere así, entonces admira mis ojos por última vez —dije.

Descendí a pasos lentos, cuando pisé la suave arena, supe que volvería, no sabía cómo; pero estaba seguro de volver. El capitán solo aguardaba a la distancia, fijaba su mirada en *El Valiente*, a donde pronto debimos proseguir.

—¿Dónde estaban? El capitán debe dar las últimas instrucciones antes de partir —susurró Carol un tanto agitado.

—Avistamos el calmado mar, antes de ir tras de su conquista.

—Corran amigos, ahora hablará su majestad, el rey —dijo Benjamín.

Llegamos a *El Valiente*, la multitud se aglomeraba, ansiosos de ver la partida del majestuoso barco. Caminamos a la eslora donde los nobles se paseaban, de pronto un silencio invadió los alrededores, el rey Enrique VII debía dar las últimas palabras.

—Hijos del reino de la Gran Bretaña, una vez soñamos con construir un reino próspero, unido y con proyección hacia tierras donde nadie siquiera ha puesto un pie. Supe que los Reyes Católicos también son amantes de las aventuras y antes que ellos encuentren la llave debemos apresurarnos. Es por lo que ahora, un barco llevará sobre sus pesadas maderas talladas con manos inglesas diez valientes soñadores; diez aventureros que arriesgaran su propia vida para darle prosperidad e inmortalidad a todos los del reino. Los nombro hijos predilectos de Inglaterra y hombres de leyenda de Dover. Serán ejemplo de incontables generaciones de navegantes, de niños que sueñan con tocar el cielo, de extranjeros que anhelan pisar nuestras tierras y de razas diferentes. Ahora es el momento, deben ir y volver para contar lo que sus ojos observen a ese destino incierto donde es dirigida la caravana. Vuelen como las aves del cielo y hagan del reino un reino de leyenda.

Todos gritaron de alegría al escuchar las palabras de un rey, aunque a decir verdad esas palabras no surgían de su corazón. Debía llevarse los créditos de un viaje forjado por el capitán David, Neftalí y otros nobles barqueros del reino; también los barqueros del Mar del Norte habían sido pioneros, incluso mandando viajes anteriores al nuestro, todos sin éxito alguno.

La tarde se abalanzó sobre el mar, el agua brillaba como un diamante y el barco comenzó así su travesía; el cálido viento me esbozó una sonrisa, era el día que tanto había estado soñando.

Cuando comenzamos a alejarnos observé cómo la multitud corría mientras tiraba rosas blancas, símbolo de paz; otros en cambio lloraban, se postraban pidiendo por sus seres queridos que zarpaban a un destino desconocido. Algunos se abrazaban, otros mostraban una mirada destellante, soñando con ir alguna vez a uno de esos tan intrépidos viajes. Así pues, nos alejamos del reino, los rostros mostraban la tristeza de los corazones, incluso el silencio era abismal, nadie pronunció palabra alguna. Una despedida es muy triste, más triste aun sabiendo que podrías no volver a casa, a beber una taza de leche, a comer unos panes calientes o correr por las cálidas playas; no volver a abrazar a los hijos o acariciar la piel de tu esposa. La tarde tampoco quiso ser testigo de la melancolía por lo que debió ocultarse a toda prisa y dar pasó a la oscuridad, que sepultaba aún más el silencio ya existente.

Durante toda la noche nadie quiso cerrar sus ojos y estaba sereno el mar. Cuando el sol se asomó a lo lejos ya surcábamos las costas de Norwich, un hermoso faro se alzaba sobre sus costas y una bandera del reino de la Gran Bretaña ondeaba al son del viento. La ciudad debía de ser hermosa, concurrida y bulliciosa; así prosiguió nuestro viaje que apenas comenzaba. Surcamos las costas de Norfolk para pasar frente a las costas de Lincoln con el caer de la segunda noche, una noche nostálgica para el capitán George, que observaba con tranquilidad las aguas del mar bajo el cielo frío, un frío que congelaba todo a su paso.

—Supongo que los pensamientos invaden su apagado ser, capitán. Ha de extrañar la vida del reino —le dije.

—No, hijo. Hay cosas que vienen a la mente en los momentos que menos lo esperas; estaba recordando facetas de mi juventud.

—Es bueno recodar, capitán. Mi padre solía decir en sus momentos de poesía: «Recordad, hijo querido, recordad que debéis ser un gran mercader». Considero que aún no sale de su frustración.

—Siempre quise tener una esposa que me esperara cada anochecer, encontrar el pan caliente sobre la mesa, una sonrisa detrás de la puerta y un hijo que me abrazara y dijera «papá».

—Esos recuerdos sí que duelen. ¿Puedo saber a qué se debió ese frustrado amor? Supongo que hubo alguien que supo despertar ese hermoso sentimiento en su aventurero corazón.

—Fue hace muchos años, hijo. Su nombre era Daniela, alta, cabello rubio y sonrisa como el arcoíris después de cada tormenta. Solía caminar por el muelle, yo mientras tanto reparaba las embarcaciones que iban y venían cargadas de pescadores o peces. Ahí la vi por vez primera, un abrigo de pieles, sus labios brillaban como el diamante y su rostro reflejaba la belleza de una dama. ¿Sabes qué me ha aturrido todo este tiempo hijo? Que nunca tuve el valor de decirle lo que sentía por ella, siempre sobrepuse el trabajo antes que a mí, ahora el tiempo me cobra esa inútil decisión, quisiera volver a la juventud, pero eso no es posible. Ella en cambio solía llegar cada tarde, observarme con disimulo y esbozar una sonrisa, podía sentir que esperaba a que yo me acercara, pero nunca lo hice. Aún recuerdo lo que una vez le escribí, pero nunca tuve tiempo para entregárselo. Una noche completa me tomó hacerlo.

—Quisiera escuchar eso, capitán —le dije.

Él sonrió ante mi interrogante, meditó un momento y comenzó a hablar con suavidad.

—«No puedo hablar con el silencio de tus labios,
pero puedo amar con la fuerza de tu corazón.
No puedo abrazar tu cuerpo si estás tan lejos,
pero puedo observar mi reflejo en tus ojos.
No puedo cantarte si no escuchas mi voz,
pero puedo obsequiarte un poco de mi inspiración.
No puedo acariciar tu piel si cuando me acerco te vas,
pero puedo sentir cómo existe una vida en ti.
No puedo darte una rosa si eres más bella que todas,
pero puedo construir un jardín y admirar tu belleza ahí».

—Qué hermoso, capitán. Supongo que aún hay tiempo para que esa hermosa mujer lo tenga en sus manos —le dije.

—El tiempo, hijo. El tiempo sigue su camino sin voltear. A veces lo más hermoso pasa frente a tus ojos y no te percatas de lo importante que es. Ya cuando se oculta sobre el horizonte quieres seguir tras de ello y te das cuenta de que ya es demasiado tarde.

—Pero sus labios han pronunciado con anterioridad. Hay cosas que se pueden realizar aun sabiendo que a veces es imposible de realizar.

—Una de las tantas cosas imposibles es esta. Debes aprender también a aceptar cuando ya algo es imposible de lograr. Ella se casó y se fue del reino, nunca más la volví a ver. Sigo pensando qué hubiera pasado si el miedo que me acobardaba hubiese abandonado mi cuerpo y se hubiese convertido en valentía, pero sigo sin respuesta alguna.

Quise guardar silencio ante eso. Solo el sonido del mar tras ser golpeado por *El Valiente* resonaba en las cuatro direcciones. Una estrella en lo más alto brillaba más que las otras, parecía nostálgica, como nuestros corazones.

Así se esfumo la fría noche. Pronto el tercer día surgió como las flores surgen en un abrir y cerrar de ojos. Scarborough se alzaba sobre una hermosa colina, eso hacia traer a la memoria el reino de Dover, era idéntico, los faros y las mansiones nobles se engalanaban bajo los rayos del sol. Nuestra travesía continuaba por las corrientes ya del corazón del Mar del Norte.

Un Mar del Norte que abría paso a nuestros sueños. Así llego la noche sobre nuestra soledad bajo un cielo desolado, ni siquiera las estrellas deseaban acompañarla en su desierto.

—Las corrientes del este nos llevarán en unos días a las costas de Edimburgo —dijo el capitán—. Estén atentos porque las mareas suelen golpear con la fuerza de un rayo. Estaremos un par de días en el flamante puerto y luego partiremos, esta vez sin parada alguna, a donde el mar nos quiera llevar.

Todos inclinaron la mirada, los pensamientos volaban en un espacio donde el hombre no existía; quizá extrañando el puerto, las viejas barcas, sus esposas o las bulliciosas calles; en ese momento todo, absolutamente todo, se extrañaba, aun lo más insignificante.

—¿Existe alguna ruta trazada? —preguntó Carl.

—Trazamos un mapa —respondió Rufino el Valiente—. Después de Edimburgo pasaremos por las costas de Aberdeen, luego navegaremos por las bravías costas de Thurso. Ahí nos despediremos de tierras conocidas y nos adentraremos en lo desconocido hasta ahora. Si las corrientes se mantienen quietas nos conducirán al sur, incluso podemos girar al norte y tal vez conseguir una nueva ruta a las Indias Orientales. Pero nuestro destino es el sur. A ese espacio que nadie nunca ha podido observar. Tengo un aproximado de siete semanas, luego volver al termino de ese tiempo y tomar el mismo lapso para el regreso. Debemos ser cuidadoso con las mareas, las

islas o incluso los enormes hielos que se forman por las nevadas del sur y que suelen ser arrastrados a las costas. Pero debemos prestar más atención a los bandidos que surcan las aguas. Ellos pueden terminar con esto. El capitán Neftalí realizó un grupo de guardia, todos debemos turnarnos para estar alerta ante cualquier peligro. Después de Edimburgo veremos cómo distribuir a todos. Por ahora debemos descansar. Mañana es necesario acomodar el resto de las provisiones y explorar las costas de Newcastle, se dice que han visto especies de gigantescos peces por este rumbo y es necesario documentarlos, claro, si nos es posible verlos.

Dicho esto, todos caminamos a nuestras habitaciones, pequeñas e incómodas en cierto modo. Pero era donde debíamos proteger nuestro cuerpo para la osadía. Otro día se estaba escapando de nuestra existencia.

VIII

Semana II

El primer tramo de viaje había sido demasiado lento ya que debíamos ir probando y viendo todas las piezas y comprobando la capacidad del barco; al empezar la segunda semana surcábamos las costas de Newcastle, solo el sonido de las cálidas aguas resonaba en el silencio de los mares. Avanzábamos en algunos momentos a gran velocidad y en otros con lentitud; solo el viento entendía nuestros movimientos. Los días se fueron a toda prisa sin novedad alguna, estábamos atentos a poder observar algún monstruo desconocido, pero nunca se dejó ver.

Una tarde estaba en la parte más extrema del barco, observaba con atención el movimiento del sol, pero observaba con más atención cómo el capitán Santiago recorría con sus manos los papiros, fijaba su vista perdida al cielo; las rocas de su corazón se desboronaban y su mente archivaba todo lo que sus ojos contemplaban a cada centímetro. De pronto unas manos tocaron mi hombro.

—¿Qué haces Joseph? —preguntó Armando de Brandenbury.

—Observo cómo el capitán Santiago se deleita con el aprendizaje de esta joven travesía.

—Es muy sabio y conocedor de todo lo que nuestros ojos pueden alcanzar a ver.

—Supongo que ama el conocimiento.

—Una vez me contó la historia de un hombre sin igual, nacido en lugar conocido como El Monte de la Alianza.

—¿Monte de la Alianza? Mis oídos quisieran escuchar eso —le dije.

El capitán Armando se inclinó sobre la madera. Esbozó una sonrisa y giró a todas direcciones.

—No puedo decir que mis labios lo cuenten igual que el capitán; pero puedo hacer un gran esfuerzo contigo. Hace muchos años, en verdad nadie sabe con exactitud cuándo sucedió esto, solo los escritos fueron testigos de esta historia que enamoró mi alma del espíritu que vaga. Sobre todo, es como el viento, sentimos como roza el fondo de nuestros corazones, pero es invisible a nuestra vista; es como el cielo, está ahí, solo debemos fijar la mirada en ella —dijo. Pero la historia es así: En aquel entonces el aura era cálida, las estrellas eran libres, la luna parecía envolver el firmamento con ternura, las aguas corrían a todas direcciones, los montes bailaban con el huir de los días y el hombre solo soñaba con encontrar la sabiduría. Caminaba por la tierra de los desolados y muertos de espíritu un hombre conocido como el pastor sin ovejas. Afirmaba tener un Dios poderoso, bondadoso y lleno de sabiduría. Su valentía fue tal que debió retar al más grande de los gobernantes para demostrar el poder de su Dios; temeroso pero confiado en su creador, demostró que los otros dioses no se igualaban al que él adoraba y servía. Poco tiempo después aquel sabio desapareció y nunca se supo de él. Se decía que vagaba por el desierto en busca de más sabiduría, ¿Para qué más sabiduría? Supongo que para buscar las almas que aún seguían en la oscuridad del mundo.

Una tarde, cansado y sediento se arrastró sobre las cálidas arenas hasta una cueva; sus pies sangraban a causa de las heridas, sus labios se desgarraban como la túnica que cubría su desgastada piel, sus ojos sudaban con el dolor más fuerte que hubiese sentido, su cuerpo temblaba como un árbol bajo la lluvia, sus manos no sabían siquiera qué sujetar. Así, se encogió en la oscura cueva, lloraba, pero no de tristeza, lloraba agradecido de la vida, por la sabiduría de su mente a pesar del mal momento, él siempre agradecía por todo a aquel que todo lo ve desde el infinito.

—¿Qué sucedió? —pregunté con ansias.

—¡Calma! Ahora viene lo mejor —dicho esto, fijo su mirada sobre las aguas que abrían paso a nuestro barco—. Pasó entonces que aquel hombre, en medio de sus aflicciones, turbulencias y dolores, postró su rostro al suelo y elevó su corazón al cielo, esperando ser escuchado por el ser más grande que puede existir. Sus ojos dejaban caer lágrimas al polvoriento desierto, sus labios se movían al son del tiempo, su corazón clamaba por piedad y su estómago rugía pidiendo un pedazo de pan o siquiera un poco de agua que saciara su existencia.

Sucedió entonces que un cuervo entró a su guarida portando sobre sus alas comida y agua. Los ojos de aquel hombre al contemplar lo que veía se humedecieron, estaba feliz, pues su creador le había respondido con amor. Sació su hambre y su sed durante varios días hasta que fue empujado a una nueva misión, sus pies no se detuvieron desde entonces. Sus sabias palabras recorrieron el mundo y su conocimiento iluminaba las vidas que se cruzaban en su camino. Ahora se ha vuelto inmortal, se dice que fue alzado al cielo en una carreta que brillaba como las estrellas, desapareció en el firmamento y nunca más se le volvió a ver. Es increíble, no olvido eso desde que el capitán Santiago me la contó. ¿Te imaginas subir al cielo sobre luces y descubrir lo que existe después de lo que cada noche vemos? Recuerdo que el capitán dijo: «Es importante dar y decir lo que se tiene en el momento indicado porque puedes llegar a cambiar incluso una vida o cambiar la travesía de un destino sobre este mundo que conocemos».

—¡Qué hermosa historia! Y más sabias sus palabras —dije.

—Todos estamos llenos de sabiduría, la diferencia radica en que unos la descubren y otros prefieren ocultarla.

Guardamos silencio mientras despedíamos los últimos pedazos de territorio de la hermosa Newcastle; los estudiosos del barco habían explorado y observado todo con atención, tal vez esperando ver los gigantescos peces que se creían recorrían esos lugares, pero no contábamos con la suerte necesaria. Así se ocultó la tarde; los días se esfumaron y cuando nos percatamos estábamos atracando en el puerto de la grandiosa Edimburgo, ciudad sin igual en el reino, tierra de los que luchaban por libertad, tierra de los que soñaban abandonar la esclavitud, tierra inglesa que gritaba a los vientos sordos por justicia. Era hermosa como toda ciudad inglesa, bella a todas direcciones; sus muelles se apilaban en los confines del reino, sus mercaderes salían a todas direcciones con los productos más valiosos y volvían con el tan preciado oro. Su gente era bulliciosa, corrían a todas direcciones, reían, pero en sus corazones existía algo que les impedía estar en paz interior.

Sus castillos se erguían sobre la nada, parecían acariciar el rostro del cielo, mostrando una ruta a todos los viajeros que atracaban para seguir con su trayecto. Nuestra travesía a esta hermosa ciudad fue en verdad muy fugaz, al día siguiente marcharíamos, no sin antes llenar las bodegas, atascar los barriles del mejor vino y despedirnos de tierras británicas para alejarnos en dirección al norte.

Recuerdo que esa noche lluviosa los relámpagos ensordecían los rincones de la pequeña

habitación donde nos acurrucábamos, pensábamos en sinfín de cosas, la seriedad gobernaba nuestros rostros e intentamos dormir...

Semana III

—¡Es hora de partir! —gritó el capitán.

Todos guiñamos los ojos como no queriendo despertar.

—Vamos muchachos. Una travesía nos espera —volvió a gritar mientras afilaba su espada.

—Pero capitán, es aún muy temprano. Las estrellas ni siquiera se han ocultado —dijo Benjamín.

—Debemos marchar antes de que la última estrella se oculte muchacho. La hora de la verdad comienza. ¿Es que acaso alguien ya no quiere seguir? —preguntó.

Todos guardamos silencio. Nos vimos unos a otros y comenzamos a preparar nuestras cosas para la travesía.

—Sé cómo se sienten muchachos. Es difícil decir adiós al último pedazo de tierra que pisamos de nuestro gran reino. Pero sepan que afuera nos espera una gran travesía, única e irreplicable por muchos años. Somos libres también de renunciar en este preciso momento, depende de lo que les dicte el corazón, si su deseo es ya no continuar con el viaje pueden quedarse aquí y volver en los barcos a Dover.

—Yo voy al viaje —dijo Armando.

«Yo también» dijo cada uno de nosotros; Carol guardó silencio por un instante, suspiró y gritó.

—Maldición, no puedo vencer este corazón aventurero. Los pensamientos dicen volver a casa, pero el espíritu grita ir más allá, no ser cobarde y cumplir el objetivo por el cual vine a este mundo. Por eso, sí, voy.

Dicho esto, caminamos al puerto donde *El Valiente* esperaba ansioso a sus diez hijos; la lluvia regaba la madrugada que estaba cálida y serena. Ascendimos uno por uno dejando así nuestra madre patria, mis ojos brillaban como zafiro bajo la bóveda misteriosa que engalanaba el paisaje eterno.

—Valientes guerreros, esto es para ustedes —gritó un comerciante mientras lanzaba unas monedas de oro a nuestro barco.

—Sí, es por ustedes —gritó una multitud que bajo la lluvia se agazapaba, esperando la hora de la partida.

—Descubrid lo que existe más allá y volved —gritó una anciana.

—Soy un mercader irlandés. Mi nombre es James —gritó un chico bajo la oscuridad—. Dejadme ir con ustedes, el corazón me lo clama. Mis padres murieron y nadie me ha de extrañar. Por favor, dejadme subir al barco.

—Lo siento, hijo. La tripulación está completa; almacenamos comida para diez personas, uno más desequilibra nuestros cálculos —dijo el capitán.

—Dejadme subir, por piedad. Puedo comer de las sobras que se me den y ayudar como uno más de ustedes. Prometo no causar problemas y menos dañar sus cálculos. ¿Qué diferencia hay entre morir en una travesía o morir de soledad?

El capitán Neftalí susurró con el capitán Santiago y después de unos instantes gritó.

—Ven hijo. Sube. Eres bienvenido a la tripulación de *El Valiente*.

Sus ojos se humedecieron y saltó de inmediato al barco. Gritamos de júbilo porque otro soñador se nos unía.

—Yo también quiero ir —gritaban muchos en la multitud. Pero a decir, verdad James fue el único afortunado. Nadie más pisó la brillante madera de *El Valiente* esa madrugada.

No sé con exactitud la hora de partida, pero todos nos agazapamos en la parte interior para ver cómo desaparecía la grandiosa Edimburgo de nuestras vistas. Cientos de antorchas brillaban como señal de luz para nuestro camino, ni siquiera en Dover nos dieron una despedida tan emotiva. Lloramos como niños, estábamos despidiendo nuestra tierra.

Ese día, al salir el sol, me dediqué a acomodar todas nuestras provisiones, llenar las bodegas y distribuir las tareas a todo el grupo. Al caer la noche contamos historias, reímos y bebimos.

Al salir el nuevo día ya surcábamos las costas de Aberdeen, últimos vestigios de tierra que podían ver nuestros ojos. Así se esfumó el nuevo día y la noche cobijó todo; surgió el siguiente amanecer y cada vez nos adentrábamos al corazón del Mar del Norte.

Cuando el sol estaba en medio del cielo del cuarto día de la tercera semana, *El Valiente* ya navegaba a toda velocidad siguiendo la dirección del mar, cuando de pronto se escuchó el grito del capitán Neftalí.

—Alístense muchachos, unos barcos nos persiguen a lo lejos. Walker, ¿qué pueden observar desde allá arriba? —preguntó.

—Parecen bandidos, señor, navegan hacia nuestra dirección; creo que debemos alistarnos para un eventual ataque.

—Todos a sus posiciones —gritó el capitán otra vez.

Corrimos a cubierta, alistamos nuestras espadas y esperamos con el corazón palpitando a toda prisa. Era demasiado corto nuestro viaje como para toparnos con las dificultades antes de salir del Mar del Norte.

—Uno está girando a nuestra dirección capitán, el otro se ha adelantado y parece empezar a girar en dirección nuestra también —gritó Carol.

El nerviosismo se mostraba en el rostro del capitán Santiago, no sabíamos quiénes conducían aquellos barcos que trataban de interceptarnos.

—Se acercan —dijo James.

—Esperen, esperen. A mi orden nos dispersamos a los diferentes puntos y esperamos a atacar si ellos intentan hacerlo —dijo esta vez el capitán Neftalí.

—Son vikingos, mi señor —dijo. He visto sus rostros y son vikingos, son los ladrones que surcan estas aguas.

—Perversos vikingos. Debieron esperar otro momento para atacarnos y no precisamente hoy —dijo el capitán George.

Un pequeño barco intentó investir a *El Valiente*, pero su experimento fue fallido, mientras el otro a lo lejos se había cruzado en nuestro camino.

—¿Qué haremos señor? —preguntó Rufino el Valiente.

—Icen la bandera de Dover, la de Gran Bretaña y la bandera de viajeros en paz —dijo el capitán Neftalí.

Dicho esto, los leones impregnados en los mantos gigantes ondearon al son del aura, simbolizaban al país. La de Dover también ondeó al igual que una enorme manta blanca con una espada y una cruz incrustada al centro que simbolizaba expedición especial bajo el protectorado de la corona del Reino de la Gran Bretaña. El barco intentó nuevamente investir al gigantesco *Valiente*, pero sin éxito alguno; cuando los mantos estaban extendidos en su totalidad, los pequeños barcos detuvieron su marcha y se alejaron de nuestro camino. El susto había sido consumado. De alguna forma sabían que, si el reino en verdad nos protegía, debían pagar con sus

propias vidas si nos hacían daño. Los guardianes del Mar del Norte conocían todos los confines de las aguas y debían saber de nuestra tragedia si llegaba a suceder, y los únicos que denigraban esas aguas solían ser los vikingos. Lo había advertido en algún momento Sir Mirlo, el Duque de Dover.

—Vuelvan a sus posiciones, esos malhechores se han alejado por ahora —dijo el capitán.

—Sí, señor —respondimos todos.

Antes de desaparecer en su camarote, el capitán Neftalí alzó la vista hacia nosotros, que vigilábamos desde arriba, y dijo;

—Walker, Carol. Mantengan los ojos bien abiertos y estén alerta a cualquier movimiento.

Asentimos de inmediato moviendo la cabeza.

Durante la tarde no quitamos la mirada de todas las direcciones, más aún en el caer de la noche; así se fue el quinto, el sexto y el séptimo día. No existían novedades, ni angustias; solo expectativa y meditación en un vasto mundo lleno de agua y sin dirección alguna.

La última noche de la semana nos juntamos en la parte más alta del barco. Como ya era de costumbre contamos más historia, bebimos y bailamos al ritmo del tambor y el bombo.

En algunos instantes las risas resonaban en medio de la nada y en otras se dibujaba el silencio que sepultaba todo lo que existía por donde pasábamos.

Nos recostamos a observar el cielo, hermoso como siempre y tan misterioso como las aguas; suspiramos y cerramos los ojos. Otra semana de aventuras empezaba al día siguiente.

IX

Semana IV

El primer día de la cuarta semana se fue como llegó y todo comenzaba a pincelarse de otro color. El segundo día llegó, el sol manifestaba melancolía en su esplendor al amanecer. Todos mostraban tristeza en sus rostros, ya estábamos un tanto cansados, sucios y llenos de dudas en nuestros corazones. Podía notarse el arrepentimiento de muchos, hubiesen deseado nunca escuchar del viaje más atrevido. Pero ese era el sentido del atrevimiento: ir más allá.

El tercer día comenzó con fuerza, y estando en la eslora se acercó el capitán Santiago al señor Armando, que observaba con melancolía cómo quedaban las aguas que no parecían tener fin.

—¿Cómo se siente, señor Armando? —preguntó en tono angustiado el capitán Santiago.

—Me siento un desconocido en medio de lo desconocido, capitán. Muchas veces creemos que conocemos o sabemos todo de la vida, pero abrimos las puertas y nos damos cuenta de lo insignificante que somos ante lo inmenso y desconocido. Supongo, capitán, supongo que lo que hemos visto no es nada con lo que nos espera.

—¿Cree que volvamos a casa? —volvió a preguntar el capitán.

—Ya somos victoriosos, hemos logrado lo que nadie antes había hecho, hemos abierto el camino a los que vienen. ¿Qué más nos espera? Ya permanecemos en la historia, siempre viviremos en casa, supongo que en las memorias también.

—Sus labios infundan sabias palabras y su corazón danza al ritmo del tórrido viento que solo siente nuestras aflicciones, mi señor.

—Una vez mi padre, en medio de sus infinitas locuras, preguntó a mi hermano: «¿Sabes qué es la muerte?». Él y todos mis hermanos guardamos silencio total, ¿qué pregunta era esa? Éramos niños que solo les interesaba jugar, comer, beber y dormir. Él se sentó sobre la vieja silla, estiró los pies y dijo: «Tenemos la vida en una mano, en la otra sostenemos nuestro destino, tú decides lo que quieres ser: un mercader, un respetado capitán, un guardia real o tal vez un simple campesino, pescador o un pordiosero y limosnero como yo. No lo saben aún hijos, solo recuerden que todos debemos morir, ya sea en vida o después de ella, todos vamos al mismo lugar, sea cual sea el estatus, color, educación, riqueza, nadie salva a nadie más». Ahora he meditado eso, y viendo a cada hombre sentado sobre *El Valiente* veo el temor en sus ojos, veo que a pesar de ser diferentes le tememos a lo mismo. A la muerte.

—Algo se aproxima —gritó a todo pulmón Charles.

Todos corrimos a la cubierta ansiosos de ver qué era lo que se había divisado. A lo lejos se avistaba que algo se movía a toda velocidad, no se podía diferenciar, pero parecía algo de peligro. Todos mostramos nerviosismo en nuestros rostros, retrocedimos varios pasos sin saber lo que estaba a punto de suceder.

—Puesto de defensa, agrúpanse y alístense para un posible combate —gritó con fuerza el capitán Neftalí.

Escuchamos la misma orden que se nos dio el capitán cuando los vikingos nos habían atacado en los confines del Mar del Norte, se trataba de algo muy serio.

—¿Qué es eso capitán? —preguntó con voz quebradiza Rufino el Valiente. Incluso él enfundaba terror en sus ojos.

—No lo sé muchacho. Pero debemos estar preparados. Armando, Carl y Walker, cubran el flanco izquierdo. George, Benjamín, Charles y Carol, distribúyanse a los cuartos de almacén, es lo más vulnerable ahora. El resto permaneceremos en cubierta, alisten sus espadas, esto parece algo serio.

Corrimos a toda prisa, en verdad no sabíamos siquiera a qué nos debíamos enfrentar, solo sabíamos que algo se aproximaba a toda prisa. Permanecí en el primer cuarto de almacén, el sudor corrió por mi rostro a toda prisa, igual que a mis compañeros; mis pies vibraban y mis manos temblaban con bravura.

—Listos —gritó esta vez el capitán Neftalí—. Se acerca, nos va a investir.

El tiempo pareció detenerse, el silencio era abismal, observamos aquello con fina atención. Un estruendo se dejó sentir en cada centímetro del espacioso barco que se movía de un lado a otro, parecía un pedazo de papel en el agua debido a la brutalidad de los golpes. Ese tiempo pareció eterno, aunque en realidad creo que solo fueron unos cuantos segundos.

Cuando todo quedó quieto, mis ojos seguían mareados debido al movimiento, varios de los tripulantes yacían sobre la madera, tendidos mas no heridos de gravedad. Todos los que nos encontrábamos bien corrimos a su ayuda.

—¿Están todos bien? —preguntó el capitán Neftalí.

—En el flanco izquierdo todos estamos bien —respondió Armando.

—Carol está herido —gritó Benjamín.

Todos corrimos de inmediato al cuarto de almacenes; cuando llegamos el resto de los compañeros trataban de levantar a Carol, la sangre corría en su rostro, estaba inconsciente y parecía no tener noción sobre el tiempo.

—¡Carol! ¿Estás bien? Contesta —gritaba Rufino.

Los esfuerzos parecían inútiles, Carol no pronunciaba palabra alguna, su respiración estaba demasiado agitada.

—Apartaos, yo intentaré detener la hemorragia —dijo Charles, él era el único que sabía de medicina y solo él podía hacer algo para salvar la vida de Carol.

Así pues, pasados unos instantes, cargamos al fiel compañero a su recámara, se observaba mucho mejor luego de la intervención de Charles. Todos estábamos consternados cuando George entró corriendo a toda prisa.

—El almacén se está llenado de agua, sube a toda prisa. Debemos hacer algo capitán.

—Charles y Carol, permanezcan aquí. El resto debemos hacer algo o esto terminará mal —dijo el capitán Neftalí.

Todos corrimos de vuelta al enorme almacén, cuando descendimos por las escaleras el agua pronto obstaculizó nuestro paso, las pequeñas rejas con nuestros alimentos ya flotaban; el agua era fría como las mañanas sobre Dover y subía con rabia cubriendo todo a su paso.

—¿Qué haremos? —preguntó el capitán Santiago.

—Debemos abrir las rendijas que se encuentran en la parte superior del almacén, también debemos sacar el agua con lo que sea posible, ahora —dijo el capitán Neftalí.

—Yo iré a destapar las rendijas, capitán —le dije.

El capitán aseveró con un movimiento de cabeza mientras todos corrían a buscar cubetas o cualquier objeto que pudiese sacar el agua del barco.

Me detuve un instante y recordé de inmediato las palabras de mi padre, de mi madre y de todos los que habían desaprobado mi viaje, pueda que tuvieran razón, mucha razón. Observé el rostro aterrado de los muchachos, nadie quería morir, ni siquiera el más atrevido y valiente de todos deseaba hacerlo. Era demasiado hermosa la existencia como para despojarse de ella.

De un salto caí al agua, su frialdad abrazó mi cuerpo en un segundo, su pureza abrió mis ojos, su belleza, esa belleza que me había enamorado ahora deseaba quitarnos lo más preciado, pero debía intentar detenerla, o por lo menos hacer tiempo para buscar una solución. Nadé a toda prisa, me acerqué a las rendijas, intenté abrirlas a prontitud, pero estaban muy incrustadas. Tomé el valor necesario hasta derribarlas, hecho esto nadé a la superficie, a espera de que eso funcionase, en verdad había pasado un par de minutos sumergido bajo las gélidas aguas.

Todos gritaron cuando vieron mi semblante asomarse bajo las frías aguas; el sistema de escape de agua que se había instalado en los almacenes funcionaba a la perfección. El agua que se acumulaba escapaba por las rendijas directo a un canal que la conducía luego a unos enormes barriles, que a su vez la conducían a otros canales que la desechaban de vuelta al mar. No era un sistema transformador, pero funcionaba y nos permitía seguir navegando por un par de días. Debíamos rogar a los cielos que en esos dos días algo sucediera. Después de esto todos caminamos a la sala donde solíamos reunirnos cada noche.

—¿Qué cree que haya sido eso, capitán Santiago? —preguntó Rufino, en sus ojos aún se observaba el miedo.

—No lo sé, supongo que fue una especie de peces enormes, tal vez ballenas gigantes o peces voladores. Nunca los vi antes, ni siquiera he leído sobre ello. Es una especie rara, igual de raro que otros peces que he observado, en mis apuntes los describo, pero aún no sé qué nombre darle a cada uno. Supongo que hay tantos secretos ocultos a nuestros ojos y no sabemos siquiera de su existencia.

—Esos monstruos viajaron hacia el norte, si la marea permanece como ahora, puede que los arrastre en dirección nuestra —dijo James.

—Es cierto, haremos guardia. Esta noche Walker y George serán los encargados, ante cualquier movimiento sospechoso suelten la alarma. Santiago, Rufino y yo analizaremos las vías de escape o las formas de encontrar tierra para poder atrancar. El resto descanse, ya mañana debemos volver a turnarnos —fueron las últimas palabras del capitán.

Escuchado esto, todos caminamos a nuestras posiciones. El capitán George y yo permanecemos bajo el cielo pincelado, solo el viento nos acompañaba, el mar escuchaba nuestros pensamientos y la luna brillaba con nuestro vacío. Así pasó la noche, el otro día se esfumó sin novedad alguna para dar paso al siguiente día, un día lleno de sorpresas.

Semana V

El nuevo día abrazó nuestra presencia sobre el desolado océano, esperábamos con ansias el final del día para llegar a la desembocadura del mar, a donde todo terminaba según las historias recogidas por las generaciones anteriores y donde algo nuevo empezaba según los cálculos realizados por el capitán Santiago en su inmensa sabiduría. El agua estancada en los almacenes

fluía con tranquilidad, nuestras reservas comenzaban a agotarse ya que el trigo, los panes y otras cosas se habían hundido en el almacén, la desesperación nos hacia su presa y las ansias de conocer el fin del mundo crecía con cada momento que el tiempo extendía.

—¿Qué haremos ahora, la tubería instalada en los almacenes no soportará, según mis cálculos un par de días más? —dijo en tono de preocupación el capitán Santiago.

—Supongo que debemos hallar otra forma de que el agua fluya, el capitán Neftalí trazó unas secciones para drenar el agua en caso de que se filtrara en las paredes. Debemos estar atentos. Los vigilantes deben dar alarma ante cualquier señal.

—¿Acaso no llegamos hoy al fin del mundo? —preguntó Carol—. He visto los mapas trazados e indican el día de hoy como punto final y el regreso al reino.

—Tus ansias solo preocupan y perjudican el panorama muchacho. Debes tener paciencia, pronto llegaremos a nuestro destino —respondió el capitán Armando.

—Ya son cuatro semanas, esta es la quinta, ¿qué debemos pensar? Estamos perdidos, no sabemos siquiera a qué dirección nos dirigimos —dijo Carol un tanto molesto.

El capitán Santiago caminó al centro extendiendo los brazos.

—Recuerden —dijo—. Recuerden que el día que se les propuso realizar este viaje, el mensajero fui instruido en decirles que era un viaje largo y sin garantías de volver a casa. ¿Acaso se les ha olvidado? Todos venimos dispuestos incluso morir, morir con dignidad, con orgullo y por nuestro amado reino.

Todos guardamos silencio al escuchar aquello, era toda la verdad, éramos conscientes de ello.

—¿No intentaremos siquiera salvar nuestras vidas? —pregunto Benjamín.

—Seguiremos con el rumbo trazado, sin importar lo que suceda, esto es lo que escogimos —dijo el capitán mientras caminaba a la cubierta.

Permanecemos en silencio, nadie siquiera movía la cabeza, la mirada estaba fija en el piso, los pensamientos recorrían cientos de kilómetros para llegar al pequeño reino de Dover. Ahí, en ese pedazo de tierra, consideré que nadie notaba nuestra ausencia, ni siquiera el cielo supongo.

—Debemos ejecutar el plan del capitán Neftalí Aldrich —dijo el capitán George Henry.

Todos nos miramos unos a otros a los ojos, nadie tenía los temples suficientes para seguir, estábamos un tanto hambrientos, con sudor en todo el cuerpo, repugnantes y sin fuerza alguna.

—Vamos muchachos —gritó otra vez el capitán George—. Somos valientes, el simple hecho de estar sobre este barco nos hace únicos. Si todos soñáramos o anheláramos lo mismo el mundo no tendría sentido. Las estrellas brillan por igual, pero no son del mismo tamaño, así somos nosotros: brillamos, pero no por lo mismo. ¿Acaso se van a rendir todos, justo ahora, tan cerca del fin del mundo? Tan cerca de lograr lo que nadie jamás ha logrado. La inmortalidad se gana por cada logro que se obtiene. ¿Cómo es que habiendo tantos hombres en nuestro majestuoso reino de la Gran Bretaña, en España, en Italia, en Francia, en Alemania o en los reinos que existen, solo diez se atrevieron a aventurar los confines de lo desconocido? No se atreven a rendirse ahora; debemos tomar fuerzas y pelear; afuera está el enemigo, el mar, el viento, la lluvia, las corrientes, todo lo que quieran, pero aquí adentro no tenemos nada que arreglar.

Todos agachamos la mirada, estábamos exhaustos, pero sabíamos que debíamos hacer el intento o morir en el intento. Así pues, uno por uno se fue poniendo en pie y gritaba: «¡Vamos! El mar es nuestro».

Caminamos al cuarto del capitán Neftalí. Él estaba ahí postrado con lágrimas en los ojos. Cuando notó nuestra presencia de inmediato se puso en pie.

—¿Qué desean caballeros? —Preguntó con la voz aún quebradiza.

—Deseamos ver los planos, capitán —dijo Rufino el Valiente.

—Supongo que los planos son historia. Los he desechado al mar.

—¿Cómo lograremos ejecutar su plan, capitán? —preguntaron algunos de los navegantes.

—Calma, calma —interrumpió el capitán Santiago—. Supongo que ya no tenemos los trazos, pero poseemos al hombre que los ideó. Debemos pues trabajar juntos. Capitán, solo díganos qué debemos hacer y nosotros obedeceremos.

Al escuchar aquello el capitán Neftalí quedó perplejo. Momentos después corrió a toda prisa a la proa junto a los diez valientes. Estábamos cansados pero emocionados, hambrientos pero llenos de valentía, sedientos pero saciados de gloria, una gloria que a veces se nos alejaba.

Trabajamos toda la tarde, durante la noche las guardias seguían y el agua de las cañerías fluía cada vez con más lentitud.

Al día siguiente trabajamos desde que el sol se asomó hasta que se ocultó sobre lo desconocido. En el tercer día nos dividimos en equipos más complejos; unos cocinaban y hacían limpieza, otros hacían guardia y otros trabajaban para terminar el proyecto del capitán Neftalí. Consistía en sí de un complejo sistema de tornos que se sumergían en el almacén, se llenaban de agua, otro sistema la subía y la desplazaba al mar. Así sucesivamente el agua se iba sacando a toda rapidez. Debíamos turnarnos incluso para manejar el sistema, pero debíamos mejorarlo en los próximos días, días que se esfumaron a toda prisa tratando de terminar el sistema de drenaje y así evitar una tragedia mayor.

X

Semana VI

El primer día de la sexta semana se asomó con alegría, estábamos bebiendo una taza de té en el puesto de guardia con Rufino el Valiente. Las nubes marchaban con lentitud a donde se avistaba una gran tormenta. Los rayos, el viento y la marea comenzaban a tomar fuerza.

—Debemos dar alerta a los demás —dijo Rufino.

—Supongo que así debe ser. El panorama no se ve tan alentador, con el agua estancada y la lluvia parece que todo va a empeorar —le dije.

—Toca la campana. Yo debo alzar las velas en dirección opuesta a la tormenta —dijo.

Corrí a tocar la campana mientras Rufino trepaba por la eslora.

—¿Qué pasa? —preguntó una voz.

—Una enorme tormenta se aproxima a lo lejos, es inmensa y puede verse su bravura —respondí.

Todos mostraron preocupación en sus rostros, parecía que debíamos dar vuelta o intentar cambiar de dirección, aunque a decir verdad ya estábamos demasiado cerca de la orilla donde la tormenta se comenzaba a agitar.

—Carol, George y Rufino, alcen las velas y diríjanlas al occidente, los demás ayúdenme a remar también al occidente —ordenó el capitán Neftalí.

Las enormes velas se extendieron en todo el barco, el viento las comenzó a agitar con bravura hacia el occidente, aunque las olas nos arrastraban al norte, a donde todo se cubría de oscuridad.

—Tiren con fuerza —gritaba el capitán.

Las olas se hacían cada vez más gigantescas, sentíamos cómo el pequeño barco era arrastrado al interior de los destellos que el cielo exponía, relampagueaba con fuerza, y ya ni las voces se escuchaban. Los pequeños barriles y sacos volaban como la pluma, los apuntes y los mapas eran arrastrados, las velas más pequeñas eran arrancadas como pequeñas plantas de un jardín.

—Supongo que es el fin del mundo, hemos llegado —gritó el capitán Santiago.

—¿Está seguro de eso, capitán? —preguntó Carl.

—Lamento decir que no, hijo, pero has de saber que las historias narran una escena exacta como la que ven nuestros ojos. Tormenta, cielo oscuro, relámpagos en todas direcciones y empujados a un remolino donde surgen los enormes monstruos que devoran todo a su paso. Es el fin, muchachos.

—¡Calma! Eso lo sabremos si llegamos a la tormenta, ahora debemos seguir remando —interrumpió el capitán Neftalí.

Cogimos más fuerza y rabia, remábamos con todo, pero el mar era mucho más astuto que once hombres atrapados en sus garras. Con el pasar de los minutos, el barco comenzó a adentrarse a la gigantesca tormenta. Todo era oscuridad total, se agitaban las olas cubriendo todo el barco, ya no diferenciábamos siquiera dónde se encontraba cada uno de nosotros. El sistema de cañería voló

como la hoja de un árbol, nuestras provisiones desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, todo era un caos.

—Júntense en el cuarto de mandos —gritó el capitán George.

Uno por uno fuimos llegando al cuarto de mandos, estábamos mojados, con pequeñas heridas, pero con vida.

—George no ha entrado —gritó alguien de la tripulación.

—Estoy aquí —gritó el sofocado capitán George. Afuera compañeros, afuera es un paisaje desconocido, creo que aquí acaba todo.

—Supongo que venimos a eso, compatriotas. Fue un placer viajar con ustedes, valientes hombres. Ahora solo queda esperar, no podemos hacer nada contra esta furia que nos desgarrar a pedazos, es cuestión de tiempo que nuestro barco se hunda —dijo la quebrada voz del capitán Santiago.

—Tómense de las manos, y esperemos —dijo el capitán Neftalí.

El tiempo pareció estancarse y el mar cubrió todo con su majestuosidad y bravura. Yo, Walker Joseph, cerré mis desgastados ojos, escuchaba cómo el viento soplaba, cómo las velas eran arrancadas como plumas, cómo el barco se desbarataba como una casita de arena, cómo el trueno ensordecía los pensamientos y cómo el temor de partir al otro mundo abrazaba nuestra existencia.

Unos lloraban; hasta el más valiente sentía frío, el audaz se sentía acorralado, el sabio sentía cómo descubría un mundo desconocido; eso era el bravío mar, la fuerza con que los espíritus del fin del mundo golpeaban, reclamando por qué insistíamos en descubrir más allá de su propia existencia.

Creí soltar mi vida para siempre, todo se apagó, nadie recuerda lo que sucedió esa tarde, ni siquiera la noche quiso despertar nuestro cansancio, solo permanecemos tal vez cobijados por las estrellas y martirizados por el viento frío.

Recuerdo, según nuestros cálculos un 17 de agosto del año 1481, que los pequeños insectos rondaban nuestra lastimada piel; estaba sediento, con hambre y lleno de miedo. Temblaba como un niño descuidado bajo la nada; me puse en pie y caminé a pasos lentos, observé de inmediato cómo los otros diez muchachos estaban reunidos. Corrí hacia ellos.

—Te estábamos esperando —dijo James.

Solo esboqué una tímida sonrisa y me acerqué un poco más, todos estábamos vivos, miré a cada uno de ellos a los ojos. Reímos esa mañana, gritamos como locos aun sabiendo que nadie escuchaba aquello. El desastre era total, todo estaba destruido y en ruinas; por algún motivo la pequeña cañería de escape que habíamos instalado primero nunca dejó de funcionar. Tal vez los dragones, los dioses del fin, los seres increíbles que no habíamos logrado ver habían hecho tal ejemplo de misericordia. No supimos qué fue, pero habíamos sobrevivido a aquella furia que nos daba la bienvenida a otro mundo que desconocíamos hasta entonces.

Todos intentamos curar nuestras heridas, reposamos en el viejo cuarto de mandos, ahí pasamos la noche, y esperamos a que el siguiente día fuese mejor.

Cuando el sol alumbró, alguien gritó.

—Compañeros deben ver esto, es asombroso.

Todos corrimos para ver de qué se trataba aquello.

Era, con enormidad, algo de preciosidad sin igual, aún difícil de describir por mis propias palabras. Solo observamos cómo enormes pedazos de hielo flotaban con tranquilidad en las aguas del mar. Eran cientos, quizá miles, unos tan enormes como el faro que se erguía sobre Dover. Fue un espectáculo único para nuestros ojos.

—¿Qué es eso capitán? —pregunté con asombro.

—Debo aceptar que nunca en mis travesías había notado algo de igual envergadura. Es algo digno de dioses y seres desconocidos, supongo que, si existen, han de vivir por aquí.

Quiero que estén alertas muchachos, puedo sentir en estas frías aguas que el miedo y el peligro ronda en todos los confines.

El temor se volvió a apoderar de nosotros, ya era mucho lo que estábamos pasando, si algo anhelábamos era volver a Dover. La pequeña barcaza que me cobijaba era más caliente que ese lugar tan frío, y deseaba aunque fuese uno de esos panes sin levadura o una taza de té sin endulzante. Pero eso había deseado y no me arrepentía de hacerlo.

Debí hacer guardia esa tarde con Rufino el Valiente. Estábamos solos con el viento pegando como espadas en nuestro rostro, el silencio era total. Él observó a los alrededores, abrazó su propio cuerpo y se acurrucó.

—¿Te has preguntado qué es la vida? —preguntó.

Acomodé mi taza de té y suspiré.

—Supongo que tengo mi propio concepto. La vida me la ha enseñado de una forma que yo no deseaba. Y tú, ¿qué piensas?

—La vida, la vida —dijo—. Para algunos un regalo de alguien que vive más allá de lo que nuestros ojos pueden observar, para otros lo mejor del mundo que conocemos.

Yo considero que no importa el concepto que se tenga,
se debe vivir porque nada dura para siempre.

En estos momentos, amigo; sí, ahora.

Algunos lloran mientras otros ríen,

algunos cantan y otros guardan silencio,

algunos viven en la oscuridad mientras otros brillan como el sol,

algunos han encontrado respuestas y otros prolongan su búsqueda,

algunos caen otros comienzan a levantarse,

algunos van subiendo y otros solo contemplan cómo la cima se aleja,

algunos siguen en batalla y otros se han rendido para siempre,

algunos observan y otros se han cansado de hacerlo,

algunos tratan de ayudar mientras otros se aferran a destruir,

algunos odian mientras otros esperan a quien amar,

algunos anhelan perder la vida mientras otros luchan contra el mismo destino anhelando no perder lo más preciado,

o algunos como nosotros intentan encontrar lo que existe más allá de lo que todos ven todos los días. Creo que debemos aprender a desprendernos de lo que tenemos cerca de nuestras narices y descubrir lo que hay más allá de nuestras puertas.

Nunca había escuchado tanta sabiduría de los labios de Rufino, esa tarde comprendí que a veces solo notamos lo que vemos y no lo que en verdad hay más allá, donde solo el sabio puede llegar y descubrir.

—Para ti, ¿qué es la vida? —me preguntó.

Fue mi turno suspirar, volteé al vacío y respondí.

—También la vida me ha enseñado lo que es la vida. Desde mi destierro tengo un concepto diferente. Una vez, estaba en lamento cuando un anciano se me acercó y comenzó a meditar:

«Somos caminantes,

caminantes de un sendero desconocido,

aventureros en un mundo inmenso,
soñadores bajo un cielo radiante,
enamorado de una vida,
libres como el río del desierto.
Un día nos vamos de casa,
abrimos los brazos,
todas las veces suelen caer las lágrimas,
los pies pueden cansarse.
La montaña se eleva,
el sol se oculta,
a pesar de eso no voltees.
La casa queda sobre el horizonte,
pero un hogar espera con una sonrisa que sega.
Ve y camina,
somos andantes,
somos soñadores,
y todos andamos en busca de la felicidad».

—Algo sucedió. Carol está muy mal —interrumpió un grito.

Corrimos de inmediato al cuarto; el frío sofocaba nuestros cuerpos, el miedo seguía recorriendo cada centímetro de piel y los pies temblaban por debilidad.

—¿Qué sucedió? —pregunté.

Todos guardaron silencio ante mi pregunta.

Carol estaba tirado sobre la madera, se veía muy mal. De su boca brotaba sangre y su cuerpo se agitaba como un pez sobre la brasa caliente.

—Todos vamos a morir. Este es el fin —gritó Carl.

Los rostros mostraban cientos de interrogantes. Nadie supo cuánto tiempo estuvimos ahí sentados justo al lado de Carol, solo esperando a que el tiempo actuara.

—Una nube de humo se acerca a toda prisa —gritó el capitán Santiago.

Todos caminamos a cubierta, nuestros ojos contemplaron aquello desconocido, nuestros corazones palpitaban a toda prisa, sabíamos que nada bueno se aproximaba. Retrocedíamos paso por paso, estábamos muy asustados.

—Tomaos de las manos, hijos —gritó el capitán Neftalí—. Si algo pueden pronunciar mis labios es: Gracias por todo, ha sido maravilloso viajar con vosotros. Los veré al otro lado de la vida y juntos navegaremos de nuevo. —Todos cerramos los ojos y suspiramos, sabíamos que el fin se acercaba.

Cuando el humo envolvió todo nuestro barco, no sabíamos lo que sucedía, pero no parecía algo muy alentador. Todos apretamos nuestras manos con fuerza.

—¿Qué sucede capitán? —preguntó George.

—No tengo idea alguna, en todas las incontables mañanas que he surcado las aguas, nunca había visto algo igual a esto. No sé siquiera en qué mundo nos encontramos. Lamento que sus oídos escuchen esto, pero ahora mismo no sé siquiera qué somos, a dónde vamos, ni siquiera dónde estamos.

—¿Es que acaso nos acercamos al abismo donde todo es consumido para siempre? —dijo Benjamín.

—No tengo idea, solo sé que esto es desconocido para nuestros ojos.

—El silencio es abismal, parece un lugar donde ni los espíritus suelen hacer sonido alguno —dijo Armando.

El barco se movía con suavidad, parecía empujado por un cálido viento, solo esperábamos a donde nos llevaba con tanta delicadeza.

—Si existe un lugar donde habiten monstruos gigantescos y desconocidos, creo que este puede ser el mejor —dijo Carl.

El silencio fue interrumpido por el sonido ensordecedor de un grupo de aves que se dirigían al sur, eran numerosas como las estrellas del cielo, su cántico era muy desconocido, jamás habíamos escuchado y visto aquellos seres.

—Algo se acerca —dijo el capitán Santiago.

—Corran a esconderse, se acerca con suma rapidez. Ahora —dijo el capitán Neftalí.

En verdad nadie quería retroceder, todos permanecemos tomados de la mano, no importaba lo que se acercaba, estábamos seguros de que, si algo pasaba, sería la misma suerte para todos. No podíamos abandonar a Carol que estaba tendido sobre la madera. Estábamos en esto y debíamos protegernos como fuera.

—Parece una montaña de rocas —dijo Armando.

—Es cierto, es una montaña —dijo el capitán Santiago.

Rufino y yo corrimos a la parte más alta del barco. Quedamos atónitos ante aquello, era hermoso, en verdad indescriptible. Una montaña de rocas gigantescas se erguía sobre el mar, al parecer no era la única; a lo lejos podíamos observar muchas otras, y más allá se avistaba tierra. Podía ser la casa de los dioses o de los dragones, no lo sabíamos, pero la salvación parecía estar a lo lejos.

—¡Tierra! ¡Tierra! —gritó Rufino con gran fuerza.

Al escuchar aquello, todos saltaron de gozo, se abalanzaban unos sobre otros, se besaban y lloraban como niños que encontraban a su madre, la emoción era inmensa.

—Nos salvaremos Carol —susurró Carl al oído de nuestro compañero abatido.

—¿A cuánto tiempo creen que esta lo que ven? —preguntó el capitán Neftalí.

—A la velocidad con la que nos dirigimos y según el movimiento del viento y de las aguas, podríamos estar allá con el amanecer —respondió Rufino el Valiente.

—Vamos, debemos preparar el desembarco, no sabemos qué hay en esas desconocidas tierras. Nos agruparemos en tres frentes; Santiago, Walker y yo comandaremos el primer batallón, George y sus amigos comandarán el medio, y Rufino te encargarás de reparar y resguardar *El Valiente*. Carol y Carl estarán contigo. Alisten sus espadas, hay que sanar las heridas de Carol y estar alerta, muy alerta muchachos.

XI

Semana VII

La oscuridad pronto absorbió lo que encontraba a su paso; todo estaba muy tranquilo, ni la fría noche en la pequeña barcaza era tan silenciosa como esa noche. Nos abrigamos, bebimos una de las últimas tazas de té que quedaban. Nadie anhelaba dormir sabiendo que estábamos en un lugar tan extraño y desconocido, más aún sabiendo que atracaríamos en cualquier momento en un mundo tal vez de seres aterradores.

—¿Crees que los monstruos habiten esas montañas? —preguntó el capitán George en tono bajo.

—A esos desventurados no les será fácil vencernos. Daremos batalla y nadie, nadie podrá retroceder sin antes vencerlos —respondió el capitán Neftalí.

Soltamos unas carcajadas, el miedo abrazaba nuestro cuerpo, pero éramos positivos en poder salir abantes de la aventura.

El tiempo parecía estancarse, no deseaba siquiera seguir su camino, al parecer le encantaba nuestro miedo y desesperación. La luna pronto se alzó al medio del cielo, luego se movió muy al sur, eso indicaba que el sol no tardaría en salir. Pasamos pronto frente a la enorme roca que se erguía de la nada, de su vientre brotaban una enorme cascada que descendía con majestuosidad a las frías aguas del mar. Merodeaba la sensación de que alguien caminaba en sus cimas con los ojos puestos en nuestro pequeño barco. La madrugada bostezaba cuando unas luces comenzaron a brillar en el confín de los cielos, eran de diferentes colores, se movían con el compás del viento; formaba figuras y se esparcía a todas direcciones. En verdad esto era digno de plasmar, guardar y nunca olvidar. Una vista tan única, el precio de nuestras vidas tal vez y sí que lo valía por todo lo que observábamos, con certeza cualquiera podía dar su vida por contemplar, aunque fuera un momento, aquello. El sonido del agua producía una melodía manipuladora, estábamos atrapados en un hechizo y no movíamos la vista a otro lugar.

Pasadas las horas, los tripulantes hicimos exactamente lo que el capitán había ordenado. Intentamos recuperar las fuerzas, descansar un poco y afilar las espadas para el peor escenario posible. El viento seguía frío y la noche comenzaba a crear magia a su esplendor. Nos acercábamos como un cazador acecha a su presa, estábamos atentos a todo movimiento aun siendo algo insignificante. Ni siquiera la brisa pasaba desapercibida ante nuestros ojos.

—Detengan el barco —gritó el capitán—. Esta noche esperaremos aquí. No debemos tocar tierra, nuestros ojos son débiles a lo que mora bajo la oscuridad, nuestros pies son torpes a los obstáculos sin luz, nuestro cuerpo es presa fácil para los depredadores. Solo debemos estar atentos a toda tendencia. Con el alba avanzaremos a las tierras desconocidas.

—Esperaba que sus labios dijeran eso capitán —dijo Charles.

—Supongo que todos anhelábamos eso —dijo el capitán Santiago—. En verdad creía que íbamos a entregarnos bajo la luz de la luna, pero ahora me reconforta saber que observaré con

atención dónde debo pisar y de qué debo huir.

Las carcajadas se soltaron bajo un abismal cielo, donde las luces y las estrellas parecían estar bailando de felicidad. Nos agazapamos en el cuarto principal, bebimos y contamos historias para no dormir y estar alerta durante toda la noche. Las estrellas desaparecieron del cielo y la luna estaba en su máximo esplendor. El capitán Santiago tomó un pedazo de pergamino en sus manos y lo observó con suavidad, sus ojos brillaban y soltaba lágrimas que encerraban en su interior todos los secretos de un corazón.

—¿Qué sucede, capitán? —preguntó James en voz baja.

—Recuerdos hijo. Sensaciones que hacen debilitar el corazón y vencen al más valiente de todos los hombres.

—Supongo que esos recuerdos aturden su existencia.

—Esos recuerdos hacen posible mi existencia.

—¿El pergamino que sostiene es capaz de vencer al más bravío capitán que mis ojos hayan visto?

—Ten, ve lo que contiene. La fortaleza es vencida por cosas que parecen insignificantes siendo a la vez el motivo de todo lo que rodea a un hombre —dijo.

James lo sostuvo con delicadeza.

—Lo escribí hace muchos años. La juventud recorría mi cuerpo, la fuerza desgarraba mi existencia. Ella, ella era la madre de mi hija, de mi princesa hermosa. Ni siquiera la mujer más bella del reino tiene su mirada, su risa o su suave piel. Ellas eran el motivo de mi existencia; sabía cada mañana que debía trabajar y sabía cada tarde que debía volver siempre a casa. Me esperaba una taza de té, unos panes calientes, unas suaves manos y un corazón lleno de amor. Pero el mar me las arrebató en un día lluvioso después de ir a pasear con ellas. No recuerdo nada, solo sé que todo se acabó ese día de abril, me las arrebató cobardemente, y ahora quiero saber por qué. Por eso quise hacer este viaje. Pero no encuentro la respuesta, no la hay. No existe argumento, mucho menos contestación.

Dicho esto, agachó la mira y comenzó a llorar como un niño. Solo fijamos la mirada al madero y guardamos silencio ante ello. Quiso leer el pergamino, solo pudo observar un fragmento del escrito tan desconsolador:

«Si una mañana me voy de casa,
suelta mi mano con suavidad,
dime adiós con un beso,
oculta mi corazón en el tuyo,
guarda mi rostro en tus ojos,
acaricia mi existencia en la noche.
Cuando escuches llorar la melodía,
asómate a la ventana,
ve cómo caen las hojas,
la lluvia toca mi espíritu,
son mis poemas con el viento,
escribo canciones para ti.
Recuerda quién soy,
recuerda que siempre te voy a amar
recuerda que todo lo hago por ti.
Recuerda que nada es eterno,

el sol se oculta todos los días,
el arcoíris deja de brillar,
pero mi vida en ti siempre existirá.
Abraza nuestra barcaza, mi niña,
sonríe con las flores del jardín,
pregunta a la almohada los recuerdos,
cuenta tus sueños al cielo,
baila nuestra melodía bajo la luna,
la felicidad se deleita al verte vivir.
Recuérdame,
recuerda que tú eres yo,
recuérdame,
recuerda que mañana volveré...».

No quise seguir leyendo aquellas desgarradoras letras. El capitán apretó el pergamino a su pecho.

—Solía recordárselo a mis dos amores antes de partir cada mañana. Les daba un beso en la frente y les volvía a leer el mismo poema con el caer de la noche. Ahora hijo, no las necesito más.

Dicho esto, lo apretó contra su pecho que emanaba el repetir de su respiración, caminó con lentitud a cubierto, alzó la mano derecha y arrojó al mar aquellas letras tan bellas, estaba ansioso de que ahora las aguas se lo hicieran saber a sus dos amores.

No podía siquiera imaginar aquel dolor que sentía el hombre convertido en un infante sin consuelo.

—Nunca habíamos escuchado de su familia capitán —dijo Carl.

—Hay cosas que solo el corazón sabe ocultar —respondió.

Guardamos silencio rotundo, nadie pronunció palabra alguna, con esto la madrugada imponía su fuerza para dar paso muy pronto a un nuevo día.

Al asomarse el sol sobre lo lejano nos dimos cuenta de que estábamos cerca de tocar tierra. Nadie lo había notado, parecía que alguien con su poder estaba colocando nuestro barco frente a las costas tan diferentes a todas las que conocíamos.

Estábamos agazapados para encontrar un poco de calor, el humo que salía ascendía a toda velocidad al cielo como queriendo huir del lugar donde descansábamos. De pronto Carol comenzó a ponerse en pie. Nuestros rostros estaban sorprendidos al ver tal escena.

—¿Qué sucede? —preguntó Carol

Estábamos maravillados, Carol estaba en pie, su rostro brillaba como las frías aguas y una sonrisa se dibujaba en su rostro.

—Carol, te ves radiante —dijo el Capitán Santiago.

—Es verdad. ¿Qué sucedió hijo? —preguntó esta vez el capitán Neftalí con asombro.

—En verdad ni yo sé lo que sucedió. Noté cómo las luces brillaban en el confín del cielo. Sostuve la mirada, vi cómo las aves volaban sobre la enorme roca, pasaban sobre mi cuerpo; se veían sonrientes, escupían en mi rostro y tomaban un color único que jamás mis ojos observaron. Vi cómo la luna se acercó a mis ojos mientras cantaba en coro con niños, sopló al viento y cerró mi mente, mi voz desapareció y mi cuerpo se levantó con lentitud.

Cuando estaba en pie noté que todos observaban las luces que me habían abrazado y quise preguntar. Nadie supo responder; creí que era un sueño, pero al volver a cerrar y abrir mis ojos

me di cuenta de que todo era real. Volví a preguntar y todo dejó de existir. Quedé sumido entonces en un profundo sueño; ahora veo que todo era real.

Fue así como bajo las alas de la radiante mañana nos acercamos a las costas de aquellas recónditas tierras; las aves volaban con calma, el viento estaba en serenidad y las olas nos abrazaban empujando *El Valiente* a las playas blancas como el cielo. El tiempo prolongaba su marcha, a cada instante sentíamos nuestros corazones latir más a prisa, nos preparamos para desembarcar siempre atentos a cada movimiento que surgía de la espesa selva que nos esperaba con misterio. En verdad no sabía por qué temíamos tanto, si nuestros ojos solo observaban gigantescos árboles, orquídeas pinceladas con rayos de sol y las nubes se asentaban sobre ellas, como acariciando su rostro.

—Estamos listos muchachos. Es hora de la verdad. Esperen mi señal —gritó el capitán Neftalí.

El Valiente atracó con suavidad, las aguas estaban muy frías, el céfiro no aparecía y todo mostraba una tranquilidad abismal. Alzamos los ojos al lejano horizonte y vimos cómo un arroyo descendía con hermosura de las colinas, parecía una gigantesca serpiente en medio de la nada. No sabíamos dónde estábamos, pero el sonido de los pajarillos, el canto de las aguas y el sonreír del edén erizaba la piel. Quizás nuestros sucios pies estaban a punto de pisar las tierras del fin del mundo.

XII

—Vamos, muchachos, debemos desembarcar a toda prisa —gritó el capitán Neftalí.

Corrimos a tomar nuestras posiciones, los once aventureros estábamos aterrados pero llenos de valentía. Nos desplegamos como se nos indicó, ni siquiera el cansancio o el hambre nos venció, de las cenizas resurgían las llamas de conquistar lo desconocido.

Caminamos con sigilo tratando de internarnos más allá; el bosque era espeso, los árboles desprendían un olor en verdad agradable y eran tan gigantescos que parecían besar el cielo, flores, que se movían con tranquilidad, al parecer no le temían a nada. Los insectos volaban al ritmo de los rayos del sol, las aves revoloteaban a todas direcciones, parecía demasiado calmada para ser una selva virgen.

Los que se habían quedado en *El Valiente* estaban atentos a cualquier falso movimiento. No sentimos siquiera cómo transcurrió el tiempo; cuando alzamos la vista al cielo, el sol ya estaba por esfumarse, volvimos a la playa, tuvimos que acomodar nuestra fogata, pescar algo del mar, alimentar nuestro débil cuerpo e intentar recuperar las energías necesarias para el siguiente día. La noche transcurrió con tranquilidad, habíamos intercambiado los horarios de guardia, atentos por supuesto a cualquier peligro que acechase, pero nada, todo parecía desolado, no había pistas de seres extraños, gigantes, dragones o dioses poderosos que nos atacaran. Así pues, el día siguiente apareció y debíamos internarnos más allá de lo que habíamos explorado.

Semana VIII

Al abrir mis cansados ojos fijé la mirada al cielo, me sentía lleno de energías, parecía que la juventud había vuelto a mí. No lo apreciaba desde el día que desterré del palacio de los Simmons. Los Simmons de los que por cierto no me había acordado durante todo el viaje. «¿Qué hará mi madre?» me pregunté. Mi padre debía de estar sumido en sus asuntos de negocio, el palacio tan vacío como siempre, mi pequeña barcaza, el muelle, el faro, el Mar del Norte. Todo circulaba en mi mente, tan pronto como llegaron los pensamientos las lágrimas comenzaron a descender a toda prisa; estaba vivo y supongo que en el reino nos daban por muertos y héroes que pronto serían olvidados. Me reconfortaba el saber que existía aún vida en mí y que estaba a punto de explorar una tierra donde tal vez nadie nunca había podido pisar.

—¿En qué piensas, hijo? —preguntó el capitán Armando.

—En mis padres, en el reino y en todo lo que viví en los años de destierro en Dover.

—No puedo reconfortarte, hijo, pero déjame decirte: este viaje te immortalizará, no sé si todos volveremos, pero algo me dice que tú sí lo harás. Guarda en tu memoria todo lo que tus ojos observen y cuéntales a todas las generaciones que existieron once valientes navegantes ingleses que desafiaron al destino, desafiaron al mar para conocer lo que nadie se atrevió a hacer. Esta hazaña nos guardará en la historia.

—Todos volveremos capitán. También lo presiento.

—Observa las estrellas bajo la noche, se asoman con sutil delicadeza, pero al siguiente día unas dejan de brillar, así es nuestra existencia, unos vienen y otros deben partir.

—Espero que este legado sirva de inspiración para generaciones venideras, capitán. Que se atrevan a despojarse de lo que tanto aman y descubran para lo que fueron creados. Que venzan al miedo, que se desprendan de las estupideces que los ciegan y abran sus puertas para conocer el mundo. El mundo no es solo el reino, Europa o el Mar del Norte; el mundo es lo que nuestros ojos han contemplado y siguen admirando. No se debe poner excusa para pelear por lo que se desea, se debe tirar todo por la ventana y comenzar sin importar lo que otros piensen. Habrá tormentas, lo sé, llanto que es difícil de controlar, soledad que quebraja el cuerpo, tristeza que acuchilla el alma, pero ¿sabe, capitán?, siempre existe una luz, no sé de dónde viene, pero guía con sabiduría, lleva a la cima y hace realidad los sueños que exige a gritos el corazón.

Yo dejé la riqueza, las comodidades, los sirvientes que de no ser obligados serían hombres libres, los hermosos jardines, los manjares dignos de la realeza, la vestimenta de tela traída de Oriente, las sandalias costuradas por manos francesas, joyas del lejano reino de los zares, papiros escritos por los flamantes griegos que conocían todos los misterios de la vida, muchas cosas solté para ser esto. Puede sonar gracioso o necio dejar las riquezas para ser un pordiosero, pero amo sentir la libertad correr por mi cuerpo, amo ver los amaneceres sin ser interrumpido por los gritos de un padre que obliga a hacer algo que odias hacer, amo caminar como un vivo de verdad y no como un vivo con rostro de muerto, mi condena ha sido luchar por lo que anhela mi corazón. Considero entonces que si todos lucháramos por lo que soñamos o anhelamos, esta existencia tendría el sentido correcto, la felicidad reinaría en los rostros, la paz forjaría los corazones y seríamos más humanos. No existiría esclavitud, ni guerras por simples tierras o riquezas que al final no se cargan con la muerte, no existiría pobreza porque rico es aquel que es feliz y lucha por lo que ama y pobre es aquel sádico que solo acumula para nunca llevarse nada.

—Me has dado una lección que nunca he de olvidar en toda mi existencia, Walker. Si tan solo todos nuestros gobernantes pensarán como tú, no se derramaría sangre inglesa por querer someter a los pueblos, no existiría desigualdad y los niveles de sociedad serían solo un paradigma. Pero despierto y descubro que todo es lo contrario, aquí encontramos la paz que no podemos tener, aquí respiramos felicidad que allá no existe. Aquí nadie nos obliga a hacer lo que se le dé la gana.

—Vean lo que encontramos, amigos —gritó Rufino el Valiente, sosteniendo unas esferas color verde en sus manos.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó Carol.

—En verdad no lo sé. Pero en su interior descubrimos líquido con un sabor exquisito, es un manjar de los dioses supongo. Además, esta capa de color blanco que recubre su interior es delicioso.

—No deben probar cosas extrañas, pueden estar envenenadas o llenas de hechizos. Este es un mundo extraño, existen animales, árboles y frutos que nunca había observado —dijo el capitán Neftalí.

—Considero que este fruto no es venenoso, pero debemos guardar precaución muchachos —respondió el capitán George.

—Está bien. Lo devolveremos a donde lo tomamos.

—Es hora de prepararse para explorar más allá —gritó el capitán Neftalí.

Asentimos moviendo la cabeza; antes comimos pescado y bebimos agua que descendía del espeso bosque. Al mando estaría el capitán Santiago, cargaba una infinidad de papiros en su

mano, todo lo que observaba terminaba descrito en sus incontables memorias. Era un prodigio, admirable todo lo que anotaba, nada se le escapaba, todo un científico digno de admirar por los griegos.

En *El Valiente* quedaron tres navegantes, su misión era reparar los daños causados por las tormentas, abastecer de agua los barriles, comida y todo lo necesario para seguir el camino y volver a casa. Ocho éramos los que marchamos a explorar aquello tan único y maravilloso; no existía camino alguno por lo que debimos internarnos a través de los montes llenos de mosquitos, serpientes y animales extraños que deambulaban a todas direcciones. Los árboles se erguían imponiendo su belleza sobre todo lo que bajo sus brazos ocultaba. Avanzamos muy poco cuando el sudor comenzó a descender en todo nuestro cuerpo; la humedad devoraba nuestras energías a toda prisa, no sentíamos el paso del tiempo, solo avanzábamos sin dirección alguna.

Ascendimos una colina, cruzamos un valle pedregoso para ascender a otra pequeña colina que mostraba una vista de lo que había más allá. La selva parecía no tener fin alguno, colinas y más colinas se avistaban, ríos corrían a todas direcciones, estábamos en un lugar donde nuestros ojos no lograban captar todo lo que admiraban.

—No podemos avanzar más allá muchachos —dijo el capitán Santiago. Si seguimos podemos ser devorados o terminar perdidos. Descansen un momento, ahora debo estudiar y recoger muestras de algunas plantas e insectos.

El capitán Santiago se internó en el espesor de la naturaleza, admirando todo a su paso y recogiendo lo que le fuera posible; esto lo hacía para llevarlo como muestra de que habíamos llegado a tierras extrañas, así para los reyes ingleses sería verídico al contemplar cosas desconocidas en el reino.

—Puedo observar algo a lo lejos —exclamó Charles, que junto a Benjamín habían trepado a uno de los árboles más altos de la colina.

—¿Qué pueden observar? —preguntó el capitán Neftalí.

—Parece una especie de cabañas de donde asciende humo. Se encuentran al norte, están muy lejos, no llegaríamos allá hasta el amanecer.

El capitán meditó un momento. Observó a sus alrededores.

—¿Qué tan lejos quedó *El Valiente*? —preguntó.

—Mis ojos no logran observarlo en ninguna dirección. Hemos avanzado demasiado —respondió Benjamín.

—Debemos descansar aquí muchachos, mañana partiremos con el alba en dirección donde surge el humo. Descubriremos quiénes moran más allá, es posible que no sean tierras extrañas y hayamos llegado a tierras ya habitadas por hombres.

Nadie respondió a sus meditaciones y permaneció el silencio total. Así pues, la tarde transcurrió con normalidad, el cielo pronto oscureció y debimos acurrucarnos unos a otros e intentar descansar para avanzar con el siguiente día. Era imposible cerrar los ojos, el sonido que envolvía la selva era ensordecedor y desconocido; parecían acercarse a nosotros con cautela, sentíamos ojos puestos sobre nuestro débil campamento y los mosquitos hacían un manjar con nuestra piel. Las espadas y la pólvora no asustaban aquello que causaba cada vez más temor en nosotros.

—¿Cómo está todo arriba Benjamín? —preguntó el capitán Santiago.

—Supongo que el terror invade todos los rincones del espacio capitán. He estado observando también fuego que se eleva al norte, parecen ser antorchas que avanzan con rapidez, como persiguiendo algo.

—Al norte. ¿Al norte dices? —volvió a preguntar.

—Sí capitán, a veces se desvían al sur, pero parecen mantener el paso al norte.

—¡Por los cielos! Se dirigen al mar, a *El Valiente*.

—Espere un momento, capitán. Las antorchas se han detenido. Ahora se escucha una especie de tambores que resuenan bajo las estrellas.

—Observa con atención Benjamín. Partiremos en este momento de vuelta al campamento —gritó el capitán Neftalí.

—Pero mi señor, está demasiado lejos. Avanzamos todo un día; en una oscura y tenebrosa noche creo que no llegaremos a las orillas del mar a tiempo.

El capitán meditó las palabras, suspiró mientras caminaba en círculos en medio de la vegetación.

—Necesito que Walker ascienda al árbol. Monten guardia hasta el alba. Observen con atención el movimiento de las antorchas, si avanzan tendremos que regresar para informar y proteger a los que permanecen en *El Valiente*.

Yo, Walker, ascendí a toda prisa a la cima, la intriga invadía todo mi interior; no sabíamos en dónde estábamos, no sabíamos quiénes portaban las antorchas. Al llegar a la cima pude sentir el viento rozar mi rostro; estaba fría, las estrellas pincelaban todo el firmamento, en algún lugar creo que alguien observaba todos nuestros movimientos, lo podía sentir. Permanecí quieto bajo el firmamento, fijaba mi vista a donde se alzaban las llamas y cientos de interrogantes surgían de mi interior, no sentía siquiera el viaje del tiempo.

—¿Qué piensas Walker? Observas el cielo como si nunca lo hubieses visto —preguntó Benjamín.

—Cada noche suele teñirse de diferentes colores, las estrellas no salen en la misma dirección, a excepción de la que alumbra siempre al norte. Parece que es la única que ha logrado un lugar en medio de centenares de ellas.

—Supongo que está feliz en donde está.

—¿Has pensado alguna vez en qué puede existir más allá de esa bóveda negra que nos cubre? Hemos cruzado los confines para descubrir qué había en donde nadie había venido, y ves, hemos llegado a tierras al parecer extrañas. Ahora suelo pensar qué existe allá donde los ojos no han podido traspasar. Algún día los hombres lo sabrán, no en nuestra generación, pero quizá en las venideras.

—Piensas en muchas cosas, Walker. No te conformas con el presente y todos los peligros que nos rodean. Piensa mejor en cómo volver a casa y si lo haremos o no.

—Un anciano dijo una vez: «No te preocupes por todo lo que ha pasado, porque ha pasado; no te preocupes por el futuro, no sabes aún si lo llegarás a tener; mejor vive en la actualidad, sueña, ríe, canta y ve en busca de lo que tanto anhelas porque no sabes cuánto tiempo estarás en este pedazo de tierra que se te fue prestado y lo consideras tuyo.

—Sabías palabras; espero en algún momento llegar a tener un concepto de la existencia como la tuya, querido amigo.

—Eso lo descubrí teniendo la vida que todos los pescadores poseen, que los campesinos poseen, que los esclavos poseen; en la riqueza crees que eres dueño de todo y que conoces todo. Yo en cambio descubrí que encerrado en el palacio lo único que poseía era mi cuerpo, el dinero, los placeres y las fiestas. No llenaban el vacío de mi espíritu. Ahora he descubierto que mis ojos estaban cegados, el mundo no es solo Europa, África, Inglaterra o las Indias Orientales; el mundo es un mundo lleno de misterios y desafíos que solo los valientes se atreven a descubrir.

Observa con atención las antorchas, escucha cómo crean melodía los tambores, ni siquiera

sabemos quiénes son, eso es lo que hace una aventura algo sin igual. No importa si vuelvo o no, he peleado y logrado lo que siempre anhelé: ser un navegante.

—Ni los sabios del muelle han deleitado tanto mis oídos con sus palabras, Walker. Eres digno de ser parte importante de este viaje.

—Todos somos dignos, querido mío. Ahora intenta descansar, yo haré guardia, cuando la luna comience a descender yo te despierto para cambiar de turno.

—Está bien, no pierdas de vista las antorchas, debemos proteger nuestra caravana.

Sonreí y enfoqué la vista al norte, donde las llamas surgían como el respirar de un mundo que seguía escondiéndose de nosotros.

XIII

La noche se estancaba en los confines del mundo desconocido, los insectos construían una melodía sin igual. Los colores que surcaban el cielo formaban una escena única, todos bajo el gigantesco árbol permanecían quietos; esa noche nadie bebió, no hubo historias y ni siquiera hubo vino para fortalecer el desgastado cuerpo. Algunos dormían y otros permanecían atentos a todo movimiento, eran presas fáciles para los conocedores de las tierras vírgenes que estábamos pisando.

La luna estaba en su esplendor, podía verse hasta el reflejo de los ojos en ella. A decir verdad, no sabía siquiera la hora, pero mis ojos hacían temblar mi cuerpo. Empujé con suavidad el cuerpo tendido de Benjamín. Era su turno de montar guardia bajo ese cielo misterioso. Los tambores seguían en su deleite, las antorchas en cambio se fueron apagando una por una.

—¿Crees que se han dormido? —preguntó Benjamín.

—No lo sé —le dije—. Las luces se están apagando, pero el sonido es igual. Supongo que no deben descansar sus ojos bajo ese bullicio.

—Tengo miedo, y a la vez curiosidad de saber qué se esconde allá de donde asciende el humo.

—Pronto lo sabremos, Benjamín. Ahora debo descansar, mi cuerpo me lo pide a gritos.

—Está bien, Walker. Ahora yo estoy descansado.

—Si notas cualquier movimiento anormal, despiértame, yo estaré listo a todo.

—Sí Walker. Ahora duerme.

Así cerré mis cansados ojos y acomodé mi cuerpo en lo alto...

El canto de los pajarillos y el sonido de los mosquitos hicieron abrir mis ojos. Noté cómo los rayos de sol penetraban en medio de las hojas; el viento a esa hora de la mañana ya agitaba con fuerza a los árboles que despedían olores fragantes y agradables a mi olfato. Fruncí el entrecejo, me levanté con calma, fijé la vista a la superficie y no pudo observar a nadie sobre el suelo montañoso, ni siquiera Benjamín estaba a mi lado. Me puse en pie de inmediato tratando de localizar a mis compañeros. Por alguna razón mi corazón empezó a agitarse con fuerza; descendí a toda prisa, la humedad de las tierras hacía que el sudor fluyera en mi rostro casi al instante. Me preguntaba a dónde se habían ido todos, sonreí al notar las espadas semiocultas y quise seguir las huellas de sus zapatillas. Me interné en medio de los montes hasta llegar a una especie de peñasco; allí estaban mis compañeros sentados admirando la belleza de lo que abría paso a nuestro frente, quedé hipnotizado al contemplar tanta hermosura.

—¿Crees que es bueno descubrir lo que vemos a nuestro frente, Walker? —preguntó Benjamín.

—Siendo para bien y a cambio de no causar daño a este paraíso supongo que sí; pero si logra caer en manos de los sádicos gobernantes del reino que solo desean riqueza, supongo que sería mejor que esto siga oculto a ellos, y mejor si lo fuese para siempre.

Todos sonrieron al escuchar mis palabras.

—Si todos pensarán como tú lo haces en este preciso momento, creo que esta existencia sería fructífera, llena de vida y no vivos-muertos —dijo el capitán Santiago.

Nuestros ojos brillaban como uno de los tantos arroyos que surcaban los preciosos valles, sentíamos una paz indescriptible en nuestro interior, estoy seguro de que todos anhelábamos quedarnos ahí para siempre.

—Es hora de partir muchachos —dijo el capitán Neftalí.

Como no queriendo nos pusimos en pie, suspiramos con profundidad y caminamos a recoger nuestras pertenencias. Mis ojos sucumbieron por vez última ante el efímero paisaje, no pude ocultar las lágrimas de emoción; esa imagen quedó grabada en la memoria de cada uno de nosotros y creo que permanecerá en nuestros corazones hasta el último suspiro.

Caminamos en medio de la abundante vegetación, era extraño todo lo que encontrábamos a nuestro paso: hermosas orquídeas que emanaban un olor digno de la realeza, gigantescos árboles que parecían acariciar las nubes que paseaban en el cielo, extrañas aves de las que nunca imaginamos su existencia, animales que surcaban el bosque sin miedo a nosotros y arroyos tan limpios y puros como nunca mis ojos habían visto ni mis manos acariciado.

Descendimos por una pequeña colina, caminamos y caminamos hasta llegar al fondo de las planicies, estas seguían extendiéndose más allá. El sol se plantó sobre el medio cielo, al poco tiempo estaba ya por ocultarse, no logramos llegar a donde las antorchas fluían, esto debido a los apuntes de los exploradores y amantes de lo desconocido en la naturaleza, y también a la dificultad de avanzar bajo la maleza. Así pasamos otra noche cada vez más lejos de nuestro campamento y del mar, esa noche fue única; los grillos orquestaban una triste melodía, el sonido del pequeño arroyo que corría cerca de nuestro campamento completaba la sinfonía que hechizaba los pensamientos. El cielo mostraba sus mejores colores, el aura parecía llevar el ritmo del tiempo y nosotros permanecíamos sumidos en un silencio colosal. Dormí como un niño en brazos de su madre; recuerdo que la naturaleza nos atrapó y las aves nos susurraron hasta quedar sumidos en otra dimensión.

Otro día surgió del flamante horizonte, mi cuerpo, y estoy seguro de que el de todos mis compañeros, había sido transformado por algo mágico. Podía sentir la energía correr en mi piel, mis ojos parecían penetrar bajo el inmenso mundo del misterio verde. Luego de tantos interrogantes y de vernos unos a los otros emprendimos la vuelta a nuestra larga caminata. Nos deteníamos a contemplar animales tan extraños, aves de una belleza excepcional, flores tan hermosas como las auroras; en verdad todo era único. Nuestra travesía siguió en medio del espeso bosque, avanzamos por pequeños senderos al parecer contruidos por los hombres de las antorchas. Al caer la tarde del siguiente día nos acercamos ya al punto de donde surgían las llamas.

—Deben ser cautelosos, no sabemos lo que vimos a lo lejos y no sabemos si siguen ahí —dijo el capitán Neftalí.

Al frente marcharon James, Benjamín y Rufino el Valiente, al extremo derecho el capitán Santiago y Carl, al extremo izquierdo el capitán Neftalí, George y yo; rodeamos el lugar de donde podía verse cómo el humo ascendía al cielo. Nos acercamos con cautela, vimos entonces unas chocitas en forma de cono, que se apilaban en círculos una pegada de otra, parecían vacías y abandonadas.

Caminamos provocando el menor ruido posible, en cada casa brillaba una pequeña antorcha; en su interior las pieles estaban acomodadas por todo el suelo y diferentes objetos que no puedo describir debido a lo desconocido que eran para nosotros. Había un silencio sepulcral, los perros no ladraban, el agua estaba estancada y los rayos del sol con dificultad penetraban el denso paisaje. Nos juntamos así en el centro de la aldea.

—No hemos hallado más que casas vacías, llenas de pieles y objetos extraños. Las estoy intentando describir en mis apuntes —dijo el capitán Santiago.

—Parece que olfatearon nuestra llegada muchachos —dijo esta vez Rufino el Valiente.

—Debemos tomar pieles, objetos extraños y objetos de valor que encontremos. No saquearemos, solo tomaremos lo necesario para hacer del viaje algo muy verídico.

—Guardan en sus casas muchas especies de pinturas y semillas extrañas —dijo George.

—Tomad entonces también las pinturas y las semillas que no se han visto en el reino. Esto es emocionante, puedo ver el rostro de los hipócritas que nos gobiernan al ver todo lo que llevaremos. El oro y las piedras preciosas que tienen en las chozas dan muestra de que estas tierras son muy ricas y llenas de tesoros.

Dicho esto, empezamos a recolectar todo lo que fuese necesario: pieles al parecer de algún tipo de tigre y venados, pinturas extrañas fabricadas con delicadeza y reliquias de un gran valor. Había también carne disecada y pescados colgados en todas direcciones. Era en verdad curiosa la armadura de las pequeñas chozas: estaban en forma de cono, sujetadas por pequeños palillos entrelazados cubiertos con varias capas de pieles de animales extraños.

Nos disponíamos a marchar cuando de pronto una especie de tambores comenzó a resonar a lo lejos, muchos gritos abrazaron el viento; se acercaban con gran rapidez a donde permanecíamos quietos y atónitos como un tronco.

—No se muevan muchachos. Lo que sea que sea, se acerca a toda prisa. Reúnanse y mantengan posición de guardia —ordenó el capitán.

Sentimos que el final de la travesía podía llegar a su consumación esa misma tarde; vimos cómo hombres pintados de un rojo oscuro se acercaban con lanzas en mano gritando a todo pulmón. Eran seres extraños con el cabello largo y sin barba, estaban descalzos y semidesnudos.

Cuando fijaron la mirada en nosotros se detuvieron antes de lanzar el ataque, sus ojos se admiraron de ver quizás nuestro semblante. Murmuraron entre ellos, no entendíamos lo que decían, pero supusimos que hablaban de algo sobre nosotros.

Uno de los extraños hombres, quizá el más anciano, se acercó a nosotros con pasos lentos; observó nuestros cuerpos de pies a cabeza, giró a todas direcciones sin pronunciar palabra alguna, mientras las mujeres y los más jóvenes permanecían quietos, solo observando aquello que sucedía.

El anciano comenzó a hablar en un idioma muy extraño, solo los que lo acompañaban entendieron con perfección lo que sus labios pronunciaron.

Se acercó de nuevo a nosotros y comenzó a hablar. Fijaba sus ojos al cielo encantador, señalaba los árboles que rodeaban aquel escenario, inclinó su rostro hasta besar el suelo húmedo y sus ojos se humedecieron de inmediato. Desconocíamos lo que sucedía, nuestros corazones estaban confusos y más aún nuestros pensamientos.

—¿Qué os sucede anciano? Veo tanta humildad en su accionar, pero no entiendo lo que sus labios suelen pronunciar —dijo el capitán Santiago en su inmensa tranquilidad.

—Deténgase capitán —gritó Rufino el Valiente. No sabemos qué dicen. Puede que sean salvajes que no tienen razón alguna, estas tierras ya causan miedo en todo mi ser.

El capitán Santiago, siempre sumido en la sabiduría, respondió.

—¿No crees que los únicos salvajes en este preciso momento somos nosotros muchacho; qué te hace pensar que saquear sus hogares e intentar huir no sea un salvajismo; o qué te hace pensar que venir a explorar unas tierras que les pertenecen a ellos sea un acto visto con buenos ojos?

Todos guardamos silencio.

—Levántate anciano mío, deja que la tierra siga descansando en paz, deja que los árboles se sigan rozando unos a otros y deja que el cielo comience a llenarse de hermosas luces que deleitan nuestros ojos —le dijo al anciano que sujetó de la mano.

Algo supo conmover los corazones de los hombres de piel roja que comenzaron a gritar a todo pulmón, alzaron unas lanzas con punta fabricada de huesos de animales a lo alto y danzaron, los niños reían y las mujeres solo ocultaban su rostro tras sus sucias manos. Ese acto de humildad que habían realizado los dos hombres conmovió a todos los que nos encontrábamos ahí. Acto seguido los jóvenes guerreros nos rodearon e intentaban tocar nuestro cuerpo, estaban impactados con nuestra presencia, les parecía extraña nuestra piel, nuestra barba e incluso nuestros ojos y cabello.

—¿Por qué os sorprende tanto nuestra presencia? —preguntó el capitán Neftalí.

Nadie supo responder aquello, todos guardaron silencio mientras intercambiaban miradas.

—Supongo que su lenguaje es diferente al nuestro, mi señor —dijo Carl.

—Estos seres son muy extraños, deberíamos acabar con ellos y adueñarnos de todo eso que guardan, he visto oro en sus chozas, mucho oro —dijo Rufino el Valiente.

—Tranquilo muchacho, venimos a descubrir lo que estaba oculto, no a saquear lo que no es nuestro. ¿Qué te hace pensar que tienes poder sobre los tesoros de estos hombres? Ni siquiera sabemos cómo lo han conseguido. Solo espero que ningún sádico llegue a estas tierras en algún momento y deje ruina en su camino.

—Anhelo que todos los hombres piensen como usted, gran capitán Santiago —dijeron mis labios.

—Si todos fuéramos iguales, el mundo tampoco tendría sentido alguno, muchacho. Necesitamos un poco de todo, hasta el necio, orgulloso y sádico es necesario para que aprendamos a valorar la vida que se nos dio —dijo.

El anciano que se nos había inclinado comenzó a hablar.

—*Tzub lebnaya* —lo único que puedo recordar con exactitud que repetía mientras bailaba mostrando el cielo con sus brazos.

Esa tarde, esa tarde se volvió una de las más hermosas que voy a recordar en mi vida. Armaron una enorme fogata, cargaron peces y carnes rojas sobre la brasa y degustamos de un gran festín; los hombres nos atendieron con mucho entusiasmo y las mujeres bailaban frente a nosotros. Se nos fue puesta una enorme pila de tesoros que brillaban con el fuego, junto a ellos pieles, tintas de diferentes colores, orquídeas, plantas extrañas y un sin número de animales salvajes encerrados en una pequeña especie de celda.

Todo era murmullo, grito e incluso baile, la felicidad brillaba en los ojos de cada uno de los viajeros. Fuimos conducidos después a una enorme choza, estaba adornada de pieles preciosas, sobre el suelo se acomodaban también tesoros de una magnitud exagerada, pero el calor de la pequeña habitación fortalecía nuestros cuerpos. Nos acomodamos con lentitud y quedamos sumidos en un sueño profundo. Parecía que una suave melodía envolvía nuestros oídos, hipnotizaba hasta nuestra alma. Así surgió un nuevo día, esperanzador quizás, o tal vez lleno de sorpresas.

Caminamos en medio de la pequeña aldea, los hombres de piel roja mostraban tibias sonrisas en sus rostros. Algunos nos observaban con incertidumbre y otros se acercaban y acariciaban nuestro cabello, la barba o solo rozaban nuestra piel.

—Prepárense, debemos seguir con la expedición más adentro. Los jóvenes guerreros de este pueblo han de guiarnos —dijo el capitán Neftalí.

—¿Cómo podremos decirles si no entienden nuestro lenguaje? —preguntó James.

—Existen formas hijo. Un navegante debe estar preparado a todo lo que pueda cruzarse en su caminar.

Dicho esto, caminamos a donde se aglomeraban las personas de la tribu, fue turno del capitán Santiago; como siempre, en su inmensa sabiduría, supo cómo explicar y convencer a los hombres de piel roja a guiarnos al corazón de la selva.

Ellos, por supuesto, aceptaron ir en compañía nuestra a explorar las tierras que conocían a la perfección.

Luego de un exquisito manjar nos condujeron por senderos muy acomodados en medio de la espesa selva; los animales gritaban, los pajarillos cantaban con felicidad, los gigantescos árboles bailaban con el cálido viento de la mañana y el cielo sonreía con los rayos del sol. Todo lo que nuestros ojos contemplaban era un paraíso total; el capitán Santiago anotaba todo lo que para él respiraba y producía movimiento alguno; el capitán Neftalí en cambio trazaba mapas para poder facilitar futuras expediciones del reino. Rufino, James, Benjamín y yo cogimos todo lo que a nuestra vista fuese extraño, lo que pudiera servirnos ante la corte del rey para ser verídica nuestra travesía. Llenamos canastos de semillas, de plantas, de pequeños animales y de frutas que nunca habíamos visto.

Cuando la tarde se acomodó sobre nuestros cuerpos llegamos a una gigantesca planicie donde el agua descendía de un peñasco con majestuosidad, se esparcía como un manto de brisa sobre todo lo que lo rodeaba; nunca he de olvidar aquella hermosura forjada por la naturaleza. Cuando la noche nos cobijó acampamos a las cercanías de un denso bosque que guardaba con gran celo sus secretos a nuestros débiles ojos.

—¿Pareciera que el cielo habla en silencio? —murmuró James.

—Pienso que fija su mirada sobre ocho viajeros extraños, supongo también que anhela que esta belleza que suele admirar bajo sus brazos permanezca oculta para siempre.

—No quiero imaginar ingleses, franceses, españoles o portugueses destruyendo esto tan indescriptible —dijo esta vez Benjamín.

—No te preocupes por lo que ha de suceder, hijo. Solo disfruta el maravilloso presente. ¿Qué te hace pensar que las mentes vacías que gobiernan nuestras naciones no sean capaces de semejante barbarie? Son hombres que solo piensan en su desgracia, su cuerpo no cruje bajo el sol como el campesino, sus manos no sangran como el del artesano, sus ojos no lloran bajo el cielo como el pescador, sus pies no tiemblan por el cansancio infinito como el del pobre, su corazón no late tan a prisa como el del soldado que no anhela morir por las vanidades de otros, su vida no pende de un hilo del destino como la de nosotros en este preciso momento. De algo sí estoy seguro muchachos: si logran descubrir lo que nosotros hemos descubierto, y no me refiero a este mundo sino a la paz, al amor, a la felicidad de hacer lo que se ama, serían hombres de bien...

—Qué locura capitán Santiago, qué locura.

—¿A qué le llamas locura Walker?

—Me hubiera perdido todo esto si mi débil cuerpo hubiese vencido a mi bravío corazón.

—Las cosas suceden con un propósito muchacho. Ya estoy viejo al igual que George y Neftalí; de alguna forma ustedes deben seguir con este legado de navegantes.

Dicho esto, los tres viejos capitanes caminaron a la esquina del arroyo que descendía con luminiscencia.

—¡Oh juventud! ¿Dónde te has escondido? —dijo el capitán Neftalí—.

¡Oh juventud! que florece como la rosa más hermosa de un jardín,
ilumina como el sol a los árboles que viven con alegría,

extensa como los mares que bailan con suavidad,
fuerte como el viento de verano que grita al cielo.

Verso feliz de una desolada noche,
relámpago de la serena existencia,
espejo de los viejos corazones,
sonrisa del que dejó de ser un niño.

¡Oh juventud!

Corres como no queriendo ir a prisa,
reloj del alba que se asoma con timidez,
herida del que se despidió ayer,
abrazo del tiempo que arde con el amor.

¡Oh juventud!

Recuerdo del que hace memoria bajo la estrella azul,
misterio del que busca la verdad,
desperdicio del que no supo apreciar,
sueño del que ya no está bajo el firmamento.

¡Oh juventud!

¿Quién soy?

Tal vez aquel que no sabe sonreír,
el que escribe versos tristes bajo la noche,
o el que toca el arpa en soledad.

¡Oh juventud!

La vida siempre es la canción preferida,
amor la palabra que los labios quieren pronunciar,
libertad lo que los brazos quieren acariciar.

¡Oh juventud!

Ayer te vi llegar,
hoy pienso que te quieres marchar,
sonríó porque sé que siempre estarás en mi corazón..

El silencio se hizo sepulcral, los hombres extraños que nos acompañaban solo contemplaban aquella escena con suma delicadeza, la noche abrazó nuestros insignificantes cuerpos y nos hizo reposar sobre la tierra bendita.

Pronto salió el sol, nuestro espíritu cada día se fortalecía del silencio, de la paz y de la sabiduría que nos ofrecía el mundo desconocido. Es difícil describir en hojas de papel todo lo que descubrimos a nuestro paso, solo el capitán Santiago supo hacerlo con perfección. Alistábamos entonces nuestra pesada carga cuando el capitán Santiago se acercó a nosotros.

—Hemos visto, escuchado y descubierto lo necesario, muchachos. Creí al principio que habíamos pisado alguna parte de las Indias Orientales, imaginé que podía ser alguna parte perdida del África que no hemos descubierto. Esta mañana mi corazón se aseguró que las tierras que estamos pisando son tierras extrañas para nuestra civilización; especias raras, pinturas únicas,

plantas que se esconden de nuestros ojos, animales que nunca imaginé siquiera de su existencia, pieles tan finas como los franceses, pescado delicioso como el de los galeses, oro puro como el de los españoles. Todo esto se confabula en un universo desconocido, pero con sinceridad os digo que es digno de permanecer oculto.

Hemos visto cómo centenares de hombres, no pieles rojas, hombres extraños, desfilan al corazón del bosque. ¿Huyen de nosotros? No lo sabemos. Sé que la selva los ocultó y creemos que es lo mejor. Volveremos al campamento de estos hombres y de allí iremos al mar y de vuelta al reino, aunque nos gustaría recorrer un poco más las costas.

Escuchadas aquellas palabras dispusimos nuestra marcha, delante de nosotros aquellos hermanos extraños caminaban en sinfonía con su hogar, surcamos las planicies, ascendimos a la colina de donde la cascada bailaba; todos giramos la vista sobre el gigantesco valle que se extendía a todas direcciones, tal vez nunca más pisaríamos esas tierras y nuestros ojos nunca admirarían el paisaje magistral.

Fue así como con el caer del sol, con los pies temblorosos, el cuerpo repleto de sudor y los hombros cansados por la pesada carga llegamos a la pequeña aldea donde las mujeres, ancianos y niños esperaban con un tanto de miedo nuestro regreso.

XIV

Semana IX

Volvimos al campamento donde los hombres de piel roja nos recibieron con algarabía; esa noche disfrutamos de un delicioso manjar, intentaban decirnos tantas cosas, cosas que nunca supimos comprender como el capitán Santiago. Bailamos, bebimos un líquido extraño pero delicioso, se nos fueron obsequiados pinturas talladas por manos delicadas, pieles tan cálidas como una nube, joyas que ensombrecían el brillo del cielo, plantas con frutos rojos que eran una delicia, frutas que ni los ricos del reino hubiesen imaginado degustar con toda su fortuna y pequeños animales que por falta de espacio no debimos aceptar. Todo fue emotivo, la oscuridad arrojó nuestros pensamientos y bloqueó la luz de nuestros ojos, dando serenidad a unos cuerpos rejuvenecidos bajo lo desconocido.

Al día siguiente preparamos nuestra marcha a *El Valiente*; cargamos con nuestros sueños y con la satisfacción de haber hallado lo desconocido; veinte hombres de piel roja acompañaron nuestro camino de regreso. Todos se despidieron con una soberbia sonrisa, alcé mis ojos al cielo y sollocé. Con esto, caminamos a la playa donde los otros tres valientes aguardaban nuestra llegada. Cargamos todo lo que pudimos recoger de esas tierras extrañas, lloramos de alegría tal vez, abastecimos de provisiones a nuestra tripulación; *El Valiente* sonreía, estaba listo para seguir con la travesía en el mar.

Así pues, al caer la tarde en el más allá, los estruendos del abismal cielo comenzaron a repicar, una tormenta se avistaba a lo lejos; el viento revoloteaba a distintas direcciones, el sonido ensordecedor causaba un tanto de miedo. Visto y escuchado esto corrimos a cubierta y alistamos el viaje.

Nos despedimos así de los extraños hombres que vestían pieles muy extrañas y su cuerpo pintado de rojo. Agaché la vista y lloré, lloré; habíamos encontrado seres muy diferentes a nosotros, no habíamos entendido lo que nos decían, pero habíamos vivido unos días con ellos. Conocimos su forma de ver la vida, de amar la naturaleza, de admirar las bellezas de los ríos y lagos y de cómo recorrían aquel mundo tan espectacular.

A lo lejos pude ver cómo los hombres de piel roja estaban atentos a nuestros movimientos, agitaban sus lanzas y lanzaban gritos al cielo, hacían círculos mientras se despedían. De algún modo nuestra visita para ellos era sagrada; estábamos asombrados, habíamos pisado una tierra que no le pertenecía a nadie, donde todos vivían en armonía y libertad.

—Nuestros ojos han contemplado los secretos que tiene el mar. Maravíllense muchachos, gritad a los vientos que hemos logrado una hazaña sin igual. Contemplan el fin de los mitos; no hemos encontrado dragones, serpientes de muchas cabezas o abismos donde todo desaparece, hemos encontrado tierras vírgenes, llenas de riquezas y hombres diferentes a nosotros, pero con vida y espíritu igual que cada uno de los que habitan el reino —dijo el capitán.

Guardamos silencio, no encontrábamos expresión alguna en nuestros corazones para explicar todo lo vivido en la travesía de las tierras descubiertas. Nos dirigimos entonces más al oeste. El barco se dejaba acariciar por las cálidas aguas.

—Han realizado un grandioso trabajo muchachos, *El Valiente* luce radiante después de que sus manos han moldeado sus heridas —dijo Benjamín.

—Era nuestro deber, mi señor —respondió Carl.

El nuevo día surgió, navegábamos entonces por aguas más cálidas, el viento calentaba nuestro rostro y las aguas hablaban con la tumba de los secretos. Cientos de ballenas y gigantes peces que nunca habíamos visto saltaban frente a nosotros. El cielo brillaba en nuestros ojos, el horizonte susurraba con la melodía de las aves y la brisa patriarcal silbaba como la flauta del pastor.

Así pasaron los días hasta que un atardecer, en verdad no recuerdo con exactitud la fecha, tampoco el día, al caer el sol, una voz a lo alto resonó en todos los rincones.

—Tierra muchachos, tierra. Estamos viendo a lo lejos —gritó James.

Corrimos a ver lo que se aproximaba. Era una vasta llanura boscosa, los árboles con fruto redondo y agua dulce en su interior se movían con alegría.

—¿Cree que sean de las mismas tierras que dejamos hace días, mi capitán Santiago? —preguntó el capitán Neftalí.

El cansado capitán Santiago meditó un momento, observó con cuidado las tierras.

—No, capitán —respondió—. Las montañas son diferentes a la de los hombres rojos, estas en cambio permanecen más silenciosas, sus aguas se agitan con suavidad y sus árboles no parecen guardar muchos secretos. Supongo entonces, ha de ser una nueva tierra. Aunque lo sabremos al recorrer sus bosques.

—Lo sé, capitán. Ahora alisten el desembarco, seremos muy cautelosos y solo disponemos de tres días, antes de emprender el viaje de regreso al reino.

La luminiscencia de los árboles recorría nuestras venas, el canto de las aves acongojaba los corazones melancólicos.

Atracamos justo cuando la noche cobijaba bajo sus brazos las cálidas arenas que se extendían en todas direcciones; solo el sonido del agua al rebotar en la playa y el sonido de cientos de animales desconocidos orquestaban sobre el efímero bosque que abría sus brazos.

—Este paisaje me causa más terror que el de los hombres de piel roja —dijo Rufino el Valiente.

—Es una travesía, hijo. ¿Sabes?, aquí nada es predecible. Observa el cielo, escucha el viento, parece estar sereno, supongo entonces que no deben causar mucho miedo —dijo el capitán George.

—Debemos descansar nuestros agotados cuerpos muchachos, mañana empezamos el recorrido y espero que nos sea muy demorado, ya que de lo contrario no llegaremos con tiempo al reino —dijo el capitán Neftalí.

Nos acurrucamos con suavidad bajo el manto del cielo, era imposible por momentos cerrar los ojos debido al ruido producido por los mosquitos, pero el humo que ascendía al infinito parecía ayudar un poco en esta situación.

Estaba exhausto al caer la madrugada, así que quedé sumido en un sueño profundo.

El canto de los pajarillos me indicó la aparición del nuevo día, nadie deseaba moverse del acogedor sueño, ni siquiera el capitán.

Levanté entonces mi cansado cuerpo, mis ojos se abrían y cerraban a cada momento. El viento era cálido y el mar inquietaba el salvajismo de mi interior. Suspiré con profundidad y caminé

hacia *El Valiente* que permanecía quieto sobre la arena. Meditaba sobre mi vida, el viaje y todo lo que mis ojos habían podido observar, cuando una voz gritó a lo lejos.

—Joseph, algo se aproxima.

Los otros navegantes se pusieron de inmediato en pie y observamos cómo un grupo de hombres con lanzas y con vestidos que cubrían su cuerpo se acercaban a toda prisa. Gritaban al unísono y daban saltos gigantescos.

—Todos a *El Valiente* —gritó el capitán Neftalí.

Sin siquiera tomar sus pertenencias, mis amigos corrieron a donde yo me encontraba. El miedo podía observarse en sus ojos, incluso se sentía en los latidos de sus corazones.

—¿Quiénes son? —preguntó James.

—No lo sé, hijo —respondió el capitán Santiago. Pero alisten sus espadas, debemos estar preparados ante lo que sea.

Nuestros rostros estaban demacrados y el sudor corría por nuestra seca piel; la espada era cada vez más pesada, el tiempo parecía detenerse mientras mi mente no aceptaba la idea de quitarle la vida a alguien más. Yo había sido creado en un hogar de modales, sobrevivido a un mundo de luchas y matar a alguien no mantendría mi cabeza y mi corazón en suma tranquilidad. Sentía cómo la sangre corría por mi cuerpo, deseaba gritar a aquellos seres que se detuviesen antes de sufrir las consecuencias de tal acto.

Cuando aquellos seres fueron acercándose, sus pasos comenzaron a disminuir, sus lanzas fueron bajadas al suelo y sus gritos desaparecieron en el limbo de las hojas secas. Observaron el barco con unos ojos brillantes y con interrogantes en sus rostros. Nos vimos unos a otros, tratando de averiguar qué circulaba en la mente de aquellos hombres. Pero nos fue imposible hacer tal hazaña.

—Supongo que ya no quieren atacarnos, lo puedo ver en su expresión —dijo Rufino el Valiente.

—Calma hijo. Debemos esperar antes de intentar hacer contacto con ellos.

Fue así como permanecimos quietos bajo el sol radiante. Ellos no avanzaban y nosotros no ansiábamos descender del barco. Pasado un par de horas varios de los hombres dieron la vuelta mientras los otros permanecieron quietos cerca del barco. Pensamos en algún momento descender y tratar de comunicarnos con los extraños, pero no tuvimos el valor.

Cuando el sol se ocultaba en el lejano horizonte aparecieron varios semblantes a lo lejos; era toda una caravana de extraños seres que gritaban y cargaban enormes cajas con ellos.

—Prepárense para zarpar de inmediato, eleven anclas —dijo el capitán Neftalí.

—¿Por qué, mi señor? —preguntó Carol.

—Son demasiados, nosotros solo somos once; no quiero que le causen daño a *El Valiente*, eso solo retrasaría nuestro regreso al reino. Prefiero no arriesgar nuestras vidas e irnos de vuelta; con lo que llevamos como muestra es más que suficiente.

Todos corrimos al escuchar la orden del capitán; el sudor corría en nuestras frentes y las ansias de salir de ese lugar tan extraño nos empujaban con más fuerza.

—Dense prisa, se acercan a toda velocidad —gritaba el capitán Santiago.

Cuando elevamos las velas y desanclamos *El Valiente*, aquellos hombres se inclinaron al unísono. Quedamos admirados al ver ese acto tan noble, pero más interrogantes surgían en nuestros corazones. ¿Puede ser una estrategia? ¿O acaso se trataba de algo real? Corrimos a cubierta a observar cómo todos permanecían quietos bajo el atardecer.

—¿Qué haremos, capitán? —pregunto el capitán George.

—Detenga el barco —gritó esta vez.

Pudimos detener *El Valiente* antes de que el mar acariciara todo su cuerpo. De pronto, un grupo

de aquellos hombres extraños comenzó a grita y a dar vueltas sobre la ardiente arena. Gritaban y agitaban sus lanzas con fuerza, uno de ellos se acercó a nosotros con una coraza de vikingos.

—¿Acaso son vikingos? —preguntó Carl.

—Decidme, hombres desnudos, ¿son ustedes navegantes del mar? —preguntó esta vez Rufino en perfecto español.

Pero el silencio permaneció.

—Supongo que no somos los primeros en pisar estas tierras hermanos míos, al menos aquí no. He meditado con atención y puedo saber que los vikingos ya han visitado estos lugares vírgenes. Los pieles rojas reaccionaron diferente al vernos, pero ellos parecen reconocer nuestros semblantes —dijo el capitán Santiago.

—Es cierto, en las primeras tierras fuimos los primeros, pero aquí no lo somos. Cargan tras sus hombros muchas cosas relacionadas a los vikingos. Pero ellos no son vikingos, de lo contrario vestirían de otra forma y hablarían otro idioma que no fuera extraño —dijo el capitán Neftalí.

Uno de los hombres comenzó a hablar, pero no le entendimos absolutamente nada, solo movía las manos y mostraba a donde todos permanecían inclinados.

—Abran la compuerta, bajaré con ellos —dijo el capitán Santiago.

—No puedes hacer eso Santiago, pueden matarte o herir tu cuerpo. Son muchos y no creo que solo quieran saludarnos y dar la bienvenida —dijo el capitán Neftalí.

—Ya soy viejo y nadie puede extrañarme en el reino, capitán. Dejadme hacer esto. Solo les pido que guarden muy bien mis escritos, en ellos está la mejor prueba de que hemos pisado tierras que nunca los europeos han logrado.

El capitán Santiago descendió con los pies descalzos, su abrigo respiraba con la sal del agua; caminó con lentitud, se adentró en medio de los que danzaban y de inmediato lo alzaron en hombros. Le ofrecieron cofres llenos de oro y diamantes, comida, frutas extrañas y piedras preciosas.

Nos admiramos al ver aquello y todos descendimos a prisa; fuimos recibidos como dioses por los hombres de las bolas verdes, pues sus cabezas las adornaban con frutas verdes y hojas de diferentes tipos.

Esa noche hubo fiesta y descansamos al son de la música que deleitaba el cielo estrellado, ni los dioses griegos resistirían a la embrujadora melodía.

Cuando el amanecer llegó me levanté con una sonrisa en los labios, no había dormido tan bien durante nuestra travesía; observé con atención a todos mis compañeros que permanecían quietos bajo las chocitas; he de suponer que todos estaban muy bien descansados. Impregné mis pasos a la pequeña entrada, asomé mi cabeza con un tanto de precaución y vi cómo todos los hombres permanecían quietos bajo los árboles, todos estaban bien dormidos. Me encaminé a la parte trasera y pude notar cómo los niños corrían con felicidad, trepaban sobre los árboles y saltaban con fuerza, abrazaban unas aves de diferentes colores y de cola larga. Por cierto, eran bellas como ninguna otra que yo conociera, era digno de ser un ave de los ricos del reino o, ¿por qué no?, de los flamantes dioses vikingos. Pero no, ahora eran los pequeños los que acariciaban el plumaje tan maravilloso del ave.

Caminé al otro extremo y vi enormes jaulas de algún tipo de madera, muy finas, y en su interior se encerraban animales tan extraños, y también hombres desnudos y moribundos. Me acerqué con cautela y de inmediato uno de los guardias me detuvo y comenzó a hablar en el lenguaje desconocido.

Retrocedí entonces, era curioso ver que no solo en Inglaterra existía esclavitud, también ellos lo

hacían. Qué decepción, por un momento pensé que solo los hombres blancos cometían tal barbarie, pero mi infante pensamiento había dado un golpe en lo incierto. Aquella imagen se grabó en mi mente: hombres desnudos hablando de frente con la muerte y cobijados por el misterioso mundo de los espíritus. Esclavitud en su máximo esplendor.

Los días se fueron y he de decirles que me reservo a narrar todo lo que mis ojos vieron en aquella hermosa tierra que admiramos con tanta pasión, pero que mostraba capítulos dolorosos y aterradores a nuestra vista.

Cinco días pasaron hasta que una tarde cargamos con enormes tesoros, piedras preciosas, estatuas labradas por los nativos, frutas extrañas y verduras; sobre todo me llamó mucho la atención una planta que producía un fruto con granos amarillos, era deliciosa al cocinarla sobre las brasas. Así alistamos el viaje de vuelta a casa, un hogar que esperaba en soledad bajo los campos heridos con sudor.

XV

Semana X

Nuestros corazones estaban satisfechos, nuestros ojos lloraron y el viento sonreía al vernos partir de vuelta a casa. El viaje al fin del mundo estaba completado, pero el viaje de vuelta a casa parecía un embrión.

Nos fuimos alejando con lentitud de las costas de la extraña tierra que no supimos explorar como la tierra de los pieles rojas. Los hombres gritaban a todo pulmón, pasaron los minutos y poco se observaba de las tierras que quedaban ocultas otra vez de los europeos.

Todos nos sentamos sobre la frágil madera que cargaba nuestros cuerpos, guardamos un silencio rotundo, solo el capitán Santiago permanecía quieto en la eslora observando lo que quedaba atrás. Caminé a donde él se encontraba con la vista al horizonte.

—¿Qué sucede capitán? —le pregunté.

—Ya estoy muy viejo muchacho, los años hacen eco en mi cuerpo. Observo con amor lo que tal vez estoy viendo por vez última. No creo volver a emprender otro viaje de tal envergadura, eso se lo dejo a ustedes y los que vienen atrás de nosotros.

—No diga eso, capitán, usted debe volver al mar. Sin su sabiduría y sus conocimientos esto no hubiera sido posible, dudo mucho que se emprendan nuevos viajes sin su presencia.

Mantuvo silencio un momento y luego habló.

—La oscuridad cubre el mar,
cientos de estrellas se reflejan en mis ojos,
hay un sueño que mueve mi existencia.

Un espíritu mueve mi vida,
el día espera la llegada del otro,
una melodía endulza mis oídos,
comienza a rodar una lágrima.

Me acarician unas suaves manos,
escucho el susurro de una tierna voz,
me observa un capitán con sabiduría,
varios corazones esperan que vuelva.

Amigos que he conocido,
manos que me han levantado,
labios que me han consolado,
corazones que me han apreciado.
Vuelvo a suspirar con lentitud,

el camino es demasiado largo,
pero siento el calor de una familia,
y el amor de un ser divino que suspira en mi vida.

No sé aún cuánto tiempo me queda de vida, pero ahora que he cumplido lo que tanto anhelé debo por lo menos relajarme y vivir con dignidad mis últimos días.

Y en verdad espero que vuelvan al mar, hijo. Lo espero.

—Tenga por seguro que mientras yo respire, capitán, los ingleses volveremos a navegar los confines de lo desconocido.

—Me he divertido en este fascinante viaje muchacho, ahora debemos descansar y prepararnos para los días que se avecinan.

Ambos permanecemos viendo al horizonte, *El Valiente* navegaba a toda velocidad, nuestros corazones estaban ansiosos de llegar a casa, aunque nadie nos esperara, pero extrañábamos a la tierra que nos vio nacer, el té caliente, los panes sin levadura, los pescados en la brasa, los muelles sucios y abandonados, las barcazas donde solíamos hacer fogatas y disfrutar de una hermosa noche con comida y suficiente bebida, las hermosas calles de Dover, empedradas y llenas de vida. Extrañábamos el estilo de vida que nos había cobijado en el camino.

Dos semanas habían pasado ya en el infinito mar, surcábamos el confín sin novedad alguna, los días se mostraban con una tibia mirada y la oscuridad abrazaba con esplendor todo el derredor.

—¿Qué les ha parecido el viaje, muchachos? —preguntó el capitán Neftalí mientras tomábamos la sopa de la tarde.

—Mis ojos se han deleitado de las incontables maravillas que he visto en estas pocas semanas fuera del reino. Creí que después de la pérdida de mis dos amores nunca más volvería a realizar una aventura. Pero la sabiduría del capitán David dobló las cenizas de una vida sepultada bajo los campos de Dover. Ahora mismo quisiera retroceder el reloj del tiempo para poder hacer lo que nunca me atreví a hacer. Pero con lástima os digo que eso no es posible. Gracias muchachos por compartir este tiempo memorable con este humilde anciano —dijo el capitán Santiago.

Aplaudimos con llanto que mojaba nuestras porosas mejillas.

—Supongo que Joseph fue quien me inspiró a este perenne viaje —dijo el capitán George—. Contemplaba cada tarde las voces sordas del más allá, siempre quise dar un paso adelante, pero mis pies preferían darlo hacia atrás. Cobardía, no lo sé en verdad. Desde el día que vi a aquel chico llegar a la pequeña barcaza a pedir trabajo supe que algo lo diferenciaba de los demás, ahora sé lo valioso que es, pero también supe lo valioso que soy yo y cada uno de ustedes. Ahora que vuelvo a Dover supongo que haré muchas cosas que nunca me atreví a hacer. Gracias a cada uno de ustedes y que vivan los valientes once hijos del mar.

—¡Que siempre vivan! —gritamos todos.

Qué tarde tan preciosa; todos los tripulantes hablamos, desde el más joven al más viejo, desde el más novato al más experimentado. El capitán Neftalí se puso en pie ahora, mostró una etérea sonrisa, tronaba cada uno de sus dedos maltratados; recuerdo que su semblante ese día fulguraba, su abrigo café parecía rejuvenecer su desgastado rostro, su sombrero parecía silbar con nostalgia y sus labios anhelaban soltar las palabras encarceladas por su corazón.

—Amigos y hermanos míos, cada uno de ustedes es digno de mi sonoro alago, han realizado el viaje más intrépido del que se tenga memoria. Ahora vamos a casa, cargamos con nosotros cosas jamás vistas por mis ojos durante las incontables travesías de mi corta vida. Recuerden esto muchachos: hagan solo lo que les hace florecer una sonrisa en los labios, todo lo que nos rodea ha

sido delicadamente perfecto, creado para que podamos vivir, reír y cumplir los sueños que dan felicidad al alma. Que la inmortalidad del tiempo los guarde siempre en su memoria y que los siglos que han de venir los cobije bajo sus alas.

La noche transcurrió con la melancolía de once corazones, once aventureros que volvían a casa. Caminé con la sombra de mi espíritu a cubierta. Meditaba cuando de pronto alguien se acercó a mi quieto semblante.

—¿Qué sucede, muchacho? Parece que la luna susurra a tu cansado corazón.

—Más bien los pensamientos son los que susurran con la silenciosa voz del viento, Carol.

—¿Qué piensas hacer volviendo al reino, amigo mío?

—No lo sé aún Carol, quisiera llegar a ser capitán de la flamante flota del Mar de Norte, tal vez comandar los barcos de Dover o quizá seguir siendo un pescador. Me ha gustado la vida de navegante y también el *Marilyn*. Quisiera convertir el pequeño bote en el mejor barco de pesca del reino. Ahora debo aún poner mis pensamientos en orden. Y tú, ¿qué harás ahora, Carol?

—Seguir con la pesca en el nuevo y flamante *Marilyn* que tú idealizas desde ahora. Cuidar y amar mi esposa y mis hijos, supongo que ellos son el tesoro más grande que ahora mismo tengo en mi poder. He aprendido de la historia de los capitanes que se debe apreciar la familia, porque nadie es eterno bajo esta bóveda celeste.

—Tus palabras dicen con acierto lo que escucho, amigo mío. Disfrútalos ahora porque mañana es un nuevo día.

Nos abrazamos con el tímido Carol bajo la noche estrellada, caminé a mi cuarto y él permaneció quieto sobre la madera que brillaba en soledad.

El día quinto surgió con una sonrisa de extremo a extremo; no sabíamos con exactitud dónde estábamos, pero creímos avanzar rumbo a Irlanda del Norte, aunque nuestra principal ruta debía ser el Mar del Norte. Jugamos en la cubierta, revisamos uno por uno cada objeto que descansaba sobre sus maderas y caminamos al cuarto de mandos. Contábamos historias y reíamos cuando James gritó.

—Una tormenta se aproxima muchachos, es enorme.

Corrí a cubierta a observar la enorme tormenta de la cual no encuentro descripción alguna, mi corazón latió a toda prisa, sentí miedo.

—Resguarden sus cuerpos en el cuarto de mandos —dijo el capitán Neftalí.

—Antes icen las velas y abran el sistema de drenaje —dijo esta vez el capitán Santiago.

Hecho esto corrimos a resguardarnos al cuarto de mandos. *El Valiente* fue sacudido como una pequeña barcaza hecha de hojas secas, los objetos volaban a todas direcciones, las velas se rasgaron como un frágil papiro y la madera lloraba con el azote del viento bravío.

Estaba seguro de que si habíamos sobrevivido a tantas tormentas esta no debía ser la excepción, nos acurrucamos y esperamos. No pasaron varios minutos y la tormenta tomaba más fuerza. El miedo abrazó nuestros cuerpos cuando las velas fueron arrancadas y los pedazos de madera volaban como palillos.

—Corran a estribor —dijo el capitán George.

El Valiente se hizo dos pedazos en un abrir y cerrar de ojos, fuimos esparcidos en diferentes direcciones, gritamos, lloramos y suplicamos al cielo por nuestras vidas, pero todo ya estaba escrito.

El capitán George introdujo en una pequeña botella los escritos del capitán Santiago, nadó a donde yo permanecía inmóvil.

—Es el mejor tesoro de todos, hijo. Guárdalo y recuerda que siempre fuimos once valientes

—fueron sus últimas palabras. Sostuve la botella en mis manos, la apreté contra mi pecho, no podía observar a nadie más. El estruendo del cielo ensordeció el desconocido lugar y en un instante perdí la noción completa del tiempo...

XVI

Cuando abrí mis ojos con lentitud, los rayos del sol pegaban contra mi rostro, estaba acostado sobre un pedazo de madera. Sentía mi cuerpo hecho trizas, no podía mover siquiera mis brazos, ni mis pies y menos la cabeza.

—¿Te sientes bien hijo? —preguntó una voz.

—Supongo que no. Me es imposible mover los brazos y casi todo mi cuerpo —respondí.

—Creo que eso mejorará con el paso del tiempo. Por ahora debes estar agradecido porque tuviste suerte de sobrevivir al bravío Mar del Norte, por cierto, soy Frederick, capitán del equipo de rescate del ARP.

—Mucho gusto, soy Walker, Walker Joseph, navegante de *El Valiente* —le dije—. ¿Estamos en el Mar del Norte? —pregunté.

—Por alguna razón la tormenta que los azotó los arrastró hasta los confines del Mar del Norte.

—¿Qué paso con todos los demás tripulantes?

Es una triste y larga historia, primero debes recuperar tu salud y luego te contaremos lo que sucedió, hijo.

—Debo saber qué sucedió —dije en tono alterado.

—¡Calma hijo! Lo sabrás cuando te sientas mejor.

—Debo saberlo —insistí—. Necesito que me digan lo sucedido.

—Está bien, si es lo que deseas —dijo el capitán. Se acomodó cerca de donde yo permanecía quieto, se sujetó el cabello y se limpió el rostro sudoroso—. Tengo entendido que eran once los intrépidos navegantes que volvían de la expedición en busca del fin del mundo, pero de los once que navegaban solamente cinco lograron sobrevivir. De los otros seis no se encontró nada más. El mar, hijo, es traicionero, supongo que las almas de los hombres que lo desafiaron descansan bajo el manto de su dulzura y en medio de su serenidad eterna.

Al escuchar aquello las lágrimas comenzaron a rozar mi mejilla, sentí que mi corazón era apuñalado por un sinfín de afilados cuchillos y mi vida de alguna forma nunca volvería a ser la misma.

—¿Quiénes sobrevivieron? —pregunté en tono titubeante.

El capitán guardó silencio.

—¿Quiénes están con vida? —volví a preguntar.

—Aparte de ti, Joseph, están con vida Charles Dunne, Carol Lowell, Benjamín Miller y Armando Bradbury. En verdad lo siento, hijo —dicho esto, el capitán Frederick bajó la mirada, suspiro y permaneció sin decir palabra alguna.

Deseaba con todas mis fuerzas ya no seguir con vida, qué injusto había sido el destino, qué injusto había sido el Mar del Norte. Había robado seis vidas, seis sueños, seis héroes que con dificultad serían recordados como se lo merecían. El capitán se puso en pie y salió del cuarto donde yo me sentía el ser más desdichado de todo el mundo, lloraba sin consuelo alguno.

Las horas parecían disfrutar de mi dolor, el día brillaba como no importándole lo sucedido; la tarde se ocultó con lentitud y melancolía, había silencio, un profundo silencio. Con el pasar de las siguientes horas me recuperé de las heridas del cuerpo, mas no de las causadas en el corazón.

—¿Rescataron algo más del mar? —pregunté a uno de los que curaba mis heridas.

—Fue muy poco lo que se rescató mi señor, algunos objetos extraños y pertenencias de los tripulantes.

—¿Puedes llevarme a donde los tienen? —le dije.

—Su cuerpo se encuentra un poco delicado aún señor, debe reposar y puede ser que con el alba ya pueda moverse.

—Necesito ir. No me importan las heridas, necesito ver las cosas que rescataron.

Mi insistencia, o tal vez las lágrimas, convencieron al joven, que se convirtió en mi cómplice. Caminé sobre la fina madera del pasillo, doblamos cerca del cuarto de mandos y llegamos a una pequeña bodega donde permanecían los objetos de *El Valiente*. Volví a llorar al observar el abrigo del capitán George, el sombrero del capitán Santiago, una pequeña libreta con el nombre del más novato de la tripulación, James, y el inconfundible paño de Rufino el Valiente. Vino a mi mente el día que me presenté con el capitán Nefthalí y los momentos vividos con cada uno de los acompañantes, las selvas vírgenes, los hombres de piel roja, los hombres que conocían a los vikingos hasta el momento del naufragio. Caí de rodillas envuelto en un mar de pensamientos, interrogantes y mucho llanto. No sé con exactitud cuánto tiempo transcurrió, solo recuerdo que con gran dificultad me puse en pie y recorrí cada uno de los objetos, busqué entonces entre las cosas rescatadas el mapa que había trazado el capitán Santiago, pero no apareció por ningún lado. Decepcionado caminé en la eslora buscando a mis compañeros con vida. En verdad deambulaba como un ser sin alma y espíritu, cuando llegué al cuarto donde los muchachos descansaban, noté de inmediato la tristeza que cubría el rostro de cada uno, sin decir palabra alguna nos abrazamos mientras llorábamos de alegría y de tristeza por la ausencia de los otros tripulantes.

—Nunca me olvidaré del tiempo compartido con cada uno de ellos —dijo Charles.

—No puedo creer aún que nos pasara eso estando tan cerca del final de la travesía — dijo Carol.

—Lamento sobre todo la pérdida del capitán del *Marilyn*, era como un padre para ti Joseph —dijo esta vez Benjamín.

No pude contener el llanto al escuchar aquellas palabras, en verdad el capitán Henry se había convertido en un padre para mí. Él me había enseñado todo lo que sabía y por él había sobrevivido. Contemplé el mar que estaba tan tranquilo, nunca lo había observado de esa manera.

—Compañeros —dije—. Dondequiera que estén, sepan que este triunfo es de todos, lamento que el mapa se haya perdido, espero que algún día alguien lo encuentre y sepa usarlo como debe ser, con mucha sabiduría.

Cuando el alba comenzó a hacer acto de presencia, caminé a mi cuarto y me encerré lamentando lo sucedido en compañía de mi soledad, mientras tanto el ARP corría a toda velocidad para llegar a nuestro destino, un puerto de Dover que aguardaba con incertidumbre.

Estaba sumido en un mar de pensamientos cuando se acercó a mí, Carl sostuvo su débil cuerpo en mis hombros y se acomodó con lentitud.

—¿Qué sucedió con el mapa? —preguntó.

—Intento recordar con claridad, pero mis pensamientos siguen distorsionados —respondí.

—Supongo que mis recuerdos también fallan. Aunque a decir verdad recuerdo que el capitán Henry nadaba con dirección a ti sosteniendo algo en mano, pero no logro recordar con certeza.

—¡Es cierto! Ahora lo recuerdo. Él introdujo el mapa en una botella; la sostuve en mis manos, pero cuando la debilidad y el frío azotaron mi cuerpo debí soltarla. Ahora las cálidas aguas esconden el misterio, ¿cuánto tiempo lo ocultaran? No lo sé.

—Es una lástima que la travesía no haya tenido un final como lo hubiésemos deseado todos.

—El destino mismo es una travesía, aunamos tantas cosas, pero nunca sabemos los finales.

—¿Volveremos al mar, Joseph? —preguntó en un tono de incertidumbre.

Suspiré con profundidad, sentí cómo el viento rozaba mi rostro y el sol golpeaba con delicadeza mi cuerpo.

—Quisimos vencer al mar. Supongo que terminó por darnos una importante lección. Cuando las aguas parecen tranquilas como la mirada del silencio, pueden cambiar en un abrir y cerrar de ojos, sucumbir con todo lo que encuentre en su camino y sepultar las vidas para nunca ser recordadas. A veces no se debe subestimar la fuerza de la naturaleza, menos al destino. Se debe vivir al máximo y luchar por lo que tanto se anhela, antes de que los tropiezos comiencen.

—Sabias palabras amigo.

—Buenas enseñanzas de la vida.

—¿Qué harás ahora que volvemos a Inglaterra? —preguntó.

—No lo sé, Carl. Supongo que los barcos de pesca esperan con ansias mi regreso. Mi pequeña barcaza ha de extrañarme y las estrellas del cielo anhelarán verme cada noche.

—¿Irás a expediciones venideras?

—Mi sueño siempre fue conquistar las turbulentas aguas del infinito mar. Si he de morir haciendo lo que amo hacer, con justa razón lo debo aceptar.

—No morirás solo. Conozco el mar desde que tengo memoria. Amo su tranquilidad, me sorprende su bravura y debo descubrir los secretos que guarda más allá donde este viaje nos llevó.

—De algo estoy seguro, querido amigo, lo que nuestros ojos lograron ver es un nuevo mundo, sí que lo es.

—Lo sé amigo, todos sabemos que pisamos tierras nuevas. Aunque he de suponer que los vikingos también conocen las rutas para llegar a ellas. Fue algo increíble esta travesía.

Dicho esto, permanecimos en silencio, solo cerré los ojos y de inmediato los recuerdos surgían.

Diez días habían pasado cuando el barco atrancó en el puerto de Newcastle, una gran multitud esperaba con felicidad nuestra llegada, un recibimiento inesperado.

Los que por intervención de la vida habíamos sobrevivido estábamos un tanto felices, pero en nuestro interior sabíamos que sin los otros valientes seis esa travesía hubiese sido imposible. Así, con el caer de la tarde descendimos con lentitud, caminamos en medio de la multitud que gritaba eufórica. Tras de nosotros iba una enorme carreta cargada con productos extraños en nuestra tierra, todos se maravillaban al ver aquello, lo poco que se había recuperado del mar.

Fuimos llevados en una enorme carreta jalada por ocho corceles de la realeza al palacio, que lucía sus mejores galas para el evento. Los más célebres personajes esperaban a nuestra llegada, pude ver a los duques de las diferentes regiones. Desde el duque de Cambridge, al príncipe de la gran Gales, los nobles de Escocia y hasta los más grandes mercaderes, los mejores capitanes y los más grandes artistas del momento.

Caminamos por el enorme palacio adornado con las más finas alfombras traídas del lejano Oriente, íbamos custodiados por los más feroces guerreros. Entramos al enorme salón donde

aguardaba el gran rey Eduardo IV. Nos detuvimos justo frente a él mientras los grandes personajes del reino se acomodaban en las mesas pulidas de ébano más fino.

—Mis queridos héroes —dijo el rey acercándose en dirección nuestra.

Abrazó a uno por uno mientras regalaba una sonrisa, una de esas que con gran dificultad se le ve en público. Luego de aquello subió al trono y se sentó.

—Nuestro reino está orgulloso de ustedes, valientes navegantes —dijo. Se detuvo un momento y prosiguió—. Ahora mismo podemos decirles a los españoles, a los portugueses, a los holandeses e incluso a los franceses que estamos a la altura de ellos. Han recorrido grandes distancias para conocer la ruta a las Indias Orientales y a la gran China, pero no han logrado lo que los nuestros han hecho en este día histórico. Recorrer el mundo y volver con vida trayendo consigo especias, plantas y obras desconocidas hasta nuestros días. En verdad son héroes que serán recordados por mucho tiempo, no solo en nuestro reino sino en muchos más. Viva Inglaterra y que viva la hazaña de estos grandes navegantes. Es triste en verdad la pérdida de los otros valientes seis, pero así es el destino, así es la vida.

Ahora tengo el honor de condecorarlos con lo que se merecen. Serán respetados en todo el reino y ascenderán a grandes puestos. En espacial a ti, mi querido Walker. Serás el nuevo capitán del *Herniare*, cuidarás del reino desde el Mar del Norte.

Al escuchar aquello sonreí con discreción. Mi sueño de alguna forma se había cumplido, pero había costado más de lo esperado, había caído a lo más bajo, había llorado incontables veces y había perdido a grandes amigos y hermanos.

—Creo que me gusta más la vida de pordiosero, su majestad —dije interrumpiendo así al rey.

—No comprendo, Joseph. Serás respetado en todo el reino, tu nombre quedará registrado en la historia.

—Fuimos once, su majestad. Pero prefiero que los cuatro custodien el reino. Yo debo seguir con mi sueño, este viaje fue el comienzo de una aventura.

La multitud murmuró de inmediato, los grandes personajes fruncían el entrecejo como mostrando incertidumbre, los otros cuatro viajeros me miraron a los ojos y soltaron una leve sonrisa.

—Tus deseos serán cumplidos, hijo —dijo el rey, que estaba más sorprendido que mi propia alma.

—¡Gracias su majestad! Que viva Inglaterra. Esta hazaña es de todos, pero más de once valientes guerreros y hermanos.

Dicho esto, el sonriente rey se acercó de nuevo a nosotros con unas medallas talladas por las admirables manos de los artesanos del reino, eran del oro más puro. Resplandecían como los rayos del sol. Los cinco ascendimos al grado de capitán. Los otros seis en algún lugar volaban y sonreían de felicidad, una felicidad pura.

La noche transcurrió, la fiesta resonaba en lo alto. Los de la nobleza celebraban y los pordioseros afuera lloraban. Qué injusticia de los hombres. Entre pensamientos caminé a la salida, abracé a cada uno de mis compañeros de viaje y desaparecí del enorme salón, nadie pronunció palabra alguna. El recordar una vida de lujos, pero llena de vacío y sin sentido de vivir me incomodaba, así pues, caminé a donde mi alma sentía libertad...

Pasando cinco días me encontraba en el pequeño bote; estaba ahí para recoger mis pertenencias (en realidad solo consistía en unos cuantos abrigo y tres cuadros de mi familia). Me senté un largo momento recordando todas las facetas de mi vida, una vida llena de golpes, caídas y con una victoria al final. No pude evitar el llanto. Recordé el día que el capitán David llegó conmigo, el día en que el capitán Nefalí me aceptó, la tripulación de *El Valiente* uniéndose a la travesía y a

mi familia. Sí, mi familia, los amaba a pesar de todo lo sucedido, quizás porque la paz inundaba ahora mi corazón.

—¿Por qué tan pensativo y solitario, capitán? — dijo una voz.

De inmediato voltee para ver de quién se trataba. No quise responder a aquello sabiendo que era mi padre.

—Dime, ¿qué te sucede? —preguntó esta vez.

—Supongo que extrañaré la vida de humildad y pescador. Extrañaré al *Marilyn*, el pequeño, sucio y desgastado bote que me abrigó bajo los azotes del viento; voy a extrañar también a *El Valiente*, que después de tantos meses de valentía ya descansa bajo las profundidades.

—Pero esa tristeza será recompensada con la de ser parte del equipo de tripulación del *Herniারে*. Pronto llegarás a ser capitán condecorado en el reino entero.

—Hay cosas que las riquezas no pueden recompensar o llenar. Este lugar se convirtió en mi verdadero hogar durante seis años, en el *Marilyn* estaba mi verdadera familia y con *El Valiente* llegué a ser lo que siempre soñé. ¿Qué te hace pensar que voy a disfrutar de la gloria de todos mis compañeros?

—Si te refieres a lo que hicimos por ti, tienes razón en sentir desprecio hacia nosotros, reconocemos nuestro error y quisiéramos que volvieras. Tu madre y yo estamos orgullosos de ti, hijo. Perdona si te herimos, pero era necesario para que aprendieras a luchar por tus sueños.

—¿No crees que era más fácil apoyarme, padre? Tus influencias me hubieran abierto muchas puertas. Pero gracias al destierro conocí el verdadero sentido de la vida, aprendí a querer lo que muchas veces ignoramos, aprendí que una decisión puede ser la diferencia para toda una vida.

—Creo que te he dicho a lo que vine, si quieres volver a casa las puertas están abiertas. ¡Te estaremos esperando!

—Si no me esperaron durante seis años, no traten de esperarme más. Tal vez llegue solo a verlos, pero ahora quiero vivir solo y seguir soñando.

Mi padre solo movió la cabeza, se puso en pie y caminó a su carreta.

—Por cierto, felicidades por el logro que conseguiste. ¿Sabías que eres todo un personaje en el reino? —dijo. Supongo que su corazón estaba igual que el mío, pero no mostraba fragilidad en sus palabras y menos en sus ojos. Haló de los corceles y desapareció luego del lugar.

Había sido para mí muy conmovedor aquella plática con mi padre. Nunca los dejé de amar, es más me planteé visitarlos con frecuencia porque, a pesar de lo que me habían hecho, nunca les perdí el amor y el respeto.

Permanecí sentado en la vieja barcaza varias horas hasta que el cielo comenzó a teñirse de un naranja radiante; tomé mis pertenencias y me encaminé a mi nuevo hogar. En verdad no sabía siquiera dónde estaba mi nuevo hogar.

Durante el recorrido vino a mi mente el capitán George Henry, recordé lo que durante el viaje me dijo: «Hijo, la vida te puede arrastrar como una miserable criatura, pero depende de ti si aceptarlo o darle batalla».

Por alguna razón sentí que le había dado pelea a la vida y le había ganado con ventaja.

XVII

«Sentado en el muelle,
te observo caminar,
la vida parece mentira,
se detiene el reloj,
entiende que el ayer,
se encerró para el futuro.

Las aguas corren hacia el norte,
así se enamoraron.
Hay un camino rumbo al sol,
penetrando en el balcón,
donde se despide el pasado,
ahí surge la humildad.

La calle de la vida gris está,
nada se mueve más allá,
el frío penetra tu piel,
se acabó el tiempo,
el primer tiempo se acabó.

El viento baila en soledad,
gritan las auroras más verdad,
conquista tu destino,
no descendas con el mar.

La luna observa donde vas,
el barco se ha marchado sin llorar,
entiende que la vida,
es una y nada más».

Leí una y otra vez lo que el capitán guardaba con celos en su cuarto de mandos junto a la pequeña caja de recuerdos. Al soltar el manuscrito con cuidado pude observar otro que con delicadeza tomé en mis manos y comencé a leer:

«Camina en el reino sin saber a dónde ir,
huye del dolor con lágrimas en los ojos,
busca un lugar seguro, para sentirse protegido.

El mundo lo ignora, porque no es de aquí,

el amor se olvidó de él, la paz no ha vuelto más,
la nube se ocultó, y la tristeza en él se escondió.

Dime tú,
¿qué puede hacer este hombre?
Si nadie lo quiere ayudar,
su dignidad, parece que se ocultó,
por culpa de alguien más,
otro sueño se truncó.

Dime tú, ¿cómo ayudar?
Parece que se te olvidó,
que todos somos igual,
pero esta vez,
es otra historia sin final aún.

Para Joseph Walker».

Al notar que mi nombre estaba impregnado en el manuscrito incliné mi rostro al suelo, mi corazón se acuchillaba con fuerza, anhelaba retroceder el tiempo, sabía con perfección que eso era imposible.

Así permanecí en el ahora abandonado *Marilyn*, lugar donde tuve mi familia por seis años. Se respiraba la soledad que reinaba a su gusto y antojo, podía sentir el llanto de un pequeño barco pidiendo a gritos el no ser abandonado en medio de la nada...

Tres lunas pasaron, deambulaba como un ser sin espíritu en la gigantesca mansión de la armada de Dover, mis pies estaban ágiles, mis brazos recuperaron su movilidad y mi cuerpo había desechado las heridas causadas por el naufragio. Observaba el mar con serenidad, los pequeños botes surcaban sus aguas, el faro permanecía intacto, el viento danzaba sobre el inquieto mar azul. Fijé la vista a donde los cientos de pescadores se aglomeraban a descargar lo pescado durante el día, las mujeres corrían con sus cestos a escoger el mejor pescado, los niños gritaban y dibujaban una sonrisa sumisa en sus labios, los jóvenes soñaban con un sinfín de aventuras, los ancianos en cambio solo guardaban recuerdos en su frágil memoria. Alcé la vista más al fondo donde los pequeños barcos descansaban; de pronto noté un semblante conocido para mis ojos. ¿Era el anciano de la cima? El que me había enseñado el valor de la vida, aquel que dio el empujón necesario para emprender mi viaje. No estaba seguro, así que corrí a toda prisa en medio de la multitud de compañeros pescadores que aguardaban con paciencia sus monedas de plata. Estaba tan confundido que en verdad no estaba seguro de lo que mis ojos habían contemplado. Con el rostro sudoroso caminé de vuelta al barco, las personas me observaban con disimulo, parecía yo un hombre muerto caminando entre los vivos. Al estar en la esquina volteé a donde los botes que ya no se usaban eran desechados, el *Marilyn* estaba justo frente a mi vista, se movía con suavidad; bajé la mirada al suelo, escuchaba el cantar de las aves, las gaviotas se sumergían causando un mayor estruendo.

«¿Qué sucede?» preguntaba mi corazón. En verdad no lo sabía. Suspiré al cielo y tomé la decisión de reparar el *Marilyn*, la barcaza que había sido fiel a sus amos en los momentos de abandono, quien nos había provisto de alimento y quien nos cobijaba bajo las férreas tormentas; yo debía recompensar eso.

Esa misma tarde caminé a mi pequeña barcaza en busca de lo que pudiera utilizar en la remodelación del *Marilyn*. No pude encontrar más que unos pedazos de madera en pudrición. Decepcionado encaminé mis pasos ahora a la vieja estación donde desechaban los restos de los barcos destruidos. En ese preciso lugar encontré lo necesario y volví entonces al pequeño barco abandonado.

Mi espíritu pudo sentir una paz indescriptible al pisar las podridas maderas del barco, supongo que me hacía falta eso. Reí como un loco, trabajé como no recordaba hacer y el entusiasmo se apoderó de cada centímetro de mi cuerpo.

Estaba trabajando con tranquilidad, cuando una voz se dirigió a mí.

—Necesitaras más de dos débiles manos para remodelar todo el *Marilyn*.

—Supongo que los recuerdos me dan las fuerzas necesarias para reconstruir mi verdadero hogar —respondí con alegría.

—Nuestro hogar, querrás decir, Joseph. He venido a ayudarte, querido amigo. Juntos le daremos la gloria al *Marilyn* en memoria del capitán George —dijo Carol con una sonrisa dibujada en su rostro.

Así, dos hombres en deuda con el *Marilyn* nos dedicamos a remodelar el desgastado barco; el sudor empapaba nuestros rostros, pero eso no era impedimento para que trabajásemos con las ansias suficientes. El tercer día nos tenía preparado otra sorpresa.

—Seis manos pueden ser mejor que cuatro, queridos amigos —gritó la voz, esta vez de Armando Brandbury.

—El cielo que esbozó una tibia sonrisa, escuchó nuestros ruegos, querido mío. Bienvenido a nuestro hogar —le dije.

—Quise esperar la resurrección en medio del vertiginoso camino de piedra. Mi cuerpo estaba convertido en un silencio ácido y mi espíritu se hundía en la sulfúrica gota del silencio. Quise entonces saber de ustedes, y qué sorpresa ha causado su trabajo a este perdido corazón. Dejadme ayudar y permanecer con ustedes unos días, luego debo ir a Liverpool para comandar una flota al sur.

—Eres con gratitud recibido por nuestros brazos, amigo mío —dijo Carol. Tres sobrevivientes a las olas regadas de jazmín y llenas de primavera imprevista estábamos trabajando bajo el día y bajo la eterna oscuridad.

Pasaron los días, los pájaros cantaban con una suave voz sin gastar el tiempo, la luna parecía un fantasma silencioso y las cálidas aguas orquestaban el cielo con el alma de un arpa. Con el caer del quinto día del mes séptimo del año 1485, el *Marilyn* lucía como un barco impecable, resplandecía en medio del tranquilo mar, el viento bailaba con su eslora de un lado a otro y sus mantas blanqueaban como las nubes que paseaban con libertad en el firmamento. Era el inicio de una nueva vida.

—El capitán debe estar orgulloso en algún lado —dijo Carol con la mirada fija al mar.

—Hay cosas que se anhelan tanto, como el hombre anhela conquistar a su amada; hay sueños más grandes que todo el reino y metas que se persiguen como el campesino persigue a los campos de trigo. Cuánto anheló el capitán ver a su *Marilyn* resplandecer como los más grandes barcos del reino, y ahora que eso es posible sus quebradizos ojos no lo pueden contemplar ni siquiera un instante, ni sus desgastados labios pueden sonreír, aunque sea un segundo. Qué injusta es a veces la vida. Vivir para construir y terminar muriendo en el recuerdo construido por otras manos.

—¿Qué piensas hacer ahora, Joseph? —preguntó Armando.

—Supongo que conducir al *Marilyn* a los confines del reino, en busca de mercancías, de nuevas

rutas a otros reinos, y tal vez cuando tenga los medios necesarios y el equipo de aventureros valientes emprenda otro viaje al más allá, en busca de las tierras que una vez pisamos por vez primera, puedo suponer que fuimos los primeros de toda Europa.

—Eres intrépido y soñador muchacho, el capitán George debe estar orgullo dondequiera que esté —dijo Carol.

Fruncí el entrecejo y me recosté, observé el cielo que guardaba tranquilidad.

—Los sueños siempre han inundado mi corazón. Dejé un palacio, comodidades de una familia noble por aventurarme en el infinito mar. Pienso que otra aventura no sería nada malo. Siempre puse mis sueños sobre toda la riqueza.

—Si todos los nobles del reino pensarán como tu hijo. No hubiera pordioseros en las esquinas mendigando por un pan, no existiera campesino alguno que trabajara desde el salir del sol hasta su partida en el lejano cielo por unas cuantas monedas. No existieran hombres llenos de sueños olvidados porque no pudieron conseguir los medios para emprender esos sueños. No existiera odio de superioridad entre los hombres del mismo reino. Lamento aceptar que no todos somos como tu Walker.

—Una vez un chico de cabello rubio como los atardeceres, ojos azules como el fondo del mar, sonrisa como el zafiro acorralado por las flores y belleza como los tapices sirios del legendario palacio de reyes se acercó a la mansión de mi padre. Yo era un niño, pero soñaba con ser diferente a los de mi clase. Aunque a decir verdad las clases las inventan los hombres, el espíritu y el corazón no crean divisiones.

Pasó entonces que el chico era irlandés, había salido de su tierra siendo más chico que yo, él anhelando conocer el reino que suprimía a su pueblo, el reino que robaba el sudor de sus abuelos, el reino que creaba canciones para desconsolar a las nuevas generaciones.

Sus ojos se humedecieron al verme sentado en el balcón, sus pies temblaban debido al cansancio, sus labios reseco mostraban su agonía y su corazón latía como el reloj que cuelga en la torre del puente.

«¿Qué sucede viajero?» le pregunté.

«Supongo que en ti está la propia respuesta».

Quedé pensando un momento ante su respuesta. No entendí exactamente a lo que aquel viajero se refería.

«No creo tener la culpa de todos tus males» contesté.

«Si los males se curaran con las palabras que salen de la boca, el reino completo sería feliz. Pero hay muchas cosas que desconoces; las atrocidades que son cometidas, las masacres, los sobornos y la esclavitud que sufre nuestra sangre a costa de que tú estés sentado en este palacio. Lleno de placeres, vestiduras finas, sirvientes a tus pies y tantas riquezas que son dadas a ti a cambio de nuestra libertad».

«Sigo sin entender lo que dices. Creo que viniste al lugar equivocado» le dije.

Él sonrió, movió la cabeza, lloró y de alguna forma se despidió.

«¿A dónde vas?» pregunté.

«A buscar al responsable de todos nuestros males» dijo y desapareció.

Quise correr tras de él, pero el miedo me venció. Quedé intrigado con aquello. Corrí entonces a donde mi padre estaba sentado.

«¿Es cierto que nuestras riquezas son a costa de la sangre de los campesinos del reino y del sudor de los irlandeses y galeses?» pregunté con seriedad.

«Son cosas que no comprenderás» me dijo.

«Entonces somos los causantes de sus aflicciones».

«Hay hombres que nacen para servir y otros para ser servidos. Nosotros somos de los segundos».

«Eso no es digno de una familia noble».

«Si no estás de acuerdo, puedes irte con los primeros. Eso sí, perderás todas tus comodidades» dijo y desapareció como los grillos bajo las arboledas.

Había sido una respuesta seca y sin sentido. Fue ahí donde quise ser diferente. Si el hombre era ambicioso haciendo daño, yo debía ser soñador a costa de mi propio esfuerzo. Desde entonces he luchado por que todos seamos tratados iguales, sin diferencia alguna. Ahora que volví del viaje mi único deseo al rey fue; que dejara de oprimir a todos los pueblos del reino, somos hermanos y sin opresión podemos mejorar y encaminar este reino a la cima. Con voluntad todo sale mejor, he repartido mis monedas y suelo compartir mi pan con los demás, aunque yo no tenga nada que comer.

Nadie pronunció palabra alguna de lo que había narrado. Permanecimos ahí contando y recordando el camino de la vida.

XVIII

Los días se esfumaron en un abrir y cerrar de ojos. El *Marilyn* surcaba todas las mañanas las costas del reino, a bordo viajábamos los únicos dos sobrevivientes de la vieja tripulación. Éramos felices, habíamos cumplido el sueño de ir más allá de lo que nuestros ojos contemplaban cada mañana. Sabíamos que el mundo era inmenso, sabíamos que al final no existía abismo alguno o seres que nunca se habían visto. Sabíamos también que, al otro lado del mar, había más agua, y más allá se elevaban tierras vírgenes donde habitaban hombres como nosotros, de carne y hueso; vestían diferente, hablaban idiomas desconocidos, pero éramos hermanos de alguna forma.

«¿Se repetiría la aventura?». Esa era mi pregunta todos los días. Aun sabiendo que eran muchos los que se convencieron de nuestra expedición, también eran muchos los que permanecían con la incertidumbre; quizá otra expedición podía ser la definitiva. No lo sabía, era demasiado pronto pensar en otra aventura.

Una tarde después de volver de las cálidas aguas del mar, caminé a mi ahora nueva barcaza. Me recosté sobre la fría arena, fijé mi rostro al cielo. Estaba a punto de cerrar mis ojos cuando el sonido de una carreta se dejó escuchar. Creí que se trataba de mi padre, que llegaba a dar otro de sus discursos que llevaba haciendo ya durante un año, o mi madre con sus consejos de volver a casa.

Quise hacer caso omiso a eso y seguí recostado.

—Tu corazón se acostumbró al regocijo de la soledad y la compañía de la oscuridad —dijo una voz.

Al escuchar que no se trataba de mi padre, me levanté con rapidez y volteé a donde el semblante permanecía quieto.

—Capitán David. Cuánto tiempo sin verlo.

Dicho esto, corrí a abrazarlo. El anciano capitán se sentó en el mismo lugar donde años atrás había comenzado todo.

—¿Por qué insistes en permanecer siendo presa de tu pasado y esclavo de tu destino? —preguntó en tono extrañado.

Guardé silencio ante su pregunta.

—Eres un chico valiente, soñador y diferente a todos nosotros. Debes aceptar los cargos que se te quieren transferir, solo estando ahí puedes cambiar las cosas que no te agradan, hijo.

—Supongo que lo han mandado a convencerme para volver a mi hogar —le dije.

—Te equivocas, hijo. He venido porque los hombres deben volver al mar, se deben construir nuevas travesías, construir nuevos sueños, y a hacer inmortal tu nombre.

—¿A qué se refiere con eso capitán? —pregunté.

—¿Sabes, hijo? Desde que volvieron me es difícil aceptar lo que ocurrió. Pero hay cosas que solo el camino de la vida sabe entender. He de decirte que los lugares que ustedes pisaron no son

los que muchos creen. Estoy seguro de que ha sido una nueva tierra, debemos entonces volver para confirmar nuestros pensamientos. ¿Acaso tú no piensas lo mismo que yo?

—Esa misma interrogante surca mis pensamientos cada noche, capitán. La tierra que pisamos, el cielo que observamos, las plantas que acariciamos y el agua que bebimos son de otra tierra muy diferente a lo ya conocido.

—¿Y no piensas que sería bueno intentar llegar otra vez al mismo lugar?

—Es muy difícil, el rey y su corte ya no desean invertir en más viajes al más allá.

—A eso me refiero, hijo. Tú, estando en una posición alta en la corte, tendrías la suficiente autoridad para poder emprender un nuevo viaje y descubrir lo que en verdad ustedes encontraron.

—¿Qué puedo yo ganar con eso?

—Quedar grabado en la historia y en la memoria de los hombres. Demostrar que los sueños son posibles solo si existe un poco de fe, valentía y coraje.

—Una vez soñé cómo los ángeles cantaban a lo lejos, cómo en perfecta sincronía deleitaban los oídos. Ahora estoy aquí y quiero deleitar a los aventureros y soñadores.

—¿Qué recuerdas del viaje, hijo? —preguntó el capitán David.

Suspiré antes de responder. Mi rostro estaba sudoroso y me temblaban los labios.

—Esa tarde el sol pincelaba el cielo a lo lejos, estábamos hambrientos, con sed y desesperación. «¡Tierra a la vista!» gritó Rufino el valiente. Todos corrimos a cubierta ansiosos de ver el lugar a donde atrancaríamos esa tarde.

El paisaje era en su totalidad diferente a todo lo que mis ojos habían contemplado. Se avistaba una selva al parecer infinita, los pajarillos cantaban al unísono, pero todo era diferente, muy diferente.

Cuando tocamos tierra, el calor abrazaba todo el alrededor. Estábamos tan exhaustos que el sueño nos dominó de inmediato, la sabiduría de los tres capitanes nos transmitía confianza. Cuando nos internamos al corazón de la selva mis ojos notaron que varios hombres nos rodeaban. Vestían de una forma diferente, solo cubrían su abdomen y la mitad de su cuerpo hacia abajo. Las mujeres en cambio mostraban su cuerpo desnudo que solo era cubierto por un pedazo de piel. El capitán Neftalí quiso hablar con ellos, pero su idioma era diferente y se portaban de una forma un tanto salvaje. A todo esto, supimos de inmediato que no habíamos llegado a las Indias Orientales, nos llevaron cosas extrañas para comer y saciar nuestra sed. Así permanecimos varios días hasta emprender el viaje de vuelta...

—¿Te gustaría volver a pisar esas tierras? —volvió a interrogar.

—Por supuesto —le respondí sin vacilar.

—Entonces hagamos que ese sueño vuelva a florecer como hace dos años, hijo.

—¿Qué debo hacer ahora, capitán?

—Ven mañana a la plaza del reino. Se reelegirá al nuevo capitán de la embarcación de Dover. Estoy seguro de que tu presencia es suficiente para coronarte como el nuevo capitán.

—Ahí estaré entonces —le dije.

El capitán David se puso en pie, apoyó su mano en mi hombro esbozando una tibia sonrisa.

—De todas las estrellas que he visto brillar en el firmamento, tú, Joseph, tú fuiste quien me inspiró confianza y supe que ibas a ser la diferencia. Descansa, te estaré esperando mañana.

Dicho esto, el capitán David desapareció como de costumbre.

No quise volver a cenar, la intriga volvía a intrigar mi corazón.

Me recosté de inmediato, mi cuerpo débil debido al cansancio quedó quieto y mis ojos estaban cerrándose, aunque los pensamientos creaban confusión.

La mañana cubrió todo el reino en un instante, mi rostro estaba un tanto demacrado debido al cansancio espiritual; por cierto, había tenido el mismo sueño que la semana anterior. Los pensamientos inundaban mi ser y un sinfín de dudas surgían a cada instante. No sabía si encaminar mis pasos a la reunión para escoger al nuevo capitán o embarcarme al mar en busca de algo nuevo.

Pasaron los minutos, me regocijaba con la cabeza entre las piernas tratando de escoger el mejor sendero. Era uno de esos momentos donde se abre el camino que tanto se ha anhelado, pero en el instante en que se fija la vista hacia él, el miedo de inmediato invade el espíritu haciendo retroceder esa valentía y las ansias con las que se esperaba. Quería ir, pero el miedo parecía ser más grande.

Observé entonces el sol, era hermoso y permanecía quieto bajo el caluroso cielo azul, por un momento detuve mi tiempo y recordé todos los pasajes de mi vida. Me puse en pie y tomé una decisión, la mejor; en verdad no sé si era la mejor, pero debía hacerlo, así caminé a pasos lentos con rumbo a la reunión, una reunión que cambiaría mi vida.

—Bienvenido, señor Walker —gritó a lo lejos el capitán David, con esa sonrisa que sostenía en sus labios a pesar de los años.

—Bienvenido aventurero del corazón del mar. Digno ejemplo de mi hijo —volvió a gritar un campesino del reino.

—Capitán de los pobres y ejemplo de los soñadores —gritó la multitud.

No hice más que esbozar unas sonrisas y levantar la mano intentando saludar a todos los que se encontraban ahí reunidos. El capitán David encaminó sus cansados pies a donde yo permanecía quieto.

—Te estábamos esperando Walker. Escucha cómo la multitud alaga tu hazaña y recompensa tu nobleza —dijo.

—¿Mi hazaña, capitán? Fuimos varios los que hicimos aquel viaje tan memorable.

—Sí, hijo. Lo sé, pero tu nobleza y tus sueños de querer seguir aventurando el mar te han convertido en esto.

—Supongo que hay muchos que sueñan más que yo.

—No son los sueños que te convierten en alguien importante. Es la valentía, la fe y sobre todo la humildad. Cuando la grandeza alcanza los corazones soñadores, pronto olvidan de dónde han venido. Tú eres diferente; vienes de una familia noble, sin embargo, tus sueños estuvieron por delante, lo has logrado y a pesar de hacerlo posible tu corazón sigue siendo humilde. Los campesinos del reino están agradecidos con todo lo que tú has hecho por ellos. Nadie regala sus monedas a los necesitados sin nada a cambio, nadie comparte su pan con el hambriento sin tener intereses de por medio. Eso es lo que hace la diferencia entre todos los que fueron y volvieron.

—Sus palabras son melodía para mis oídos, capitán.

—Y tú serás nuestro siguiente capitán.

—Hay cosas que no estoy seguro si podré hacer ostentando el cargo que se me es ofrecido.

—No temas hijo. Si lograste desafiar al bravío mar que con creces es más peligroso que el pequeño pueblo de campesinos, no pienses demasiado en esto.

—Supongo que prefiero estar regocijado en mi pequeña barcaza. Mis amigos del *Marilyn* también me necesitan. Ellos son parte de mi familia.

—Tu familia también está en cada rostro que observas.

Suspiré. Todos notaban el brillo en mis ojos, el viento rozaba mi piel y el cielo esbozaba una sonrisa en algún lugar.

—Joseph, nuevo capitán, Joseph, nuevo capitán —gritaba la multitud.

Así fui elegido el nuevo encargado del cuerpo de guardianes del mar de Dover. La hermosa ciudad que me vio crecer.

Mi corazón vibraba, no sabía si de emoción o de miedo, pero estaba lleno de felicidad. Esa felicidad que muchas veces no encuentra descripción alguna.

XIX

Los días se esfumaron en un vaivén y pronto mis aventuras en el nuevo barco comenzaron. Mis sueños permanecían enfocados en lejano más allá, un millar de sonidos discutían en soledad, los secretos del amor el corazón los guardaba con gran recelo. Así los meses pasaron, pronto los años se alejaron y cada vez que me presentaba a la corte para presentar mi nueva propuesta para emprender el nuevo viaje al más allá, todos reían a carcajadas, jactándose de sus cargos y despreciando mis sueños.

Recordaba con cada mañana aquel glorioso día en que emprendimos el viaje, también recordaba con melancolía el día en que todo se acabó. En aquellas épocas todos los habitantes del reino se impresionaban de un viaje tan único, ahora que los años hacían eco en mí ya no corría la misma sangre soñadora y viajera en los hombres, mucho menos en las mentes jóvenes.

Resulta entonces que una mañana estaba sentado a la orilla del mar, el barco que comandaba con mis tres tripulantes estaba varado bajo el inmenso cielo azul. La brisa de la tarde movía la eslora con su tierna danza y los muchachos tomaban la siesta rutinaria antes de surcar las aguas en busca de alguna novedad.

Mis manos acariciaban un nuevo mapa que con dificultad había trazado, intentaba plasmar la ruta que habíamos seguido en nuestra travesía, aunque era difícil hacerlo con grandes detalles, el capitán Santiago había sido el único capaz en lograrlo con excelencia. Soñaba y ansiaba con volver pronto al mar, aunque a decir verdad mi corazón solía dudar.

Me recosté a contemplar el abismal firmamento, suspiraba tratando de imaginar qué había más allá, donde estaba el fin de lo que mis pequeños ojos contemplaban, trataba de encontrar una respuesta a tantas dudas que surcaban mi corazón.

—Hay tantas cosas que suceden y te preguntas por qué sucedieron, y tantas cosas que no han sucedido y también te preguntas por qué no han sucedido. A veces la respuesta está en el fondo de tu corazón. No todo sucede para bien y hay cosas que van a suceder dejando un vacío sobre las hojas de un otoño celestial. Es difícil descifrar el mundo —dijo una voz.

Giré con cautela a donde había surgido la voz, mis pensamientos se detuvieron y pregunté.

—¿Quién eres y por qué estás aquí?

—Busco a uno de los navegantes que surcaron las aguas del mar en busca de lo que los ojos humanos no han contemplado. Mi nombre es Martín, Martín Frobisher. Mi corazón ha soñado con ir más allá de lo que mis ojos contemplan. Escuché hablar de ustedes y quise venir a conocer a uno de los hombres que han visto lo que en verdad he de decir que muy pocos de nuestra era lograrán ver.

—Entiendo hijo. ¿A qué se debe entonces tu visita? —volví a preguntar.

—Quisiera emprender un viaje, un viaje al más allá, llegar a donde solo los intrépidos y valientes suelen llegar. Considero que ustedes son las personas indicadas para llevarme a ese lugar donde los siglos venideros suelen meditar.

—Es difícil dominar al mar, es necesario el apoyo del reino, con lo que ahora mismo no contamos. Mi sueño ha sido volver a donde llegamos, pero aún no es posible y dudo mucho que se repita la travesía, hijo. Creo que buscaste a la persona equivocada, yo no puedo llevarte al mar, ni siquiera yo puedo hacerlo con mis propias fuerzas.

—Hay cosas que se pueden hacer sin necesidad de una gran fortuna. Solo se necesita un poco de fe y mucha valentía.

—Lo sé hijo. Pero también debes saber que sin el apoyo del reino es imposible emprender este viaje.

Suspiré con tranquilidad, sentía cómo el eco misterioso de la vida jugaba con mis años. Cerré mis ojos y proseguí.

—Una cosa te digo. Haré todo lo posible para que se emprenda no uno sino incontables viajes para encontrar las nuevas tierras. Ten por seguro también que tú serás uno de los primeros en marcar su nombre en la historia. Ahora ve y aprende todo lo necesario. Yo haré mi parte.

—No vine al lugar equivocado como lo acaban de pronunciar sus labios, mi señor. Me voy lleno de sueños.

—Nos veremos pronto hijo. Te lo aseguro.

—Encontraremos esas tierras donde la luna parece un fantasma silencioso, donde los cientos de pájaros gastan el tiempo, donde la tormenta riega el llanto desbordado y donde la eterna primavera se vuelve ciega.

Dicho esto, el joven se alejó del lugar. Llevaba más prisa que el viento, aunque sus pasos mostraban todo lo contrario.

Pasaron las semanas, mis intentos comenzaban a dar fruto y mis discursos frente a los gobernantes convencían cada vez a más soñadores. Siendo mi último discurso el que enamoraría al gran rey Juan Carlos.

—Es cierto que todos saben mi nombre, un nombre simple sellado con un apellido de nobleza. La sangre que corre por mis venas comparte respeto como la que corre por sus cuerpos. Existe sin embargo una diferencia: yo abandoné las riquezas por lograr un sueño, y muchos de ustedes se aferran a las riquezas por miedo a ser lo que soñaron ser. Permita majestad decirle que muchos de los aquí presentes odian la vida de nobleza y aman ser libres como el viento, vivir en tranquilidad como las cálidas aguas o caminar por los bosques sin miedo a nada. Sus cuerpos hacen presencia, pero su espíritu vaga en el inmenso mundo de las tinieblas, de la inseguridad y del miedo. ¿Qué nos diferencia de los españoles, los portugueses o de los holandeses? Es algo muy sencillo, pero de abismal ventaja. Es el espíritu soñador y aventurero. Sí, es cierto que tal vez no logren hallar lo que buscan y eso nos da una gran ventaja. Hemos surcado y descubierto que el mundo no es como los ancianos cuentan, el mundo no es solo nuestras narices. Compatriotas y amigos, el mundo está saliendo del reino, está a donde solo el mar sabe ocultarlo. El mundo es lo que no queremos descubrir.

Vasta de poner obstáculos que impiden que marchemos a la cima, es hora de ir y descubrir lo que otros pronto harán si no actuamos con bravura. Dejad que la historia nos recuerde no como el hombre que busca respuestas en la tumba del ayer sino como el héroe que volvió a pintar el arcoíris desgastado por las manos equivocadas.

—¿Qué propones? —preguntó el rey.

—Emprender un nuevo viaje. Estoy seguro de que llegaremos a esas tierras y el reino florecerá como nunca ha existido reino alguno.

—¿Nos aseguras eso o tu cabeza responde? —preguntó alguien más.

—Supongo que mi cabeza no tiene ningún valor. Pero si eso los satisface tengan por seguro que así será.

—Lo tendremos que analizar Walker. Pero no te aseguro nada —respondió su majestad.

—Espero que no sea demasiado tarde. Sino ellos, ellos se llevarán todo lo que puede ser nuestro. No vendan su miedo a lo desconocido, abran sus ojos ante lo maravilloso que se sabe ocultar. Mis ojos y el de todos los valientes que fuimos a ese viaje sabemos a lo que nos referimos. Muestra de ello es el pergamino que ellos han enviado para que se tome en cuenta lo que he dicho. Nos recibieron como héroes y que sigue. Todo quedó ahí, no creen que todos podemos ser héroes.

Todos murmuraron, algunos afirmaban aquello y otros mostraban gran negatividad. Eso, eso era a lo que me enfrentaba y esas eran las personas que dirigían el reino, no sabían siquiera por qué estaban ahí.

Caminé fuera del inmenso salón lleno de personas con ignorancia y miedo, suspiré y caminé al mar. Estaba triste y cientos de preguntas e interrogantes abarrotaban mi mente.

En el año 1488 fue aprobado mi proyecto, pero la primera tripulación no zarparía hasta cinco años después. Estaba ansioso, aunque en el fondo presentía un escenario negativo. Los continentales me causaban intriga, más aún los españoles y portugueses.

Anhelaba en mis adentros que el tiempo se esfumara a toda prisa, o que los descabellados pensamientos de guerra del reino fuesen sustituidos por el viaje al más allá. Pero el destino ya estaba escrito.

Corría el año 1492 cuando un mensajero se fue acercando a mi hogar a orillas del hermoso mar.

—¡Capitán Walker! —gritó el mensajero—. Le traigo una nota del capitán Carl Wadlow, es urgente que lo vea, señor.

El mensajero estaba agitado, apenas podía respirar. Corrí de inmediato a la puerta, estaba un tanto ansioso de leer aquello.

—¿Dónde se encuentra el capitán Wadlow? —pregunté.

—Se encuentra en Charleston, mi señor, pero encomendó esto para que lo vea con urgencia. Él zarpará a Liverpool y luego se encontrará en Manchester con los otros sobrevivientes de *El Valiente*; dijo que esto era urgente.

—Te lo agradezco muchacho —le respondí.

Quedé un tanto intrigado con la urgencia del mensajero para que el mensaje llegase a mis manos.

Tomé mi abrigo y caminé al muelle a orillas del mar; vi cómo el faro se erguía como cada día, sostuve la nota en mi pecho, de alguna forma podía sentir que contenía algo que cambiaría mi vida para siempre. Me senté con serenidad, la abrí y comencé a leer.

—Querido capitán Walker, le informo que se me notificó de un navegante español de nombre Cristóbal. Se dice que ha encontrado una nueva ruta para las Indias Orientales, aunque estoy seguro de que no ha llegado a dicho destino por la descripción de las tierras descubiertas. Por lo tanto, es urgente que visite al capitán Dan Gregory, encargado del *Alph II*. Él comanda una caravana de nuevos viajeros que zarparán al mar la semana entrante, debe también notificar a los muchachos que le acompañarán en el nuevo viaje para que alisten su partida. Su majestad ha autorizado de inmediato todos los medios para las travesías necesarias.

Es importante informar a todo nuevo viajero sobre lo que nosotros descubrimos durante nuestra travesía. Venga lo más pronto posible.

Quedé atónito ante tal información.

—Cristóbal, un navegante español —dije susurrando.

Mi temor estaba confirmándose, alguien más pudo llegar antes que nuestra nueva expedición lo hiciera. Si eso era verdad, aquel navegante había emprendido algún viaje con una caravana en busca del fin del mundo. Medité un momento y de inmediato vino a mi mente la escena de *El Valiente* hundiéndose y el mapa que el capitán George había introducido en una botella para ser abandonada en medio de las aguas. ¿Acaso Cristóbal lo había hallado en alguna de las cálidas playas de Portugal o España? Sonreí, tomé mi abrigo y encaminé mis pasos a Charleston, de algo estaba seguro: aquel navegante había llegado y pisado las mismas tierras que nosotros habíamos conocido años atrás. Una nueva aventura estaba por comenzar, Martín Frobisher sería el encargado ahora de comandar la nueva travesía.

Los españoles se nos habían adelantado, la decadencia del reino estaba sellada. El fin de un imperio llegaba y el florecimiento de otro empezaba.

FIN

¿Qué es la vida?
Para algunas un regalo de Dios,
para otros lo mejor del universo,
no importa tu concepto.
Debes vivirla porque nada dura para siempre.

En estos momentos; sí, ahora,
algunos lloran mientras otros ríen,
algunas gritan y otros guardan silencio,
algunos viven en la oscuridad,
otros en cambio brillan como el sol,
algunos caen al suelo, otros comienzan a levantarse,
algunos contemplan cómo se aleja la cima,
otros van subiendo por los senderos,
algunos se han rendido para siempre,
otros se aferran a ganar la batalla,
algunos observan con desesperación,
otros no quieren cansarse de hacerlo,
algunos se aferran a destruir,
otros tratan con ansias poder ayudar,
algunos odian con locura,
otros esperan con paciencia a quien amar,
algunos anhelan perder la vida,
otros luchan contra el mismo destino,
tratando de no perder lo máspreciado.

Sobre El Autor

Walter Vásquez Ramírez. Bachiller y Enfermero; nació el 14 de julio de 1991, originario de una familia humilde establecida en el municipio de Cuilco; Huehuetenango, Guatemala. Su amor por la literatura surge a través de las circunstancias que lo marcan desde su niñez, crece leyendo obras de Og Mandino, Virgilio Rodríguez Macal y autores noveles de su país; esto lo inspira a perseguir su sueño de ser escritor.

En el año 2017 publica su primera Novela en Guatemala titulada, Siete Noches con Ella. En busca de mejores oportunidades decide emigrar y seguir construyendo el anhelo de su aventurero corazón.

En el año 2019 publica en España su segunda novela, titulada; En Busca del Fin del Mundo.

